

El Reino de Dios En el Cielo y Por toda la Tierra

**Un Estudio del
Reino de Dios
A través de la Biblia**

STUART ALLEN

Trad. Juan Luis Molina

THE BEREAN PUBLISHING TRUST
52A WILSON STREET, LONDON, EC2A 2ER

First Published 1981
Reset and reprinted 1995

© The Berean Publishing Trust

ÍNDICE

Capítulo

1. <i>El Reino de Dios en el Pentateuco</i>	pag.4
Las Características del Reino de Dios.	
La Interpretación de la Escritura y de la Profecía.	8
El Gobierno de Dios y la Oposición de Satanás.	9
Correspondencias entre Adán y Noé.	14
Abraham y su posteridad en el Reino de Dios.	14
El Pacto de Abraham respecto a la Simiente y al Territorio.	
La Relación del Reino Terrenal a la Ley Mosaica.	22
El Reino visto proféticamente en la Fiesta del Señor.	30
2 <i>El Reino de Dios en el Libro de Jueces Y los Reyes de Israel y de Judá</i>	pag.36
El fin del Reino Teocrático del Antiguo Testamento.	41
3 <i>El Carácter del Reino Mesiánico del Antiguo Testamento</i>	pag.45
(1) Justificación.	
(2) Paz.	
(3) Gozo; (4) Santidad; (5) Justicia.	
(6) Conocimiento de Dios.	
(7) Liberación de las opresiones.	
4 <i>La nueva reunión de Israel y la reocupación del Territorio de Palestina</i>	pag.53
La respuesta de Dios al problema del Canal de Suez	
5 <i>El Reino de Dios en el Ministerio Terrenal de Juan el Bautista y del Señor Jesús</i>	pag.60
El Anuncio del Reino Terrenal.	61
El Reino de Dios y el Reino de los Cielos.	64
Las parábolas de Mateo 13.	
6. <i>El Reino de Dios en los Hechos de los Apóstoles</i>	pag.73
Hechos 2:17-21 50.	
Los Milagros Evidentes de los Hechos.	82
La Oposición Sistemática de Israel en Hechos.	87
La palabra “iglesia”.	92
La Razón de la Admisión de los Gentiles durante el periodo de Hechos.	94
El Reino de Dios en las Epístolas del Periodo de los Hechos	99

7. <i>El Reino de Dios en el Periodo Posterior al Libro de Hechos</i>	pag.101
Un Periodo de Tiempo único y singular.	103
Un Título singular y único.	104
Una Posición singular y única.	104
Una Esfera singular y única.	104
8. <i>El Reino de Dios en el Libro de Apocalipsis</i>	pag.110
Comparación de Génesis y Apocalipsis.	111
La predominancia de Israel.	112
Comparación de las Iglesias de Apocalipsis 2 y 3 con el resto del Apocalipsis.	114
El Día del Señor.	117
El Doble Formato del Libro de Apocalipsis.	118

CAPÍTULO UNO

El Reino de Dios en el Pentateuco

No hay otro tema de más profunda importancia Escritural que el Reino de Dios y el gran fundamento redentor sobre el cual se basa. La tendencia ha sido siempre reducirlo, simplificarlo, ver solamente una parte suya e imaginar que sea el todo. El hecho es que no deja de ser sino el entero propósito de Dios para el cielo y la tierra en toda su variedad y complejidad, y por eso mismo es el tema principal de la Palabra de Dios desde Génesis hasta Apocalipsis.

El Señor Jesucristo es en Sí Mismo la fuente, el centro y objetivo de todo este Reino. Él es el Todopoderoso Redentor de esta creación que tan trágicamente se ha visto envuelta en pecado y muerte, y sin Su obra redentora, hubiese sido imposible el establecimiento del Reino. Estos grandes obstáculos tienen que destruirse antes de que el Reino de Dios pueda venir a realizarse, y el sacrificio único Suyo como portador del pecado sobre la cruz del Calvario, ha cumplido ciertamente con este glorioso objetivo (Heb.10:11-14). No solo se nos pone delante al Señor Jesucristo en la Palabra como el único Redentor y Salvador, sino que Él es además el Rey de Israel (Juan 1:49; Mateo 21:4, 5) y en un más amplio sentido Él es “REY DE REYES, Y SEÑOR DE SEÑORES” (Apoc.19:16), el Rey supremo y el supremo Señor del universo ante Quien un día toda rodilla se doblará y le serán sujetas todas las cosas en los cielos, y todas las cosas en la tierra, y todas las cosas debajo de la tierra (Filip.2:10). El Reino de Dios no se basa ni apoya en algo tan frágil como sea el poder limitado y la sabiduría de cualquiera de Sus seres creados; antes bien se basa con solidez en el poder y en la sabiduría de nuestro gran Dios y del Salvador, Cristo Jesús.

En primer lugar debemos ser cuidadosos para no interpretar la palabra “reino” tan solo como la exhibición de la soberanía o el gobierno, tal como algunos la han interpretado. La Biblia desconoce absolutamente un reino sin un rey, o un rey sin un reino. Un reino presupone tanto un gobierno con la adecuada autoridad del rey y el poder como un reino de súbditos a quienes gobierne el rey, y ambas cosas se nos presentan con toda claridad en las sagradas Escrituras. Dios dice “Yo he *puesto Mi Rey* sobre Sion, Mi santo monte” (Salmo 2:6). Al principio hallamos, en la Biblia, lo mismo que encontramos en la típica figura del primer hombre, Adán, a quien le fue otorgado por Dios un dominio sobre toda la tierra:

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre (*Adán*) a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y *señoree* en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, *en toda la tierra*, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra” (Gén.1:26 y vea Salmos 8:3-9; Heb.2:5-9)

En realidad, Adán no deja de ser un rey que ilustraba al segundo Hombre, el Señor Jesucristo, el supremo Rey que finalmente acabará reinando sobre toda la creación de Dios.

Nuestra intención en este estudio será considerar el testimonio de la *totalidad* de la Biblia respecto a este gran tema del reino de Dios. Solamente por esta vía seremos capaces de obtener cualquier adecuado concepto de Su amplitud y hermosura. Algunos han cometido el grave error de limitar su búsqueda al Nuevo Testamento, y han caído en el error de fundamentarlo en un solo versículo, esto es, en Lucas 17:21, “Ni dirán: ¡Helo aquí, o helo allí! Porque he aquí el reino de

Dios está entre vosotros”, y por este versículo, se han imaginado que el Reino de Dios no es otra cosa sino una actitud mental, que no tenga peso ni relación con el mundo material. Más tarde nos ocuparemos con este versículo, y esperamos demostrar cuán grosero e inadecuado según la Escritura es este pernicioso concepto.

Las Características del Reino de Dios

Siempre han existido muchas ideas conflictivas en cuanto a lo que conlleva y abarca este reino. Hablando de una manera general, estos oponentes aspectos y conflictivas ideas podrían ser catalogadas bajo tres conceptos generales: (1) del reino de Dios en la tierra después del último juicio; (2) en cuanto a los periodos entre la Segunda Venida de Cristo y el último juicio, y (3) de la iglesia visible entre la primera y la segunda Venida. Partiendo de estos conceptos tenemos varias ideas oponentes entre las cuales las siguientes:

- (1) Los ideales escolares Judíos, que aunque difieran entre sí en los detalles, todos sostienen que el reino pertenece únicamente a Israel en los días del Mesías.
- (2) El reino de Cristo se inaugura al tiempo de Su segunda Venida a la tierra en poder y gloria. Debe decirse que este sería el concepto predominante de los Cristianos durante la segunda mitad del primer siglo de nuestra era. Y fue contradicho y revertido en gran medida por las obras posteriores de Origen y de Agustín. Éste último, aunque al principio lo aceptaba, mudó sus ideas, y comenzó a adoptar la espiritualización como su método de interpretación expuesto en sus 22 libros de su *De Civitas Dei*.
- (3) El reino se refiere y abarca hasta al reinado perfecto final de Dios en los nuevos cielos y a la tierra, al fin de las edades.
- (4) El reinado de Dios está en el cielo *actualmente*, durante la edad vigente. La entrada en el reino significa la ida al cielo después de la muerte.
- (5) El reino es el gobierno de Dios en la idea de la regeneración durante el tiempo presente. “El reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:21) es el versículo al cual apelan los que sostienen este punto de vista.
- (6) El reino de Dios se expresa en la iglesia visible de este tiempo actual. Este es el punto de vista de la iglesia Católica Romana que considera a sus adherentes como los únicos verdaderos miembros de este reino.
- (7) El liberal “social reino de los modernistas que se expresa por el evangelio “social” y que enseña que el Reino de Dios viene en el progresivo mejoramiento del socialismo Humano cualesquiera que sean los medios empleados. Muchos “izquierdistas” que sostienen este punto de vista llegan a decir que el comunismo ruso es un medio para alcanzarlo, aunque se logre sangrientamente y con tiranía, y dicen que es un paso en frente para su concretización. Mucho se lleva a cabo para probar la falsa paternidad universal de Dios y la hermandad del hombre. Los primeros Socialistas consideraban el socialismo como parte integral del evangelio. Desafortunadamente para estos, esta su idea primaria no tiene base alguna escritural, pensando ellos que sea la denominada habilidad humana la que traiga este perfecto reino en concreción por sus propios humanos esfuerzos en existencia. Dos terribles guerras mundiales han mermado severamente este concepto y demostrado su práctico fracaso, ¡sin embargo sus simpatizantes persisten confesándolo, y su remedio todavía se halla, en largas dosis, consumido en el socialismo Cristiano!

No nos proponemos seguir considerando las modernas ideas escatológicas del reino, ni las de Albert Schweitzer, ni las de la escuela de Barth y Brunner. Una dice que Cristo estaba equivocado en Su concepto del reino, y la otra que Cristo puso al reino por encima y más allá de la historia. Ninguna de estas ideas pasará el examen de la Santa Escritura, y nosotros escribimos sencillamente para los que creen 2ª Timoteo 3:6 con su afirmación de que la Biblia es la Palabra de Dios, en santidad, al ser como es, “respirada de Dios”; y que es una divina revelación en la cual se encuentra todo lo que pueda ser conocido del reino de Dios. No nos cansaremos de enfatizar que este reino es de Dios – Él es el Originador y Diseñador suyo y será solamente por Su todopoderoso poder que vendrá a producirse como un hecho glorioso en concreción.

Cuando comenzamos a examinar las Escrituras concernientes a este gran sujeto o tema, no podemos dejar de observar que en algunas ocasiones parezca haber contradicciones. Ciertos versículos resaltan el reino de Dios como si fuese una realidad presente y actual:

“Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son Tuyas. *Tuyo, OH JEHOVÁ, es el reino, y Tú eres excelso sobre todos*” (a Crón.29:11).

“JEHOVÁ es Rey eternamente y para siempre, de Su tierra han perecido las naciones” (Salmo 10:16).

“JEHOVÁ estableció en los cielos Su trono; y *Su reino domina sobre todos*” (Salmo 103:19).

Otros versículos en cambio consideran el establecimiento del reino como algo futuro. En Daniel 2 tenemos el relato de la colosal imagen del sueño de Nabucodonosor. Cuando Daniel, bajo la inspiración de Dios, explica el significado, describe cuatro reinos sucesivos, tres de los cuales eran entonces futuros, y fueron destruidos de repente por “una piedra cortante sin manos, es decir, no por intervención humana. Esta piedra finalmente llega a convertirse en una gran montaña y *llenó toda la tierra* (Dan.2:35). Este acontecimiento se elabora posteriormente en el versículo 44:

“Y en los días de estos reyes *el Dios del cielo levantará un reino* que no será jamás destruido...desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (vers.44).

Al tiempo, Nabucodonosor se humilló, y puso de manifiesto que “el Dios de los cielos gobierna” (Dan.4:25, 26). ¿Qué podemos deducir de todo esto? No debemos ciertamente juzgar ambos como si fueran dos reinos separados, que sean opuestos el uno al otro. Antes bien, son dos fases del mismo reino. Dios nunca abdicó de Su posición como el Todopoderoso Gobernador de Su universo a pesar de la rebelión y oposición de los seres creados tales como Satanás y el hombre caído. Como ya hemos afirmado anteriormente, una de las partes integrales del gran propósito de las edades en Cristo Jesús (Efesios 3:8-11) será justamente la erradicación del pecado y de la muerte de la creación, para que el reino de Dios que ahora es una realidad en el cielo pueda llegar a *manifestarse* sobre toda la creación que incluya además la tierra.

Al tiempo presente tenemos pecado, muerte y una abierta rebelión contra Dios en lo que a la tierra concierne y deben ser eliminados por completo antes de que aquel glorioso tiempo previsto por los profetas venga a suceder, cuando “la tierra sea llena del conocimiento de la gloria del SEÑOR, como las aguas cubren el mar” (Habacuc 2:14), cuando la guerra sea eliminada y la paz universal tome su lugar, “cuando no alzaré espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra” (Miqueas 4:1-4). Este aspecto del reino de Dios es claramente *futuro*, y Dios revela en Su Palabra cómo lleva este glorioso cometido y objetivo a cabo y lo cumplirá. Todos los planes restantes que se efectúen humanamente para alcanzar esta voluntad y objetivo Divino fracasarán. Los hombres, sean religiosos o de otro tipo, bien pueden esquematizar una utopía sobre la cual sueñen, pero no serán más que “castillos en el aire” condenados al fracaso, pues es algo que está por encima del poder y sabiduría humano concretizarlo.

Será solamente cuando estudiemos cuidadosamente la Palabra de Dios y Su enseñanza relativa a Su reino sobre la tierra y en el cielo que iremos a obtener una profunda comprensión de la manera cómo Dios cumple su gran plan propuesto, y hace con que se haga una gloriosa realidad cumplida este Su reino. Nosotros nos hemos propuesto hacer este estudio, pero antes que nada debemos preguntarnos a nosotros mismos ¿qué tipo de reino revela la Biblia? ¿Será literal y material o es espiritual, o tal vez una combinación de ambas cosas?

A medida que estudiemos los escritos de los escolares Bíblicos tratando de averiguarlo, una vez más nos encontramos con muchos conflictos de opiniones. Por ejemplo, ¿qué puede venir a ser un reino que sea totalmente espiritual, y cómo podría un tal reino venir a realizarse? Algunos, especialmente aquellos que se persuaden en contra del Milenio, dirían que “sí”, que sí se puede! y creen que vendrá un tiempo cuando Dios gobernará **en la mente** de las personas y será entonces cuando Su reino venga a ser establecido. Estos difieren de cualquier bendición material porque en sus estimativas las toman como “carnales”. Otros, por su lado, aguardan por un tiempo cuando la paz y la abundancia abunden sobre la tierra, la cual vendrá a ser tan excedentemente fructífera, que todas las literales necesidades de los hombres vendrán a ser abundantemente suplidas.

¿Cuál de estos dos puntos de vista opuestos es verdad? Nosotros creemos que la respuesta no la tiene ninguno por sí mismo. El concepto Escritural del reino de Dios es una *combinación de ambas cosas*, pero sobre todo y primeramente conlleva la parte espiritual. Será un gobierno divino que satisfaga *totalmente las necesidades de los hombres*, espirituales, morales y civiles. Este maravilloso gobierno será básicamente espiritual, pero se manifestará en sí mismo por los tangibles efectos sobre todo el mundo físico también. Cualquier cosa inferior no sería el reino de la Biblia, si es que no viéramos en él satisfechas todas las necesidades de la humanidad.

Es de notar cómo se malentiende a menudo la palabra “espiritual” y se toma con el significado de algo opuesto y contrario a las sustancias que sean materiales, y como tal pueda ser entendida por los sentidos físicos; pero su empleo en la Escritura es lo que solo debe guiarnos en este asunto del reino. La palabra *pneumatikos* (espiritual), en un buen sentido, significa cualquier cosa producida por el solo poder del Espíritu Santo, sin la natural instrumentalización humana por medio, y esto tanto puede darse en el medio físico como metafísico. En 1a Corintios 10:2, leemos que Israel “todos comieron el mismo *alimento espiritual*, y todos bebieron la misma *bebida espiritual*...”. Así que tanto el alimento como la bebida eran literales, aunque su carácter

y origen fuesen espirituales. El alimento era suplido diariamente del maná celestial que podía ser cocido, hervido, o molido. Su sabor se describe, y podía hasta criar gusanos (Núm.11:8; Éxodo 16:19, 20). Sin embargo, a pesar de todo esto ser tan físico, podría decirse al mismo tiempo que sería “espiritual”.

1ª Cor.15:44 distingue entre un cuerpo natural (de alma), en esta vida actual, y un cuerpo espiritual en la resurrección. El cuerpo resucitado del Señor Jesús aun siendo espiritual, podía ser visto y palpado, y tenía carne y huesos (Lucas 24:39). Lo que contrasta es el principio vivificante de las dos.

La palabra “espiritual” puede además ser empleada en un opuesto o enemigo sentido, pues en Efesios 6:12 se declaran “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”.

Está claro que debemos ser cuidadosos con esta palabra y no añadirle ideas que no sean escriturales. A modo de ejemplo, es absolutamente ilusorio y fraudulento contrastar la palabra “espiritual” con la palabra “literal”. No son antitéticas; *literal* no es lo opuesto de *espiritual*, sino contrario de *figurativo*. Tampoco debemos cometer el error de designar lo que sea físico y material como *carnal*. Este error es el que a menudo hace con que los espiritistas acusen a los que normalmente tratan las Escrituras de manera literal, especialmente la profecía, que está, de acuerdo a las leyes recibidas del lenguaje, escrita en forma literal. Pero este error no es otra cosa sino una forma revivida del error del antiguo *gnosticismo*, que consideraba todo lo que fuese material como maligno, y mucho nos tememos que haya abundancia del tal *gnosticismo* en la mayoría de los modernos sistemas y religiones actuales.

La Interpretación de la Escritura y de la Profecía

Antes de seguir adelante será necesario que tengamos claro lo que envuelve una sana interpretación. La razón por la cual hay tantas y tan diferentes ideas sobre los contenidos de la Biblia, se debe principalmente a los variados y generalmente opuestos sistemas de interpretación. No intentaremos profundizar demasiado en estos sistemas. Si alguien quisiera explorar este importante sujeto en detalle, entonces recomendamos estudios tales como *La Historia de la Interpretación* de F. W. Farrar. En nuestro libro *La Interpretación de las Escrituras*, hemos resumido la posición y dado nuestras razones para adoptar el método *literal*, generalmente denominado *el método histórico gramatical*. Nosotros creemos que este sea el mejor y más sano método de tratar las sagradas Escrituras, porque solamente por esta vía podremos permitirle que nos haga saber el significado de todo lo que nos quieran decir. Nosotros creemos que, en Su Palabra, Dios quiere decir lo que dice, y que tiene un significado por cada una de las cosas que dice. El método literal de interpretación le da a cada palabra el mismo sentido básico que tendría en el *empleo normal, común acostumbrado*, tanto si se emplea escrito, hablado, o pensado. Si así no fuese, ¿cómo podría Dios hacerle ver al hombre Sus pensamientos o instruirle? Si el Señor emplease palabras de una manera enteramente diferente al uso normal y común, entonces sería absolutamente imposible para cualquier ser humano recibir o entender aquello que Él entienda impartirles. Cuando hablamos del método literal de interpretación no queremos decir que las figuras literarias y símbolos no se emplean en las Escrituras, ni que la aplicación espiritual no deba ser hecha extraída de sus contenidos. Una cosa es hacer una aplicación espiritual de un pasaje del Santo Escrito (y esta solo se puede hacer después de haber sido hecha la interpretación

básica). Otra muy diferente y errada es adoptar la *espiritualización* o *alegoría* como un *sistema* de interpretación para la totalidad de la Biblia. F. W. Farrar bien dice:

“...siempre y cuando el principio de la sola alegoría se admita, cuando se comienza con la regla de que todos los pasajes y libros de la Escritura dicen una cosa, aunque común y generalmente signifiquen otra distinta, el lector se entrega deliberadamente a ser encadenado de pies y manos a los caprichos del intérprete”. *Los Principios de la Interpretación* p.238.

Esto es imposible que suceda y se dé con el método de estudio Bíblico gramatical histórico, que no solo le permite a las palabras significar lo que digan, sino que además las asocia con el contexto en el cual se encuentran ubicadas, ejerciendo así un seguro y sano examen en el pensamiento, tanto del lector como del escritor, librándonos por tanto de la falible opinión humana.

Con respecto a la interpretación de profecía, no vemos que haya razón alguna válida para dejar de lado este método anterior, admitiendo, claro está, que los símbolos y figuras literarias sean reconocidos, y que en esas mismas figuras se halla la literalidad sobreentendida. Otra cuestión que debemos tener siempre presente, es que algunas profecías han tenido solo un cumplimiento *parcial*, dejando su *completo* cumplimiento para un tiempo posterior. Si ignoramos este punto y no lo distinguimos bien, puede guiarnos a conclusiones equivocadas.

Interpretar literalmente significa interpretar en los términos de la designación normal que se emplea la palabra como enfoque habitual en todos los idiomas, y este es el método que procuraremos emplear en nuestro estudio del gran tema del Reino de Dios a medida que escudriñamos las Escrituras.

El Gobierno de Dios y la Oposición de Satanás

En los comienzos siempre debemos tener mucho cuidado para que podamos iniciar correctamente nuestro estudio. Muchos expositores comienzan con el Nuevo Testamento e ignoran el testimonio que refiera el mismo asunto del Antiguo Testamento. Esto es un error fundamental, puesto que el concepto de Dios de Su reino se ha puesto de manifiesto y dado a conocer en la historia y la profecía del Antiguo Testamento. De hecho, en tipo, comienza con el primer hombre, Adán, quien, como ya hemos visto, podría considerarse en realidad un rey, habiendo recibido de Dios el dominio y señorío sobre toda la tierra y sus habitantes, ilustrando en tipo el futuro dominio del *Rey de reyes* y *Señor de señores*. Desde el principio mismo, Dios ha manifestado Su soberanía en Su gobierno sobre la creación, y este es el corazón del estupendo plan de las edades centrado en el Señor Jesucristo (Efesios 3:8-11). Algunas veces el Espíritu Santo ha empleado intermediarios, llevando a cabo Su divino gobierno, porque el hecho sorprendente que impregna toda la Biblia es que, Dios, aun siendo capaz de llevar a cabo y completar todas las cosas a través de Su sabiduría y poderío por Sí solo, no en tanto, también tiene el deseo de utilizar seres creados como medios o canales para cumplir Su voluntad. Mientras más pensemos acerca de esto y nos demos cuenta de nuestra pecadora incapacidad, más nos maravillamos de esta verdad.

El concepto de Dios del perfecto gobierno, es el gobierno de *un solo pensante*, no el gobierno de comités ni de la mayoría democrática. No tiene contestación posible el hecho de que éste Gobernador Único sea absolutamente perfecto y justo, porque en toda la historia pasada no sucede otra cosa, sino una viva muestra de la inutilidad e ineficacia del hombre, pues siempre que se pone de manera ilimitada el poder en manos del hombre caído: “Todo poder se corrompe, y el poder absoluto, absolutamente se deteriora”, este es un refrán que no puede ser contradicho ni discutido. La Democracia es la más segura y mejor forma de gobierno *humano* para minimizar esta incapacidad humana, pero es cierto que no puede prevenir la ocurrencia de la corrupción, ni deja de arruinar el medio, sobre el cual, el gobierno demócrata humano sea ejercido.

No hay duda posible en cuanto a que el Gobierno de Dios sea el de un rey supremo y por tanto Su reino pueda ser designado como teocrático. G. N. H. Peters, en su gran obra, *El Reino Teocrático* (1:216) dice así:

“La Teocracia es un gobierno del estado a través de la inmediata dirección de Dios. Jehová condescendió a reinar sobre Israel en la misma directa manera en la cual un rey terrenal reina sobre su pueblo...con la sabiduría digna de Sí Mismo, Él asumió no una mera religión, sino una política superioridad, sobre los descendientes de Abraham. Él se constituyó a Sí Propio, en el estricto sentido de la frase, Rey de Israel, y el gobierno de Israel pasó a ser, en consecuencia, estricta y literalmente, una Teocracia”.

Al mismo tiempo que reconocemos esta verdad, nunca debemos olvidarnos que este gobierno, como ya hemos dicho antes, se lleva a cabo muchas veces a través de seres creados, y que encontraremos este principio a través de toda la Biblia desdoblado el propósito de Dios.

Adán fue puesto por el creador como cabeza y regidor de la tierra. De no haber pecado, y con eso introducido el “virus” del pecado y su consecuente muerte a la totalidad de la raza humana, la humanidad, habría venido a ser la externa manifestación del reino de Dios como se imaginó antes de la caída. Pero debido al fracaso de nuestros primeros padres, tuvieron que ser expulsados, depuestos de la exaltada posición que se les había otorgado, y en consecuencia de su caída, se le abrió ampliamente la puerta al gran enemigo de Dios, es decir, a Satanás, para ejercitar su influencia del mismo modo que ya, anteriormente, había arruinado las regiones celestiales por *su caída y rebelión anterior*, la cual envolvía, según podemos juzgar por lo que está Escrito, una buena cantidad de ángeles rebelados con él. Desde este punto en adelante comenzó la gran batalla de las edades, que tan tremendamente ha obstaculizado los propósitos de la voluntad de Dios para con el cielo y la tierra. Esto significa, ni más ni menos, que se precisa la erradicación completamente *justa y por derecho*, tanto del pecado como de la muerte, para que el perfecto reino de Dios llegue a ser posible y se haga efectiva su concreción; hasta que estos enemigos obstáculos contra Su propósito no hayan sido quitados del medio, eso no será posible de alcanzar. Y solamente el Propio Dios en Sí Mismo pudo haberse propuesto una tan ardua labor.

No existe un solo ser creado en el cielo o en la tierra que pueda con éxito asumir una tal responsabilidad y de ese calibre. La actitud por tanto primaria de Dios fue *redentora*, y eso es necesariamente lo que conlleva el concepto del reino de Dios en el cielo y en la tierra, y eso es lo que impregna toda la Palabra de Dios. Si ignoramos esto, vamos a ignorar todo lo demás y

concordar mentalmente con sueños imposibles de realizar, que, al fin y al cabo, solo nos guían al desespero.

La primera sonante evidencia de la amarga enemistad de Satanás hacia Dios y el plan redentor que exhibe su derrota (Génesis 3:14, 15), se halla en el hijo primogénito de Adán y Eva. En Génesis 4:1 Eva dice “Por voluntad de Jehová he adquirido varón”. Es evidentemente que Eva se imaginó que sería aquel parto la realización de la promesa de Dios, de la tal simiente que aplastaría a la serpiente (Satanás), sin embargo el Nuevo Testamento nos revela que Caín, su primogénito, era “del (ek) diablo” “salido de él” (1ª Juan 3:12). Aquí tenemos un profundo misterio que no tiene explicación, pero no hay duda que la Palabra de Dios claramente enseña que existen dos semillas sobre la tierra, una de Dios y una del Engañador (compare “de tú ‘neutro’ simiente” y “de SU ‘femenino’ simiente, y observe además la parábola de la cizaña y del trigo con la interpretación que le da el Señor (Mateo 13:24-30).

El claro objetivo deseable de Satanás fue siempre aniquilar corrompiendo a la verdadera semilla, para que la divina promesa de Génesis 3 fracasase y que fuese imposible venir a suceder el nacimiento de Cristo. Solamente un hombre y su familia se libraron de la contaminación genética del maligno (Génesis 6:9); y la violencia y perversión que cubrieron la tierra (Génesis 6:5, 11-13) fueron de tal orden, que no le quedó más remedio a Dios sino destruir del todo a la pervertida semilla, y comenzar de nuevo con Noé y su familia. Bien puede compararse a cortar de un tajo un cáncer gigantesco, y hacer un nuevo comienzo.

Desde el tiempo de Noé en adelante, la gobernación como sabemos fue puesta de nuevo en las manos del hombre por Dios:

“Bendijo Jehová a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra: El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos... *en vuestras manos son entregados.*” (Gén.9:1, 2).

A Noé podríamos compararlo a un segundo Adán que reata el tema del reino de nuevo. En su gobierno, el hombre tiene ahora que cuidar de la vida humana. Esta vida les fue otorgada por Dios y le pertenece a Él, y por tanto al hombre se le advierte que tendrá que rendirle cuentas a Dios por ella:

“...porque ciertamente demandaré la sangre de vuestras vidas (y por vuestra vida de sangre ciertamente os pediré cuenta); de mano de todo animal la demandaré, y de mano del hombre; de mano del varón su hermano demandaré la vida del hombre” (Gén.9:5 N.I.V.).

Nada más y nada menos que la pena de muerte es lo que se prescribe ahora por Dios (vers.6) para el asesinato, y la razón que se da es que el homicidio *apaga la imagen de Dios*. En esta imagen fue creado Adán (Gén.1:26). Los hombres hoy en día suponen que están contribuyendo con el progreso por abolir la pena de muerte. En su ignorancia, este mandamiento de Dios a menudo se asume como bárbaro, y dicen que, haciendo parte de la ley Mosaica, se ha vuelto por eso obsoleta en los días actuales. De hecho, se dio efectivamente en siglos antes de que Moisés e Israel viniesen a existir si quiera, y fue una regla para *toda* la humanidad, y no solo para una nación por separado.

Tratando de mejorar los mandamientos de Dios, el hombre lo único que consigue es ponerse en las manos de Satán. El cual, en las palabras de Cristo, fue desde el principio un homicida (Juan 8:44).

Estas son las correspondencias entre Adán y Noé:

<i>ADÁN</i>	<i>NOÉ</i>
“Fructificad, y multiplicaos, y Llenad la tierra (Génesis 1:28)	“Fructificad, y multiplicaos, y llenad la tierra (Gén.9:1)
Posible juicio en resultado (Gen.1:2)	Posible juicio en resultado El Diluvio (Gén.6:7)
“Descúbrase lo seco (Gén.1:9)	“Las aguas se secaron sobre la tierra” (Gén.8:13)
“Sojuzgad la tierra y Señoread” (Génesis 1:28)	“El temor y el miedo vuestro estarán sobre todo animal de la tierra” (Gen.9:2)
La imagen de Dios (Gen.1:27)	La imagen de Dios (Gén.9:6)
Tres hijos (Gén.4:1, 2, 25)	Tres hijos (Gén.10:1)
Desnudez descubierta (Gén.3:7, 21)	Desnudez descubierta (Gén.9:22, 23)
Caín maldito (Gén.4:11)	Canaán maldita (Gén.9:25)
La tierra maldita (Gén.3:17)	Nunca más será maldita la tierra (Gén.8:21)

Después del diluvio hubo, como es evidente, otra incursión de ángeles caídos (Gén.6:4 y observe “y también después”), pero esta vez no fue de la misma magnitud que la anterior. Posteriormente leeremos del gigante Goliat que se opuso a David, y de Og, el rey de Bashan, cuya cama en equivalencia con los términos actuales sería aproximadamente de ¡18 pies de largo por 8 pies de ancho! Satanás, sin embargo, no depende tan solo de este medio para derrotar a Dios y Su plan para el establecimiento de Su reino sobre la tierra. Habiendo sido derrotado por este medio, el enemigo ha erguido un sistema religioso en Babel, encabezado por Nimrod, el gran héroe y cazador, un descendiente de Ham. Es significativo que la primera mención de un reino en la Biblia sea el de Nimrod (Gén.10:10). Aquí lo que aparece es la respuesta de Satán al reino de Dios. El gran Satánico sistema de la falsa religión y adoración comenzó en este punto, algunas veces oculto y soterrado como en los misterios paganos con su tiniebla e inmoralidad, pero al final manifestándose abiertamente al cierre de este tiempo en la “gran Babilonia” descrita en Apoc.17 y 18 como la “madre (fuente) de las ramera y de las abominaciones” (17:5).

Todas las antiguas religiones se derivaron de Babel, en la cual podemos ver que la verdad se ha prácticamente pervertido por el gran engañador. Las figuras clave fueron Nimrod y su mujer Semiramis, quienes, una vez deificados, pasaron a ser las figuras centrales en las varias religiones del mundo pagano. Todas poseen la perversión de la “madre y el hijo” de una forma o de otra, tanto en Egipto (Isis y Osiris), como en India (Isi e Iswara), en Asia (Cibeles y Deoius), en Grecia (Ceres, la madre y el niño), en Roma (Fortuna y Júpiter), o en China (Shing Moo, con su hijo en sus brazos). La Roma papal tiene a la Señora y al Hijo, sin ser consciente de lo qué están perpetuando. La mitología griega y romana extienden las tinieblas y van más lejos con sus héroes y dioses bajo varios nombres derivados originalmente de Nimrod y Semiramis. Todo hace parte de la perversión de la Simiente de la mujer en Génesis 1. Tampoco nosotros estamos libres de sus mortales efectos hoy en día, puesto que se ha introducido en la Cristiandad por todo tipo de vías y medios. El lector puede quedarse sorprendido al saber que tanto la cruz como los huevos de Pascua son de origen primario pagano, nacidos de los ritos paganos de Babilonia. (Para más detalles referimos a los lectores *Las Dos Babilonias* de Alexander Hislop). En Jeremías 7:18 tenemos a los apóstatas israelitas ofreciendo tortas en adoración a la “reina del cielo”, probablemente la diosa de la fertilidad Ishtar, la cual se identificaba con Venus, otra forma de Semiramis (vea también Jer.44:17, 19).

Ahora podemos comprender bien por qué razón separó Jehová a Israel del resto de las naciones alrededor, porque se hallaban impregnadas de idolatría e inmoralidad. Cuando Israel llegó a envolverse con el paganismo circundante, sucedió lo inevitable, y la nación se quedó contaminada y envuelta en las mismas idolatrías, cayendo así en las manos de Satán, y por esta vía operando de manera diametralmente opuesta contra los propósitos del reino de Dios.

Los actos del maligno se extienden posteriormente en la falsa unidad que fue ingeniada en Babel y se registra en Génesis 11. El versículo 1 nos dice que “Tenía entonces toda la tierra *una sola lengua y unas mismas palabras*”. La edificación de la ciudad y la torre tenían como objetivo “...esparcirse sobre la faz de toda la tierra” (vers.4). La unidad era esencial para que Satán pudiese obtener el control de la raza humana y el dominio hasta los confines de la tierra y esto fue lo que el Señor había previsto:

“Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y *nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer*” (vers.6).

Para frustrar los propósitos del enemigo, ya no había necesidad de destruir la raza como sucedió anteriormente. Todo lo que Dios precisó para quebrar esta falsa unidad fue confundirles las lenguas para que no pudiesen comprenderse entre sí. El lenguaje puede ser la más grande de las barreras entre la gente y fue el resultado directo del acto interventor del Señor:

“Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad” (vers.8).

Es interesante recordar que mucho tiempo después, durante el periodo cubierto por los Hechos de los Apóstoles, Dios actuase de forma distinta, y en ese entonces sobrepasó la barrera del lenguaje extranjero por los milagrosos dones de lenguas (Hechos 2:7-12), acelerando con eso la expansión del evangelio sobre el mundo civilizado.

Aquellos que pueden discernir “las señales de los tiempos” (Mat. 16:1-3) deben ver el hecho que, de manera similar hoy en día, el mundo está siendo formado en una gran unidad (globalidad) o federación, y que las condiciones habidas en Babel están volviendo a repetirse. La mayoría de las fusiones que vemos suceder a nuestro alrededor por todas partes, y la concentración de poderes recayendo cada vez en menos manos, solamente pueden desembocar en esto. El gran poder financiero que por detrás del escenario corre desenfrenado en todo el sistema mundial, es en gran medida operado por aquellas pocas manos que tienen una gran influencia y que se denominan “principados mundanos”; es decir, los que procuran ardientemente nada más y nada menos que una federación mundial que cause la debilidad de las naciones occidentales y el levantamiento del “tercer mundo”. La mayor parte de lo que está sucediendo y se está unificando, comienza a hacer sentido cuando se entiende todo esto. Satanás está intentando volver a repetir lo mismo que ya hizo con las naciones en Babel, unir las para que, a su tiempo, su representante, el Anticristo, pueda obtener el protagonismo en el escenario global y tome el control del mundo entero. Vamos a tratar este tema detalladamente cuando llegemos a trazar *el reino en la profecía*.

Abraham y su posteridad en el reino de Dios

Llegando al tiempo posterior de los patriarcas, encontramos a Dios llevando a cabo Su propuesto reino encomendándolo a un hombre y su posteridad, esto es, a Abraham. El Señor planeó educar y entrenar su posteridad en Su verdad, para que pudiesen ellos ser el medio, expandiendo el conocimiento de Su reino y el Suyo Propio como Redentor y Rey sobre toda la tierra. Esto es tan importante en el propósito de Dios, que Él Mismo lo ha garantizado efectuando *un pacto incondicional* a Abraham, el cual ahora se hace necesario que veamos con mucha atención.

El Pacto de Abraham concerniente a la Semilla y al Territorio

Los Pactos en las Escrituras son de dos clases (1) condicional e (2) incondicional. El pacto Mosaico de la Ley es una ilustración del primero, mientras que el pacto con Abraham concerniente a su *semilla* y al *territorio* que tenía que heredar la semilla, ilustra el posterior y es realmente una divina incondicional *promesa*, dependiente del santo Dios Mismo por Sí solo su cumplimiento, y no sobre el receptor o recipiente. También es bueno recordar que los pactos, haciendo como hacen parte de la santa Escritura, debemos interpretarlos por la misma vía que el total de las Escrituras, utilizando el *método histórico gramático* que ya hemos discutido. Deben por tanto ser interpretados *literalmente*, sin importar o aparte de las muchas bendiciones que puedan contener y llevar consigo.

G.N.H. Peters define bien el punto cuando dice:

“En todas las transacciones, cuando una promesa, acuerdo, o contrato se hace efectivo a través de la promesa de valor que da una de las partes a otra, es *universalmente* la costumbre que explica la tal relación y su promesa *por la bien conocida ley del lenguaje* contenida en nuestras gramáticas, o en el uso común. Se consideraría absurdo y burlesco considerarlo de otra manera... la naturaleza propia de un pacto demanda que sea: tan deletreada, tan claramente expresa, que transfiere *un medio decisivo*, y no un medio oscuro o místico que requiera muchos siglos para revolverlo y poder desarrollarlo” (*El Reino Teocrático 1:290-919*.)

El punto siguiente que hay que observar, es que los pactos incondicionales de la Biblia son *eternos*. El que ahora estamos considerando concierne a la promesa de Dios hecha a Abraham, su posteridad y su herencia terrenal, se declara que *es eterna* en Génesis 17:7, 13, 19; 1ª Crón.16:17; Samos 105:10; Ezequiel 16:60. El pacto de Dios con David y su trono se denomina “eterno” en 2ª Sam.23:5; Isaías 55:3; Ezeq.37:25-28. El Nuevo Pacto se designa que es “eterno” en Isaías 61:8; Jer.32:40; Hebreos 13:20. Una vez que estos pactos son eternos y dependen solamente sobre la integridad de Dios para su cumplimiento, son ciertos y seguros. Es importante observar que *todos* los pactos de la Palabra de Dios se hacen con el *pueblo de Israel*, con una sola excepción, el pacto realizado con Noé y toda la humanidad siglos antes de que Israel siquiera existiera (Gén.9:8-17). En Romanos 9:3-5 el apóstol Pablo declara:

“...mis hermanos, los que son mis parientes según la carne: *que son Israelitas*, de los cuales son la adopción (filiación), la gloria, *el pacto*, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos, amén”

En oposición a esta declaración, en Efesios 2:11, 12 declara que los Gentiles estaban “alejados de la ciudadanía de Israel, y éramos *ajenos a los pactos de la promesa*”. Un privilegio único de la nación de Israel es este precisamente: que entraron en una *relación de pacto con Dios*, y lo mismo no se podrá decir que sucedió con ninguna de las demás naciones. Esta relación impregna toda la Biblia y el programa de Dios para la tierra es incomprendible sin ella. El pacto incondicional hecho con Abraham es tan fundamental, que demanda la *resurrección* para que sus promesas puedan cumplirse a los muchos de Israel que murieron. En Mateo 22:23-32 el argumento del Señor Jesús con los Saduceos que no creían en la resurrección, concernía al Dios que había dicho: “YO soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Dios no es Dios de muertos sino de *los vivos*” Y esto dijo Él tocante “*a la resurrección de la muerte*” (vers.29-32).

El Señor vino a tener una relación *eterna* de pacto con estos hombres que “murieron sin haber recibido las promesas” (Heb.11:13); y como Esteban dijo en Hechos 7:5 “Y no le dio (Dios) *herencia en ella* (a Abraham), *ni aun para asentar un pie*; pero le prometió que se la daría en posesión, y a su descendencia después de él, cuando él aun no tenía hijo” Dios no puede quebrar nunca Su Palabra; así que Él debe levantarles de la muerte para poder cumplirla en plenitud. (Mateo 8:11).

Inicialmente el pacto de Abraham fue establecido por Dios de esta manera:

“Pero Jehová había dicho a Abraham: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las naciones de la tierra” (Gén.12:1-3).

Aquí tenemos siete veces repetida la conjunción “y” con la voluntad de Dios respectiva. El versículo 7 nos dice que esta posteridad poseería una *heredad terrenal*. Este tema lo expande Dios en Gén.13:14-17:

“...Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y el oriente y al occidente: porque *toda la tierra que ves, la daré a ti, y a tu descendencia para siempre*. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré”.

Esta incondicional promesa es imposible espiritualizar, puesto que concierne al territorio literal que Abraham “vio” y en el cual pudo “andar” en toda “su anchura y largura”. En el capítulo 15 la promesa concerniente al territorio se hallaba *por concretizar* y Abraham fue sobrecogido de un “profundo sueño” (vers.12 A.V.) con el fin de que no tuviera parte o responsabilidad personal para que se diera su cumplimiento:

“En aquel día hizo Dios un pacto con Abraham, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto (el Nilo) hasta el río grande, el río Éufrates.” (Gén.15:18).

A continuación en el cap.17:1-8, Dios vuelve a repetir Su pacto, diciendo:

“...porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes (de muchas naciones); y te multiplicaré en gran manera, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti. Y estableceré Mi pacto entre *Mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones por pacto perpetuo*, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti. Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua, y seré el Dios de ellos”.

Y después de la fiel respuesta de Abraham a la gran prueba de Dios de sacrificar a Isaac, el Señor repite:

“...Por cuanto has hecho esto...y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo: de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste Mi Voz” (Gén.22:16-18).

Es evidente que estas eternas promesas incondicionales, engloban un gran alcance en su orden, y que podemos resumirlas de la siguiente manera:

- (1) El nombre de Abraham será engrandecido.
- (2) Una gran nación nacería de él.
- (3) A él personalmente le serían otorgadas dos porciones del territorio, una más grande en extensión que la otra: (a) la tierra de Canaán (moderna Palestina) y (b) un largo trecho de tierra desde el Nilo hasta el Éufrates.
- (4) Su posteridad sería tan numerosa como las estrellas del cielo o la arena de la orilla del mar.

- (5) Que aquellos quienes les bendijesen serían benditos, y quienes les maldijesen serían malditos.
- (6) Abraham sería el padre no de una sola, sino de muchas naciones.
- (7) De él provendrían reyes.
- (8) Las dos partes de territorio serían por “posesión perpetua”.
- (9) Dios sería un Dios tanto para él como para su simiente.
- (10) El pacto sería “un pacto eterno”.
- (11) Su posteridad poseería las puertas de sus enemigos.
- (12) En su simiente serían benditas todas las naciones de la tierra.

El alcance de estas divinas promesas es de hecho muy amplio, y haremos bien en recordar que un pacto es una alegación entre *dos partes*, y no sería juicioso apropiarle más ideas y teorías humanas. Las dos partes son obviamente (1) Dios y (2) Abraham y su posteridad, los hijos de Israel.

Habiendo cuidadosamente considerado la extensión de la promesa incondicional de Dios concerniente a su *semilla* y al *territorio* que fueron destinados heredar, el próximo paso que se da es que el Señor repitió la misma promesa a Isaac y a Jacob, lo cual enfatiza más el caso. Primero a Isaac:

“Y se le apareció Jehová (a Isaac) y le dijo: No descendas a Egipto; habita en la tierra que Yo te diré. Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que hice a Abraham tu padre. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente” (Gén.26:2-4).

Después a Jacob:

“Entonces Isaac llamó a Jacob...diciendo...el Dios Omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser *multitud de pueblos* (su semilla); y te de...*la tierra* en que moras (como extranjero), que Dios le dio a Abraham” (Gén.28:1-4).

“...Jehová estaba en lo alto de ella (la escalera celestial), el cual dijo: Yo soy JEHOVÁ EL DIOS de Abraham tu Padre y el Dios de Isaac: *la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia*. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y *todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente*” (Gén.28:13-14).

Bien se ve que la promesa original dada a Abraham permanece intacta y no tiene condiciones añadidas. Tanto la semilla como el territorio tenían un duplo elemento

Los “anti milenarios”, los que no aprueban el Milenio y niegan el literal cumplimiento de estas promesas, resaltan mucho sin embargo un pasaje en Gálatas 3:16:

“Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a tu simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo”.

Lo que aquí se expone sin embargo es que, todo lo que Jehová tenía en vista en conexión con la promesa hecha a los patriarcas, era la Persona de Cristo Mismo, quien descendería de la literal semilla de Abraham (Mat.1:1). Pero aquellos que afirman y resaltan este solo punto, no leen lo suficiente, porque en el último versículo del capítulo Pablo escribe:

“Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29).

No tiene contestación posible que todo esto sea relativo a los miembros de la iglesias de los Gálatas, los cuales son descritos como de la *semilla de Abraham*, así que debe haber un duplo aspecto relativo a esta semilla que este capítulo describe. Además, esto se confirma cuando acudimos de vuelta al Antiguo Testamento. El Apóstol Pablo, para explicarlo está refiriendo versículos tales como Gén.21:12, “En Isaac te será llamada descendencia”. Aquí la palabra *zera*, *simiente*, es un nombre colectivo y se emplea en un sentido singular con un verbo singular. Pero en Gén.17:7, la misma palabra se utiliza en un sentido plural:

“Y estableceré Mi pacto entre Mí y ti, y tu descendencia (*zera*) después de ti *en sus generaciones* por pacto perpetuo para ser tu Dios, y el de *tu descendencia* después de ti”.

Está claro que aquí la semilla no puede ser *singular*; debe ser *plural*, por tanto, basarnos solo en una, tanto sea en la singular como en la plural, de esta palabra “simiente” en si misma, sería como obtener solo media verdad. Solo podrá guiarnos a un cuadro distorsionado en nuestras mentes.

Lo mismo podrá decirse acerca del don del *territorio*. Fue un duplo regalo. De acuerdo a Génesis 13:14-17 y 17:8 el don es relativo a *Canaán*, la moderna Palestina. Pero en Génesis 15:18 se exhibe una porción mucho más amplia de terreno, esto es, desde el “rio de Egipto (el Nilo) hasta el gran rio Éufrates”.

Por muy lejos que vaya la imaginación estas porciones del mapa no pueden ser idénticas, y tanto la una es un don de Dios como la otra.

Aquellos que espiritualizan y se oponen al sistema histórico gramatical de interpretación, sostienen que el don literal del territorio ya se cumplió, tanto con Josué como con Salomón.

Examinemos y veamos si es así.

En Josué 21:43-45 tenemos lo siguiente:

“De esta manera dio Jehová a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres, y la poseyeron, y habitaron en ella...No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.”

A primera vista parece conclusivo todo esto; todo vino a suceder como Dios lo había prometido concierne al territorio, pero teniendo en cuenta lo que ya hemos visto podríamos

preguntarnos, ¿cuál territorio? ¿Sería Canaán, o la más amplia porción de tierra que se extendía sobre la moderna Arabia Saudita, e Irak hasta el Éufrates? No puede haber dudas que se trata de la primera porción. El reposo que Josué en 21:44 refiere resultó de sus conquistas en *Canaán*, pero nadie puede afirmarnos que Josué librara batalla alguna en las regiones del Éufrates. Este pasaje en el libro de Josué se refiere solamente al don de Canaán, dejando el resto para ser cumplido en el futuro (vea Éxodo 6:4; 1ª Crón.16:15-18).

Con respecto al reinado de Salomón, se nos dice en 1ª Reyes 4:21 y 2ª Crón.9:26 que este dominio se extendió desde el río (Éufrates) hasta la tierra de Palestina y hasta el *borde o frontera* de Egipto. Esto no es lo mismo que hasta el río Nilo como Dios prometió, ni tampoco Israel habitó nunca en una tan grande porción de territorio. Se nos dice específicamente que “Judá e Israel *habitaban confiados*, cada uno bajo sus parras de uvas y bajo su higuera, desde *Dan hasta Beersheba*, todos los días de Salomón” (1ª Reyes 4:25). Dan y Beersheba eran el extremo norte y sur de Canaán que hacía parte tan solo de una *porción* de la tierra prometida a Abraham en Génesis 15:17, 18, pero la susurra nía de Salomón se extendía mucho más hacia el oriente. Las profecías concernientes al territorio afirman que Israel lo habitará *por completo*, no solo una pequeña porción como Canaán. Así, pues, de ninguna manera se puede decir que, la promesa originalmente dada por Dios a Abraham, se haya cumplido ni en los días de Josué ni en los de Salomón. Esta promesa se ubica en el futuro, y solamente tendrá su completo cumplimiento en la segunda Venida de Cristo.

Isaías 19:23-25 es una profecía muy significativa:

“En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Siria, y asirios entrarán en Egipto, y egipcios en Asiria; y los egipcios servirán con los asirios a Jehová. En aquel tiempo Israel será tercero con Egipto y con Asiria para bendición en medio de la tierra; porque Jehová de los ejércitos los bendecirá diciendo: *Bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel Mi heredad*”.

Esto nunca ha sucedido en toda la historia pasada. El área cubierta es la porción más grande de territorio delineado en Génesis 15 y por tanto será en *aquel tiempo* cuando Dios cumplirá a la letra Su promesa en gracia a Abraham concerniente a un *hogar* para su simiente para siempre. A la luz de los hechos contemporáneos que están ocurriendo en el Medio Oriente esta profética visión es más que interesante. Es fabulosa y prueba que estamos tratando con un Dios cuya palabra no volverá para Él vacía, sino que ciertamente cumplirá con ella Su deseo y prosperará en todos los objetivos para los cuales la envió (Isaías 55:11).

Es importante recordar el hecho de que el pacto de Dios con Israel respecto al territorio es un pacto de gracia, y que por tanto no depende sobre la fidelidad u obediencia de la nación. En Deuteronomio 30:1-9 tenemos una amplificación de este pacto en su relación a Canaán. En su previo conocimiento, Dios sabía de antemano que en la historia de este pueblo habría pecado y reincidencia pecaminosa, por lo cual Él tendría que disciplinarlos. A pesar de eso, Su pacto incondicional prevalecería:

“Sucedará que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en medio de todas las naciones adonde te hubiere

arrojado Jehová tu Dios, y te convirtieras a Jehová tu Dios, y obedecieras a Su voz conforme a todo lo que Yo te mando hoy, tú y tus hijos con todo tu corazón y con toda tu alma, entonces Jehová hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido Jehová tu Dios. Aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá Jehová tu Dios, y de allí te tomará; y te hará volver Jehová tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya; y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres. Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas. Y pondrá Jehová tu Dios todas estas maldiciones sobre tus enemigos... Y tú volverás, I oirás la voz de Jehová, y pondrás por obra todos Sus mandamientos que yo te ordeno hoy. Y te hará Jehová tu Dios abundar... porque Jehová volverá a gozarse sobre ti para bien.”

Hay partes del pacto que ya se han cumplido literalmente. Israel ha pasado experimentalmente por diversas dispersiones judiciales debido a su desobediencia, pero también y además por sus respectivas restauraciones; sin embargo esta remarcable profecía se enfoca en la segunda Venida de Cristo, hacia su total cumplimiento, el cual será igualmente literal. El Señor ciertamente viene (vers.3-6), e Israel pondrá sus ojos en Aquel que traspasaron (Zac.12:9-11) y serán convertidos nacionalmente (Rom.11:26, 27). Serán restaurados a su territorio desde los cuatro cantos de la tierra, y sus enemigos serán juzgados. Solamente existe un elemento condicional, pero ese elemento dice respecto solamente al *tiempo* de su total cumplimiento, “cuando...entonces” (vers.1-3). Esto depende de la salvación y conversión de la nación de la cual trata Romanos 11, asegurando que “los *dones* y el *llamamiento* de Dios son *sin arrepentimiento* (que no cambia de parecer de Su parte, vers.29). Esta era además la expectativa que tenían los profetas del Antiguo Testamento que se alargan hablando sobre este gran tema y que trataremos más tarde.

Hemos visto que todos los pactos Escriturales, con excepción del pacto terrenal con Noé y toda la raza humana, pertenecen a Israel (Rom.9:3-5).

Una vez que ya hemos considerado el relacionado con la *simiente* y el *territorio*, el siguiente en importancia es el pacto hecho a David concerniente al *trono*. Este pacto es una expansión de la promesa divina concerniente a la semilla:

“Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré *su reino*” (2a Sam.7:12).

“Hice pacto con mi escogido; juré a David mi siervo, diciendo: Para *siempre* confirmaré tu *descendencia*, y edificaré *tu trono* por todas las generaciones” (Salmos 89:3, 4).

“Como no puede ser contado el ejército del cielo, ni la arena del mar se puede medir, así multiplicaré la descendencia de David mi siervo, y los levitas que me sirven...Así ha dicho Jehová: Si no permanece Mi pacto con el día y la noche, si Yo no he puesto las leyes del cielo y la tierra, también desecharé la *descendencia* de Jacob, y de David Mi siervo” (Jer.33:22, 25, 26).

Lo importante a observar es que, igual que el pacto de Abraham, este también sea “para siempre” e incondicional. Esto significa que el reino de gobierno sobre Israel, nunca será quitado de manos de la posteridad de David, a pesar de todas las interrupciones o castigos que pueda haber en desobediencia. En Salmos 89, las palabras del Señor son definitivas:

“No olvidaré Mi pacto, *ni mudaré lo que ha salido de Mis labios*. Una vez he jurado por Mi santidad, y no mentiré a David. Su *descendencia* será para siempre, y su *trono* como el sol delante de Mi” (vers.34 y 37).

La promesa se confirma posteriormente en las siguientes Escrituras que deben ser leídas y meditadas por el estudiante de la Palabra: Isa.9:6, 7; Jer.23:5, 6; 30:14-17, 20, 21; Ezeq.37:21-28; Oseas 3:4, 5; Amós 9:11.

En relación con la promesa incondicional de Dios hecha a David acerca de la simiente que vendría a ocupar su trono para siempre, tenemos que observar un detalle. Dios no estaba garantizando que alguno de la posteridad de David vendría a ocupar ese trono *continuamente*. Vendrían a suceder quiebras e interrupciones, y eso nos demuestra la historia, pero la línea de David *nunca vendría a ser olvidada ni perdida de vista*. Esto no depende del hombre con todas sus limitaciones de conocimiento, sino de la inmutabilidad de la Palabra, y del pleno poder y propósito de Dios.

Los que se oponen al Milenio espiritualizan y afirman que la presente sesión de Cristo en el cielo ya cumple este pacto con David. Sin embargo la Escritura deja perfectamente claro que durante esta edad el Señor Jesucristo está sentado *sobre el trono de Su Padre en los cielos*, y nadie por mucha imaginación que tuviera podría decir que esto se refiera al *trono de David sobre la tierra*.

G.N.H. Peters escribe lo siguiente:

“Ningún sofista espiritualizando, simbolizando, o tipificando podrá transmutar la promesa del trono de David y el reino en cualquier otra cosa, como por ejemplo, en el trono del Padre, o la soberanía divina, o el reino de la gracia, o la dispensación del Evangelios etc., por la sencilla razón de que el idéntico trono y reino, así ahora pervertido, es el mismo que se le promete al Mesías a ser re-establecido por Sí Mismo (Amós 9:11; Hechos 15:16; Zac.1:16, 17 y 2:12, etc.). La corona teocrática despreciada, el trono teocrático pervertido, el reino teocrático traspasado, es el trono al final coronado, el reino que Cristo restaura...Estas cosas, además, están vinculadas con la restauración de la nación Judía (Jer.33:14; Miqueas 4:6, 8). Estos hechos - la existencia del trono a su tiempo, su no existencia o desaparición durante un periodo, su restauración de nuevo, su conexión en el restauo con el pueblo antiguo y el territorio que formaba el reino original...indica de la manera más clara posible hablando, que la antigua fe en el lenguaje del pacto no puede ser descartada” *El Reino Teocrático 1:347*.

No puede haber duda alguna, si las palabras tienen consigo algún significado, que el presente reinado de Cristo en el cielo simplemente no cumple todavía con las específicas promesas del pacto de David. Lo que las palabras del pacto dan a entender es que el Señor Jesús regresará a la tierra en poder y gloria para abolir el reino de Satanás expreso y manifiesto en el dominio Gentil del mundo, y para asentar entonces el preciso gobierno de justicia que le ha sido prometido por Dios. Este gobierno será un visible y manifiesto reino, no totalmente espiritual, aunque abarque y asiente sobre realidades espirituales como fundamento. Ambas cosas son necesarias para que se cumpla el lenguaje de la promesa, y como ya hemos resaltado anteriormente, este reino será eterno porque Dios ha determinado que será “para siempre”.

La Relación del Reino Terrenal a la Ley Mosaica.

Ya hemos visto cómo Dios emplea representantes o mediadores para llevar a cabo Su propuesto reino. Estos representantes tanto pueden ser individuos como naciones. Dios le dijo a Moisés con respecto a su relación hacia Aarón “Tú serás para él en lugar Dios” (Éxodo 4:16) y concerniente a su relación hacia el Faraón “Yo te he constituido dios para Faraón” (Éxodo 7:1).

Pero toda la nación de Israel fue escogida por el Señor con el único objetivo de que fueran mediadores, adquiriendo y llevando, de Él Propio y de Su verdad, un conocimiento hasta los confines de la tierra, cumpliendo así la promesa a Abraham, “y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gén.12:3; 26:4; 28:13, 14).

Dios levanto a Moisés como su líder y gobernador y pudo decir del Gobernador venidero, “Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, *como tú*” (Deut.18:18). Esteban en su discurso registrado en Hechos 7 describe a Moisés como un *archon*, príncipe y libertador”, así que mantiene el concepto del reino. En Éxodo 19 tenemos una posterior elaboración del reino propuesto por Dios en lo tocante al pueblo de Israel:

“Y Moisés subió a Dios; y Jehová lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a Mí, ahora, pues, si diereis oído a Mí voz, y guardareis Mí pacto, vosotros seréis Mí especial tesoro *sobre todos los pueblos*; porque Mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un *reino de sacerdotes* y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel” (vers.3-6).

Aquí tenemos una resonante diferencia con lo que hemos visto anteriormente en la revelación de los propósitos del reino Dios hasta ahora, siendo hasta aquí todo incondicional, solamente basado en la palabra y la gracia de Dios, ahora, por primera vez, tenemos un pacto que *es condicional*, “si diereis oído a Mí voz”, y sabemos bien que Israel no lo hizo. A pesar de la promesa que le hicieron al Señor, “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos” (Éxodo 24:7), sus actos revelan la continua rebelión y desobediencia.

Ahora, por tanto, tenemos un verdadero problema y haremos bien en preguntar, una vez que Israel ha fracasado miserablemente en guardar la condición de Dios para que fuesen un “reino de sacerdotes”, ¿será que el plan del reino de Dios ha sido anulado? A primera vista pareciera que así haya sucedido, sin embargo, el gran propósito del Señor para la salvación del mundo y su bendición no está basada en algo tan frágil como sea el poder, la determinación o la obediencia humana.

Todavía, tenemos otro pacto divino hecho con el mismo pueblo terrenal, tan incondicional como aquellos pactos hechos con Abraham y David, y éste es de pura gracia. El pacto Mosaico se designa como el “pacto antiguo”. Está claro que depende de las obras y méritos, pero el remedio de Dios para el fracaso de Israel es *el Nuevo Pacto dado a conocer en Jeremías 31* y este nuevo pacto excede y sobrepasa al antiguo. No es que hubiese algo de errado intrínsecamente con el antiguo pacto de la ley. Fue una revelación de la santidad de Dios pero no daba poder alguno

observarlo. “Era santo, justo y bueno” (Rom.7:12), dando un perfecto estándar de pensamiento y conducta entre Dios y el hombre, expresado en la palabra “amor”. Pero la naturaleza pecadora humana jamás podría alcanzar este estándar tan elevado. La ley era débil “por causa de la carne” (Rom.8:3), y por ese motivo nunca podía justificar ni vivificarnos (Gálatas 2:21; 3:18, 21).

El propósito que tenía era demostrar abiertamente el pecado en el hombre. El Apóstol Pablo dijo “Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás” (Rom.7:7).

Es evidente entonces que ni Israel ni ningún otro ser humano podrían venir a ser partícipes en el gran plan redentor de Dios basados en sus propios esfuerzos o méritos. La ley dada a través de Moisés tenía como único objetivo que dependiésemos toda nuestra vida en Cristo, y en lo que Su gloriosa obra redentora había conseguido (Gál.3:24). Esta fue la lección que Israel nunca aprendió en el pasado pero que sin embargo aprenderá en el futuro cuando el Nuevo Pacto de gracia sea puesto en operación en la Segunda Venida del Señor:

“Y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. *Y éste será Mi pacto con ellos, cuando Yo quite sus pecados... Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.*” (Rom.11:26-29).

Veamos que la primera ocurrencia de este pacto de gracia se sitúa en un contexto de la vuelta a reunir de Israel en el territorio:

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré *un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá*. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron Mi pacto, aunque fui Yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré Mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y Yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová: porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer.31:31-34).

Para resaltar aún más este hecho, el Señor apela a las órdenes del sol y la luna y dice:

“Si faltaren estas leyes delante de Mí, dice Jehová, también la descendencia de Israel faltará para no ser nación delante de Mí eternamente. Así ha dicho Jehová: Si los cielos arriba se pueden medir, y explorarse abajo los fundamentos de la tierra, también Yo desecharé toda la descendencia de Israel por todo lo que hicieron, dice Jehová” (Jer.31:36, 37).

Esto mismo se repite en Jer.33:25, 26. Si hacemos un sumario, hallaremos lo siguiente:

- (1) El pacto se hace entre dos partes, por un lado Jehová y por el otro las casas de Israel y de Judá. Es por tanto un pacto *nacional*. Tanto el antiguo como el nuevo pacto deben relatarse al Israel literal porque Dios habla del antiguo pacto de la ley hecho con ellos y con su éxodo de Egipto.

- (2) El Nuevo Pacto es incondicional, un pacto de gracia basado en la repetida frase de Dios “Yo haré”.
- (3) Es un pacto eterno como el pacto de Abraham y de David (Ezeq.37:25-28; Jer.31:35-37).
- (4) El Nuevo Pacto promete la impartición de *una nueva mente y corazón* hecha por Dios que es equivalente a una regeneración, el Propio Dios escribe en ellos Su ley (Isa.59:20, 21; Ezeq.36:24-29).
- (5) El perdón de los pecados está incluido en el pacto, y el significativo pasaje en Rom.11:25-29 ya citado anteriormente no debe ser olvidado. Otras bendiciones tanto espirituales como temporales surgen de este pacto de gracia con Israel.

Existen diferencias de opinión en cuanto a si este pacto pueda ser aplicado en este tiempo presente a una más alargada compañía además de Israel y Judá. Es cierto que la base sobre la cual se fundamente este pacto es la sangre derramada del Señor Jesús en la Pascua, porque dice:

“...porque esto es Mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión (perdón) de los pecados” (Mat.26:28).

Una vez que la ofrenda única de Cristo sobre la cruz es la base para la salvación del creyente hoy en día, muchos han llegado a la conclusión de que el Nuevo Pacto debe aplicarse a la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. ¿Cómo se libran del hecho de que sea hecho *con el Israel literal* y no con la Iglesia?

Aquí vemos cómo lo hace E. W. Grant:

“Nos preguntaremos ¿cómo, de acuerdo a esto, se aplica el Nuevo Pacto para todos nosotros? Otras Escrituras nos responden a esto asegurándonos que, si bien no tenemos el Pacto *hecho* con nosotros, sí que lo tenemos sin embargo en todas las bendiciones de las cuales se dice, nos fueron *ministradas*” *La Biblia Numérica* 7, 48.

Este comentario es ingenioso, pero aunque fuese verdad, no podría hacerse sin espiritualizar el asunto. De lo que esta gente no se da cuenta es que Dios no está forzado a limitar el perdón de pecados, basado en el derramamiento de la sangre de Cristo, a un *pacto básico de ningún tipo*. Las bendiciones infinitas del Calvario pueden recaer sobre todos los que pongan su confianza en el Señor Jesús sin tener en cuenta si son Judíos o Gentiles, en pacto con Dios o sin pacto. Efesios pone todo esto muy claro:

“...En Quien (Cristo) tenemos redención a través de Su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de Su gracia, que hizo abundar sobre nosotros...” (Efesios 1:7, 8).

Riquezas de gracia que van más allá de lo que jamás podríamos haber soñado provenientes de la ofrenda de Cristo “hecha de una vez para siempre” (Heb.10:10-12) y “abundantes riquezas de Su gracia” en las edades venideras (Efesios 2:4-9), y aquí no se menciona pacto alguno. Así que no hay necesidad de traspasar el pacto nacional de gracia de Israel para adjudicarlo a la Iglesia. Debe dejarse donde Dios lo ha ubicado expresamente, esto es, sobre Su pueblo terrenal:

J. N. Darby muestra claramente eso mismo, diciendo:

“Este pacto de la letra se hace con Israel, no con nosotros... Israel, no aceptando la bendición, hace con que Dios les ponga en evidencia a la iglesia, y al Mediador del pacto que puso sobre las alturas. Nosotros estamos asociados con el Mediador solo. Pero será válido para Israel palabra por palabra” *The Collected Writings of J. N. Darby xxvii, 565-566.*

Mientras que la divina ley dada a través de Moisés, el Pacto Antiguo, desde un punto de vista moral y espiritual, era incapaz de satisfacer las necesidades del hombre en su pecado y fragilidad, aun así, en algunos aspectos expresaba el concepto del reino de Dios, especialmente en la esfera civil. No debemos olvidar que la ley abarca el típico reflejo de Cristo y Su obra redentora por sacrificio, y las ofrendas y las normas para el vivir diario, así como los diez mandamientos. La sabiduría de Dios y Su constante cuidado por Su pueblo terrenal se expresa de muchas maneras. Comenzando con que a los Levitas no se les permitía que tuviesen propiedades ni amontonar ganancias materiales. El mandamiento que les dio el Señor fue “De la tierra de ellos no tendrán heredad, ni entre ellos tendrás parte” (Núm.18:20). Esto claramente impedía el desarrollo de una rica casta sacerdotal que tuviese poder sobre el pueblo. Consecuentemente, no tenían autoridad civil de ningún tipo. En su lugar Dios les dijo, “Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel” (18:20) y una vez que Él era y sigue siendo el dueño de todo, ¿qué podría faltarles? Su sustento material provenía de los diezmos y ofrendas de la nación en su totalidad, la cual SÍ que recibió heredad en el territorio (Núm.18:21-32).

Originalmente el Señor les hizo ver, cuando fueron libertados en el Éxodo, que no salieron de manos vacías. Los israelitas “pidieron” y el Señor les dio “favor a los ojos de los egipcios,” los cuales les ofrecieron una buena cantidad de oro y de plata en el tiempo de su partida. Los egipcios se dieron por satisfechos sin duda alguna viéndolos partir, debido al terrible juicio que las plagas les ocasionaron (Éxodo 11:2, 3; 12:35, 36). Además de todo esto, cuando llegaron a Canaán, “una tierra que manaba leche y miel”, cada uno de ellos tuvo su heredad con el rico producto que producía.

Lo que es importante observar aquí es que bajo la dirección del Señor *ninguna heredad podría perderse*. Y si el reino de Dios tiene que ser eterno, así también debe ser en tipo y figura esta herencia. Una cierta medida de libertad le fue otorgada al propietario. Podía producir sus frutos agrícolas, alquilarla, hipotecarla, pero *nunca podía perder permanentemente el título original*. Dios dijo: “La tierra no se venderá a perpetuidad, *porque la tierra Mía es*” (Lev.25:23).

Si alguno empobreciese, la ley Mosaica requería la ayuda y asistencia de quien pudiese ofrecerla, “Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso...abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra.” (Deut.15:11). Pero la gran salvaguarda contra la pobreza permanente se hallaba en la ley del Jubileo. Esta significativa y notable ley ordenaba que al final de siete Sabbath de años (49 años), en el cincuentavo año debiera ser devuelta y proclamada la libertad para todos. Todos los siervos eran libertados, y todas las deudas contraídas en relación a la propiedad se cancelaban. Todas las personas podían libremente reclamar sus pertenencias originales de la tierra. Así que era imposible pasar los fardos contraídos por una generación a la siguiente. Debe observarse cuidadosamente sin embargo, que no existía principio alguno comunista envuelto, ni ningún tipo de “confiscación de la propiedad privada” para su redistribución pública e indiscriminada, tergiversada en propiedad pública. Era sencillamente la

restauración de toda propiedad a su dueño original. El jubileo solamente garantizaba un nuevo comienzo, no una seguridad económica para quien fuese negligente con sus actos.

Una vez que esta nueva condición fuese obedecida, los resultados de la conducta humana sucedían normalmente. Dios nunca premia la pereza o la estupidez. Por otro lado, el hombre diligente podía prosperar. Este es el resultado inevitable de la libre actuación de cada uno. Nunca se ha encontrado una vía perfecta para reconciliar la libertad personal con la completa igualdad, siendo que el motivo para eso y la raíz del problema residen en el propio hombre y su naturaleza pecadora, y hasta que no sea completamente erradicada de sí, una tal igualdad no pasa de ser un mero sueño quimérico.

Por esta causa han fracasado los planes socialistas y comunistas en el pasado, y fracasarán sin remedio en el futuro. Es imposible para el hombre hallar un balance equilibrado entre la libre economía y la seguridad económica. El Único capaz de hacerlo es el Rey de reyes, y cuando Su reino y regla llegue a ser el pináculo sobre la tierra desaparecerán los tales obstáculos, porque primeramente se encargará del pecado del hombre y su fracaso, y a seguir regulará las condiciones externas posteriores en perfecta justicia.

Antes de la llegada del año Jubileo también había esperanza para el hombre que hubiese perdido su estatuto original, o por calamidad o por negligencia. Un pariente próximo podía entonces ejercitar el derecho *de redimir la propiedad perdida* pagando un precio apropiado, calculado en base de los productos producidos en los años que faltasen hasta el año Jubileo. Si la persona careciese del tal pariente, también podía redimirse por sí propio, si es que llegase a juntar los recursos suficientes y necesarios (Lev.25:24-28). Este principio también se aplicaba con los siervos (vers.39-54).

Existían otros medios por los cuales el pobre era socorrido. Cuando los cereales se cosechaban o se hacía la vendimia, una parte de las uvas o del grano tenía que dejarse en el campo para que los necesitados pudiesen recolectarlos. Además, si se les prestase dinero, ningún interés podría ser acrecentado (Lev.25:35-37), ni al acreedor se le permitía como garantía tomar cualquier propiedad que fuese esencial para su sustento (Éxodo 22:25-27). Otro recurso de asistencia sucedía cada siete años, que hacía un “Sabbath” para la tierra, dándole su descanso para que pudiera recomponer sus minerales. Aquello que de suyo creciese no podía ser recolectado por el dueño, sino dejado especialmente para el pobre y para los animales del campo.

La Palabra de Dios es bastante clara en cuanto que el Señor está profundamente incumbido de los huérfanos, las viudas y el pobre de manera general. Además el reino de Dios sobre la tierra resalta el bien estar material de sus súbditos de muchas otras maneras “Para que te vaya bien a ti” es una frase que aparece un cierto número de veces repetida y se asocia invariablemente con los beneficios físicos tal y como en Deuteronomio 4:40, “*y prolongues tus días sobre la tierra*”, con lo cual se deja claro que no tiene que ver con cualquier futura bendición en los cielos.

Dios le prometió a Israel una abundancia frutal excepcional de sus campos, y el incremento de sus rebaños y manadas de animales. “Porque la tierra de la cual Jehová tu Dios cuida, siempre están sobre ella los ojos de Jehová tu Dios, desde el principio del año hasta el fin” (Deut.11:12). “No habrá en ti varón ni hembra estéril, ni en tus ganados” (Deut.7:13, 14), y tales bendiciones

nunca se experimentaron en ninguna otra nación. Aun mismo cuando Israel andaba errante por el desierto durante cuarenta años siendo incrédulos y desobedientes, Dios siguió supliendo para todas sus necesidades en el don milagroso diario del maná del cielo (Éxodo 16:35). Ni tampoco cesó de ofrecérselo hasta que entraron efectivamente en la tierra prometida (Josué 5:12). También el agua fue provista milagrosamente (Éxodo 15:23-25). Durante este largo periodo en el desierto cuando sería imposible reemplazar el vestuario, el Señor milagrosamente hizo con que ni sus ropas ni su calzado envejeciesen en los 40 años (Deut.8:4; 29:3-5). Nehemías escribió posteriormente que durante la travesía del desierto, a Israel nunca le faltó de nada (Heh.9:21).

Otro asunto extremadamente importante era la cuestión de la salud, cuando se viaja en las adversas condiciones a través de un cálido desierto. La nación todavía no había salido sino hacía tres días a través de este territorio antes de que Dios les hubiese prometido “ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti, porque Yo soy Jehová tu sanador” (Éxodo 15:26). Posteriormente en el Monte Sinaí el Señor dijo, “Yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti” (Éxodo 23:25) y subsecuentemente, cuando el pueblo llegó al borde de la tierra prometida, se repitió la promesa, “Y quitará Jehová de ti toda enfermedad” (Deut.7:15).

Siendo así, podemos comprender que, estando protegidos de las inclementes enfermedades, pudieran alargar su vida y obedecer a la ley que les indicaba “Honra a tu padre y a tu madre, como Jehová tu Dios te ha mandado, *para que sean prolongados tus días*, y para que te vaya bien *sobre la tierra que Jehová tu Dios te da*” (Deut.5:16. Debe ser aquí resaltado que “viviendo” en conexión con guardar la ley, siempre se refiere a la *vida física* y nunca a la vida eterna después de la muerte. De ninguna manera enseña el Antiguo Testamento que la vida eterna podía garantizarse por guardar la ley o por obras o mérito de ningún tipo, y siendo así, *no* contraría la enseñanza dada posteriormente en el Nuevo Testamento sobre este tema o sujeto tan importante. Cuando nos damos cuenta de la importancia que Dios le da a la salud en la apariencia de Su reino sobre la tierra podemos apreciar la razón y el por qué la salud posee un lugar tan preponderante en el ministerio terrenal del Señor Jesús para Israel, cuando, tal como Él declaró: el reino se hallaba tan cerca y a la mano. Este sanador ministerio continuó ejerciéndose durante el periodo de Hechos, a través del ministerio de los apóstoles hacia el mismo pueblo de Israel, el cual se hallaba tan íntimamente ligado por el Señor en el establecimiento de Su reino sobre la tierra.

Resaltando ahora otros aspectos que afectaban la vida del pueblo terrenal de Dios, observamos como un principio general que los beneficios que les fueron conferidos, demandaba algún esfuerzo de parte del hombre. Así, por ejemplo, el maná debía recogerse diariamente de acuerdo a lo instruido, porque la sabiduría de Dios no premia la pereza. Con respecto a la productividad de la tierra, “que fluye leche y miel”, como ya hemos visto, estos frutos los providenciaba el Señor, sin embargo debía ejercitarse el cuidado y el sentido común, para que su productividad pudiera mantenerse.

En sus batallas, si era necesario forzar una entrada por las puertas o muros, no se permitía cortar para el efecto árboles frutales (Deut.20:19, 20). Cuando se cazaban pájaros, solo las crías podían retirarse de la red, la madre debía siempre ser libertada (Deut.22:6, 7). Este proceder aseguraba la perpetuidad de las especies, y tal como ya hemos señalado, la tierra debía permanecer sin cultivo durante un año cada siete para su regeneración y futura fertilidad (Lev.25:4).

En otros aspectos la sabiduría predominante tenía como objetivo el bien estar de Su reino terrenal. Especialmente respecto al *descanso y la relajación*, eran leyes dadas para que la salud física y mental pudiese constantemente ser disfrutada. La promesa de Dios de liberación de la enfermedad tenía que ser acompañada por un estilo de vida sabio y sentido común.

El pueblo de Israel tenía que descansar un día en cada siete y un año en cada siete también (Lev.23 y 25). Además había un Sabbath especial de fiestas y convocaciones, asegurando evitar el excesivo esfuerzo físico. La prisa y el esfuerzo de los días modernos eran impracticables bajo la ley de Dios.

No solo sería adecuado el descanso y la mudanza de vida, sino que la ley de *sanidad* era más comprensible y bastante superior a nuestras modernas ideas actuales. Había muchas normas en cuanto a la higiene personal del sacerdote y de sus vestuarios (por ejemplo, Número 19:5-8). Cuando Israel salía a la guerra había estrictas regulaciones concernientes a la disposición de las letrinas (Deut.23:9-14).

Aquí tenemos un testimonio de un médico cristiano al respecto:

“Las enfermedades transmitidas por el agua y por la mosca, tales como la disentería y la fiebre entérica, han sido un mayor azote de los ejércitos en el campo de batalla que de las poblaciones estacionarias. En la Guerra de Sud África, la pérdida de vida debido a estas enfermedades era más elevada que por las armas enemigas. Tan solo en la Gran Guerra de 1914-18 se tomaron las debidas precauciones regulando la disposición de las letrinas. Sin embargo, a través de todos los siglos, el remedio se hallaba escrito y a la mano si es que los generales hubiesen leído cuidadosamente sus Biblias, porque habrían tenido en cuenta las direcciones tan pertinentes al respecto decretadas para el entierro de los excrementos.” (*Modern Discovery and the Bible* p.122 por el Dr. A.Rendel Short).

Con respecto a la ingestión de carne, ciertas ofrendas tenían que ser comidas en el mismo día que se sacrificaban. En otras ofrendas la carne podía ser ingerida al segundo día, pero después tenía que ser quemada (Lev.7:15-18; 19:5-7). Este procedimiento era esencial en un clima tan cálido que la carne podía deteriorarse rápidamente como era el desierto.

Adentrarse en una tienda donde hubiera un cuerpo muerto hacía con que la persona fuese considerada impura durante una semana, y todos los *vasos expuestos* en la tienda se consideraban de la misma manera. El contacto con un cuerpo muerto tenía el mismo efecto, y el remedio pasaba por el lavamiento con *cenizas y agua corriente* (no con aguas paradas en un vaso). Y esto se aplicaba al tercer y al séptimo día, y además la persona impura debía lavarse tanto a sí propio como sus vestidos (Núm.19:14-21) al séptimo día. ¡Las leyes modernas de higiene no son tan estrictas como esta!

Así, pues, de muchas maneras, algunas de las cuales hemos mencionado aquí, la maravillosa sabiduría del Dios Gobernador, legislaba teniendo en vista el gozo y bienestar de Sus súbditos terrenales.

En la ley de Dios dada a través de Moisés se ofrece una divina expresión de Su reino terrenal, antes que nada del lado espiritual reflejado en los diez mandamientos, después en la ley sacrificial que trata del pecado resultante del traspaso de esta ley. Esta sección de la ley Mosaica es altamente profética, pues en ella se declara en tipo y reflejo que “sin derramamiento de sangre no hay remisión” (Heb.9:22). La muerte resultó de la introducción del pecado en el mundo (Rom.5:12) y esta condena permanecería si es que no hubiese perdón y el pecado no hubiese sido cancelado y puesto de lado. No hay valor intrínseco en el sacrificio de algún animal, pues “no es posible que “la sangre de toros y machos cabríos puedan quitar los pecados” (Heb.10:4). El único valor que tenían se hallaba en el reflejo profético DEL “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29) por su muerte expiatoria sobre la cruz del Calvario.

La tercera sección concernía a la vida diaria y a la salud del pueblo de Israel que acabamos de considerar. Teniendo en mente el plan de Dios para traer en operación Su reino sobre toda la tierra a través de medios humanos, ahora podemos entender por qué a Israel se le dan tan importantes reglas en la Biblia. Antes que nada tenemos la expresión de que este reino en la economía de Israel posee la intención final de la expansión de su evangelio sobre la tierra, para que el conocimiento del Señor y Su obra de redención “cubriesen la tierra como las aguas cubren el mar”.

Fue por esta única razón que Dios dejó claro a través de Moisés que Israel fuese la nación principal de la tierra. No fue ciertamente debido a cualquier *innata* bondad o habilidad que fuesen escogidos para este gran gobierno. En Éxodo 19:5, 6 Dios había dicho:

“Ahora, pues, si diereis oído a Mi voz, y guardareis Mi pacto, vosotros seréis Mi especial tesoro *sobre todos los pueblos*; porque Mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino *de sacerdotes*, y una *nación santa*”.

Esto mismo lo encontramos repetido en el libro de Deuteronomio:

“...prestarás entonces a muchas naciones, mas tú no tomarás prestado; *tendrás dominio sobre muchas naciones, pero sobre ti no tendrán dominio*” (Deut.15:6).

“Y Jehová ha declarado hoy que *tú eres pueblo Suyo*, de Su exclusiva posesión, como te lo ha prometido...a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor y fama y gloria, y para que sean *un pueblo santo a Jehová tu Dios*, como Él ha dicho” (Deut.26:18, 19).

“Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios...*también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra...*” (Deut.28:1).

“Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y *estarás encima solamente, y no estarás debajo...*” (Deut.28:13).

No puede haber por tanto dudas de que la elección de Dios de este pueblo se debió a un gran objetivo – representar a Dios y Su verdad, y ser Sus mediadores para traer en concreción Su reino sobre la tierra, en cuya justicia y derecho reinaría la paz suprema forneciendo el gozo y la satisfacción en abundancia. Esto entonces explica además por qué el Judío venga *primero* en el

Nuevo Testamento, tanto para el evangelio como para el juicio (Rom.1:16; 2:9). Debido a su insólita posición a los ojos de Dios, en adición a sus muchas bendiciones, Dios le encomendó a los Judíos la Santa Escritura:

“¿Qué ventaja tiene, pues, el Judío? ¿O de qué aprovecha la circuncisión? *Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la Palabra de Dios*” (Rom.1:16; 2:9), y Pablo resume sus privilegios únicos en Romanos 9:3-5:

“...mis hermanos, los que son mis parientes según la carne, que son israelitas, de los cuales son *la adopción (filiación), la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén*”

El Salmista en Salmo 147:19, 20 condice:

“Ha manifestado Su Palabra a Jacob, Sus estatutos y Sus juicios a Israel. *No ha hecho así con ninguna otra de las naciones. Y en cuanto a sus juicios, no los conocieron. Aleluya.*”

Ya hemos visto que Israel nunca vino a realizar su divino propósito por sus propias obras o méritos. A los ojos de Dios permanecen como habiendo quebrado Su ley. Pero bajo el Nuevo Pacto de gracia, ratificado por el Señor Jesús sobre la Cruz, se atenderán a todo lo que Dios se propone con ellos en Su Segunda Venida con sus nuevos corazones:

“Y luego *todo Israel será salvo*, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob (Israel) la impiedad. Y este será Mi pacto con ellos, *cuando Yo quite sus pecados. Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios*” (Romanos 11:26-29).

El Reino reflejado proféticamente en la Fiesta del Señor

Las siete fiestas de Jehová detalladas en Levíticos 23 nos dan una imagen del reino de Dios en cuanto a sus efectos en la tierra con Israel como su centro, y el gobierno del Señor a través de la nación. El orden que tienen es el siguiente:

- | | |
|----------------------------|---------|
| (1) El Sabbath | |
| (2) La Pascua | |
| | \ |
| | 50 días |
| | / |
| (3) Los Panes Sin Levadura | |
| (4) Pentecostés | |

Intervalo

- | | | |
|---|--|---------|
| (5) Las Trompetas – el primer día | | El |
| (6) La Expiación - el décimo día | | séptimo |
| (7) Los Tabernáculos – el quinceavo día | | mes |

El año religioso de Israel se repartía en los primeros siete meses comenzando con Abib (Abril). Es importante observar cómo el número siete se refleja sobre los tratos del Señor con Su pueblo terrenal. No hay duda de que este número tiene un significado especial en la Biblia. Es el número de la perfección espiritual y se asocia antes que nada con la creación en Génesis 1. La obra de siete días se describe, y aquí no entramos en disputas de si estos días son de 24 horas o de periodos más extensos, aunque debemos señalar que los periodos de siete los consideramos todos de días de 24 horas, y la referencia al Sabbath y a la creación en Éxodo 20:10, 11 también requieren que sean así tenidos en cuenta. Cuando nos acercamos al último libro en la Biblia, el Apocalipsis o Revelación, que trata con la liquidación efectiva de los propósitos de Dios, hay tantos sietes que probablemente todavía no hayan sido todos descubiertos, si tomamos en cuenta la ocurrencia de palabras y de frases que así se repiten con siete.

Nos servirá de ayuda que notemos, por ejemplo, cómo el número siete se relaciona a la economía de Israel en el Antiguo Testamento:

- (1) Siete días, acabando con el Sabbath.
- (2) Siete semanas acabando en Pentecostés.
- (3) Siete meses completando el año religioso de Israel.
- (4) Siete años, siendo el séptimo el Sabbath en el cual la tierra descansaba y no se cultivaba
- (5) Siete veces siete años hasta el Jubileo, al cual ya nos hemos referido.
- (6) Después hubo un espacio de setenta años en cautiverio para Israel que fueron ocasionados por Nabucodonosor bajo licencia de Dios.
- (7) Por último tenemos las setenta semanas de años de Daniel que traen en concreción los tratos de Dios con Israel.

Está claro que el principio sabático gobierna los propósitos de Dios para Israel. Con respecto a las fiestas de Jehová, Dios comenzaba con el Sabbath. Experimentalmente el hombre tenía que comenzar con la verdad de la Pascua que maravillosamente reflejaba la verdadera Pascua venidera, la ofrenda del Cordero de Dios por el pecado del mundo. Tal como el tipo o modelo, así sucede con su reflejo; Él era “sin mancha ni defecto”. Al no precisar de Salvador, él solo estaba capacitado y podía ser el Salvador de los pecadores que tenían esta gran necesidad.

La palabra “Sabbath” proviene de la palabra Hebrea que significa “cesar”, “acabar” o “dar por finalizado”, “reposar”. En Génesis 2:2 se nos declara que Dios *descansó* al séptimo día, no porque estuviese cansado, sino debido a su típico valor intrínseco en Su propósito. En Hebreos 4:9 leemos, “Queda un reposo para el pueblo de Dios” un guardar del Sabbath. Es una traducción del griego *sabatismos*.

Ya hemos visto que el día del Sabbath era un día en la sabia provisión de Dios para el adecuado reposo físico y mental para Su pueblo, y que el Señor Jesús lo confirmó cuando dijo “El Sabbath fue hecho para el hombre, y no el hombre para el Sabbath” (Marcos 2:27). Hay muchos que

consideran el Domingo como el día del Sabbath, pero cualquiera podría pensar que lo cierto sea lo contrario, de acuerdo a la manera como lo tratan algunos cristianos! Dios comienza y acaba en el reposo. Cuando el propósito de las edades se alcance por fin, el verdadero Sabbath se traerá en concreción, cuando todas las tensiones, problemas y el pecado sean erradicados, y la perfecta paz y regocijo reinen entonces por toda la eternidad.

Porque, “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom.3:23) y esto por supuesto incluye a Israel, por eso todos debemos entonces comenzar experimentalmente con la *Pascua*, teniendo conciencia del glorioso hecho de que, “Cristo, nuestra Pascua, ha sido sacrificado por nosotros” (1ª Cor.5:7). Él fue quien cargó consigo la pena por nuestros pecados, muriendo en nuestro lugar y por nuestra culpa. Él fue realmente “hecho pecado, (o una ofrenda de pecado) por nosotros, Aquel que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2ª Cor.5:21) y confiando en Él, y en la plenitud de la ofrenda Suya sobre la cruz, nosotros tenemos un “éxodo” de la esclavitud como el de Israel en la antigüedad, y venimos a ser libres de la servidumbre del pecado.

Justo después de la Pascua venía la fiesta de los panes sin levadura que tenía lugar *al día siguiente* (Lev.23:5, 6). Una vez que la levadura en la Biblia siempre representa un tipo del pecado y nunca se utiliza con un buen significado, el pan sin levadura debe significar y tipificar lo contrario, es decir, la justicia en acto y pensamiento y como experiencia es entonces lo que debería resultar inmediatamente a la gloriosa liberación de la Pascua en la vida del creyente. Esto es lo que Dios nos enseña con esta “ilustración”, pero cuán lamentablemente fracasó Israel y tan a menudo en manifestarla y cuan a menudo, también nosotros, como creyentes cristianos, hacemos exactamente lo mismo que ellos. Ciertamente no somos salvos *por* buenas obras, sino que Efesios 2:8-10 enseña que somos salvos “*para* que andemos en buenas obras” las cuales deberían ser la manifestación externa en la práctica de nuestra fe en el Señor Jesucristo.

Junto con la Pascua y los panes sin levadura venía “Las Primicias” o Primeros Frutos (Lev.23:10, 11) y el Nuevo Testamento nos interpreta con toda claridad esta fiesta:

“Ahora Cristo *ha resucitado de los muertos*; primicias de los que durmieron es hecho...Cristo, *las primicias*; luego los que son de Cristo en Su venida” (1ª Cor.15:20-23).

Las Primicias reflejan la resurrección sin la cual el evangelio no queda completo. Nosotros adoramos a un Cristo muerto, sino a Uno que vive para siempre “para hacer intercesión por nosotros” (Rom.8:34; Hebr.7:25) y que también dijo “porque Yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Generalmente el evangelio se predica en los límites de la cruz de Cristo, pero eso es solo la mitad de las “buenas nuevas”.

Cincuenta días después de la fiesta de Pentecostés se ordenó para Israel la que algunas veces se denomina como “la Fiesta de las Semanas”. Guardando estrictamente la interpretación y no la aplicación, el significado de esta fiesta para la nación se demostró cuando el verdadero Pentecostés ocurrió y que se registra en Hechos 2 bajo el ministerio de Pedro, quién relacionó los acontecimientos en ese día con la profecía de Joel (Hechos 2:16). Esto es concerniente con el equipamiento de los fieles de entre Israel llevado a cabo por el Espíritu Santo y la sucesión de los dones milagrosos evidenciados para la proclamación del Evangelio, y la enseñanza del reino

siguiente al ministerio terrenal del Señor Jesús. Nos ocuparemos de este asunto más detalladamente cuando llegemos al Nuevo Testamento.

Después de la fiesta de Pentecostés, no sucede nada más en el año religioso de Israel hasta el final del año que corresponde con el séptimo mes. Entonces tenemos las fiestas terminales del Señor: las Trompetas, la Expiación, los Tabernáculos y de la Cosecha seguidas una a la otra en proximidad. El hecho de que estas fiestas sean relacionadas juntas en el tiempo y que se diesen en el último mes hace con que sean una guía segura para su interpretación. Deben relacionarse con Israel al *final de la edad* y al establecimiento de la fase terrenal del reino de Dios.

El periodo entre Pentecostés y las Trompetas deben cubrir este tiempo o edad, pero no se da ninguna revelación en cuanto a su carácter. Ciertamente no hay ninguna revelación en cuanto a llamamiento del Cuerpo de Cristo, el cual era un “misterio” o secreto hasta que fue revelado al apóstol Pablo y se dio a conocer solo entonces a través de él en Efesios y Colosenses y su ministerio en prisión. En Levítico 23:22 hay una referencia al “pobre y al extranjero” en este intervalo de tiempo, tal como si fuese una sutil referencia o reflejo de aquellos pertenecientes a esta edad que son por natura Gentiles “sin Cristo y siendo advenedizos de la ciudadanía de Israel, y *extranjeros* o extraños a los pactos de la promesa, que no tienen esperanza, y están sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12). Estos son de hecho pobres en ellos mismos, pero ahora han sido hallados maravillosamente en Cristo en un llamamiento que alcanza los más altos cielos donde Cristo se halla ahora entronado (Efesios 2:5-7), ¡asociados con las riquezas de gracia y las riquezas de la gloria!

La primera fiesta que tenía que celebrarse en el séptimo mes era la de las Trompetas (Lev.23:24). Esta fiesta refleja el reagrupamiento de Israel al fin de la edad en la tierra prometida y el levantamiento del reino en el retorno de Cristo:

“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará Sus ángeles *con gran voz de trompeta*, y juntarán a Sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mateo 24:30, 31).

“El *séptimo ángel tocó la trompeta*, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: *Los reinos del mundo* han venido a ser de nuestro Señor y de Su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos” (Apoc.11:15).

“Sino que en los días de la voz del *séptimo ángel*, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio (secreto) de Dios se consumará, como Él lo anunció a Sus siervos los profetas” (Apoc.10:7).

No puede haber duda alguna por estas Escrituras que el simbólico sonido de las trompetas se relaciona con el comienzo del reino terrenal y su puesta en marcha en concreción, no debido ni por causa de ninguna actividad cristiana en esta edad actual, sino por el retorno a la tierra del Rey de reyes y Señor de señores para gobernar y reinar, a lo cual tiene Su derecho.

La Fiesta de la Expiación seguía entonces a esta fiesta, y en ella se refleja tanto la futura convicción de su pecado a Israel como la salvación final llevada a cabo por el Señor. Aquello que los pecadores individuales tienen que aprender y reconocer ahora de los caminos de Dios y de la salvación por la fe en Cristo, lo tendrán que aprender los de la nación de Israel por la misma vía en el futuro, de otra forma serían totalmente inútiles para Dios. La fiesta de la expiación de Israel por el pecado se acompañaba de dolor y de lamento “afligiréis vuestras almas” (Lev.23:7).

Zacarías previó el *verdadero* Día de la Expiación cuando escribió concerniente a las palabras del Señor:

“Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, *espíritu de gracia y de oración (súplica)*; y *mirarán a Mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por Él como quien se aflige por el primogénito...* y la tierra lamentará, cada linaje aparte” (Zac.12:10-12).

“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y *los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él*” (Apoc.1:7).

“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y *entonces lamentarán todas las tribus de la tierra...*” (Mat.24:30).

Isaías hace la pregunta, “¿nacerá una nación de una vez?” y la respuesta es “sí”, porque no tiene mayor dificultad para Dios salvar a una multitud que salvar a una sola persona.

Las dos últimas fiestas establecen gloriosamente el reino erguido (los Tabernáculos y la Recolección de la Cosechas) (Lev.23:34-42). Ilustran por fin al restaurado Israel en completa paz y salvación, sin que nada les perturbe:

“...Quitaré el pecado de la tierra en un día. En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, cada uno de vosotros convidará a su compañero, debajo de su vid y debajo de su higuera” (Zac.3:9,10).

“...y martillarán sus espadas para azadones...no se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado...y Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sion (Jerusalén) desde ahora y para siempre” (Miqueas 4:3-7).

En Éxodo 23:16 donde tenemos otra referencia a la siega o recolección, “la fiesta de la siega”, la fiesta de la cosecha a la salida del año, “cuando hayas recogido los frutos de tus labores del campo”, la Septuaginta traduce la siega por *sunteleia*. Esto es lo que los discípulos evidentemente querían saber cuando le preguntaron al Señor acerca del *fin de la edad*, “¿dinos cuándo sucederán estas cosas, y cuál será la señal de Tu venida, y *el fin (sunteleia)* del siglo?” (Mat.24:3).

Es significativo que la fiesta del Señor escogida para la celebración después del retorno de la cautividad en Babilonia fuese la fiesta de los Tabernáculos (Esdras 3:4; Nehem.8:14-17).

Además, una vez que el reino de Dios finalmente se extiende a todas las naciones de la tierra después de la Segunda Venida, los Tabernáculos se ordenan también para las naciones Gentiles (Zac.14:16-19).

Así, pues, podemos observar que las fiestas del Señor, ordenadas para Israel en Levíticos 23, ilustran en tipo y reflejo el despliegue del propósito de Dios relativo a la tierra. Dos de ellas ya se han cumplido, la Pascua y las Primicias, Pentecostés ya se ha cumplido en parte, y las del séptimo y último mes, que acabamos de considerar, aguardan su cumplimiento en la futura Segunda Venida del Señor.

Fin del 1er capítulo

Capítulo 2

EL REINO DE DIOS EN EL LIBRO DE JUECES Y LOS REYES DE ISRAEL Y JUDÁ

Después de la vida y muerte de Moisés, Dios escogió a Josué en su lugar y le prometió instruirle y guiarle como líder de la misma manera que lo había hecho con Moisés. “Como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé” (Josué 1:5). Los líderes que sucedieron a Josué fueron denominados *shophetim* o jueces. Estos jueces fueron igualmente escogidos por Dios. “Y Jehová levantó jueces...y cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez...” (Jueces 2:16-18). Su función principal no se limitaba al liderazgo, sino a la restauración a Dios cuando la nación como era habitual se alejaba del Señor. Los jueces volvían a restaurar la autoridad de la ley en medio de un tiempo oscuro y peligroso cuando “cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 17:6) produciendo corrupción y anarquía, tal y como hoy en día vemos suceder a nuestro alrededor, cuando de igual manera a Dios y los parámetros de Su Palabra van siendo puestos de lado e ignorados.

Los doce jueces de Israel fueron mediadores por Dios igual que lo fueron Moisés y Josué. Las palabras de Gedeón dejan ver con claridad esta labor: “Los israelitas dijeron a Gedeón: Se nuestro señor tú, y tu hijo, y tu nieto...y les dijo Gedeón: No seré señor entre vosotros...*Jehová señoreará sobre vosotros*” (Jueces 8:22, 23).

A los jueces les fue otorgado una especial capacitación por el Espíritu comenzando con Otoniel (Jueces 3:9, 10). Lo mismo sucedió en el caso de Gedeón (6:34), de Jefté (11:29) y de Sansón (13:24, 25; 15:14) y así continuó hasta llegar al periodo inicial de los reyes de Israel (1ª Samuel 10:1, 6; 16:13). A pesar de las tinieblas y de las dificultades de este periodo, el Señor, como Gobernador de Israel, protegió a la pequeña nación de Israel y le mostró que la expresión de Su reino no se vería doblegado por las poderosas naciones a su alrededor.

El último y más grande de los jueces fue Samuel, y este juez fue un eslabón entre este periodo y el tiempo del gobierno de los reyes que vino a seguir después. “Y Samuel creció, y Jehová estaba con él, y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras” (1ª Sam.3:19). No fue sino hasta el fin de su vida que una crisis relativa al gobierno se dio y vino a suceder:

“...todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel, y le dijeron: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, *constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones*” (1ª Sam.8:4, 5).

Este fue el colmo de la regresión y apostasía de Israel en este tiempo de anarquía, porque no fue otra cosa sino el repudio formal de la teocracia, y las palabras del Señor lo dejan ver muy claramente a Samuel, “porque no te han desechado a ti, *sino a Mi me han desechado, para que no reine sobre ellos*” (1ª Sam.8:7).

En consecuencia y resultado se dio entonces un cambio de administración para el de los reyes, los cuales, aunque Dios lo permitiera, fueron de cualquier manera un gran insulto para Él. Peters en su libro *El Reino Teocrático* dice así:

“Ningún otro insulto podría habersele dirigido más bajo a Dios que una tal requisición. Este insulto muestra el repudio al Ser que había condescendido en ser Su Gobernador, y con el repudio perdieron la bendición que Él les había prometido, y el designio que tenía como objetivo así alcanzar, en una manera directa, teniéndole a Él como Rey sobre la nación” (1:226).

No es de admirar que Samuel denunciase al pueblo diciendo: “Vosotros habéis desechado hoy a vuestro Dios” (1ª Samuel 12:17).

¿Por qué razón permitiría Dios que tal cosa sucediese? Nos inclinamos a pensar que, algunas veces, la única vía por la cual aprende la gente cuyos pensamientos se guían por líneas equivocadas, sea la vía del sufrimiento. La trampa en la cual los israelitas cayeron fue la de querer ser “como las demás naciones”. En este tiempo actual también los creyentes caen en la tentación de ser iguales al mundo que nos rodea, olvidándose de que aquellos que no tienen a Cristo están siendo controlados por Satanás y el poder de sus tinieblas (Efesios 2:1-3; 6:12). Lejos de satisfacer al creyente, el mundo y sus ofertas tentadoras solamente pueden guiar al alejamiento de Cristo, aunque den una temporal satisfacción y paz mental. No puede suceder de otra manera.

Por eso *permitió* el Señor que Israel fuese gobernado por un rey humano, aunque bien les avisó a través de Samuel de las consecuencias que acarrearían por ese medio. En 1ª Samuel 8:10-18 Samuel describe el carácter y la posible tiranía que un tal rey les acarrearía, con toda la miseria subsecuente, pero a pesar de ello, el pueblo no quiso escucharle. Volvieron a decir “No, sino que *habrá* rey sobre nosotros, y nosotros seremos también como todas las naciones...” (vers.19, 20). Samuel entonces dejó saber esta respuesta al Señor y la réplica Divina fue “Oye su voz, y pon rey sobre ellos” (vers.22). Así vino a suceder que Saúl, el escogido del pueblo, fue erguido como rey de Israel.

Saúl tuvo un buen comienzo y el Señor no apartó entonces de él Su Espíritu. “He aquí la compañía de los profetas que venía a encontrarse con él; y el Espíritu de Dios vino sobre él con poder, y profetizó entre ellos” (1ª Samuel 10:10). Pero no pasó mucho tiempo para que comenzase a deteriorarse por su desobediencia, hasta que Dios le dijo a Samuel:

“¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo Yo desechado *para que no reine sobre Israel?*” (1ª Samuel 16:1) y un poco después leemos:

“El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová” (1ª Samuel 16:14).

Su gradual corrupción posterior fue muy rápida, y acaba recurriendo a una médium espiritista, por lo cual le juzgó Dios y le quitó su vida:

“Así murió Saúl por su rebelión con que prevaricó contra Jehová, contra la Palabra de Jehová, la cual no guardó, y porque consultó una adivina, y no consultó a Jehová; por esta causa lo mató, y traspasó el reino a David hijo de Isai” (1ª Crón.10:13, 14).

Así le sucedió al escogido del pueblo, Saúl, el hijo de Kish. Ahora entonces interviene Dios con *Su escogido*, David, el hijo de Isaí.

Es muy significativo que el Señor en Su previo conocimiento ya hubiera dejado registrado que la selección de un rey humano hecha por Israel en vez de Él Propio, vendría a tener lugar en el futuro. El Señor por tanto estableció claramente en este registro las leyes que delimitaban el tipo de persona que cumpliría este oficio para que obtuviese Su permiso:

“Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová tu Dios te da, y tomes posesión de ella y la habites, y digas: *Pondré un rey sobre mí, como todas las naciones que están en mis alrededores*; ciertamente pondrás por rey sobre ti al que Jehová tu Dios escogiere...pero él no aumentará para sí caballos...ni tomará para sí muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe, ni plata ni oro amontonará para sí en abundancia...entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley, y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida...” (Deut.7:14-20).

El reino terrenal del Antiguo Testamento alcanza en su historia su zenit bajo sus primeros tres reyes, cada uno de los cuales sube al trono por el permiso de Jehová. David fue de hecho escogido por Dios. Él le había dicho a Samuel:

“¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo Yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belén, *porque de sus hijos me he provisto de rey*” (1ª Samuel 16:1).

“Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo unió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David” (1ª Samuel 16:13).

Al final de su vida David señala al escogido de Dios como su sucesor:

“Y de entre todos mis hijos (porque Dios me ha dado muchos hijos) eligió a mi hijo Salomón para que se sienta en el trono del reino de Jehová sobre Israel.” (1ª Crón.28:5).

Es importante observar que Salomón, el último de los reyes escogidos directamente por Dios, sea además el último rey del reino unido de Israel. A partir de Saúl y hasta Salomón se dio una tremenda expansión y transformación del reino de Israel. Las grandes conquistas militares de David abrieron el camino para la obra más pacífica de Salomón. Los Filisteos, durante mucho tiempo los más poderosos enemigos de Israel, fueron derrotados y puesto debajo de yugo en sujeción (2ª Sam.5:17-25). La ciudad de Jerusalén fue capturada y hecha la capital de la nación (2ª Sam.5:6-10). Los reinos hostiles de Moab, Amón y Edom fueron reducidos y pasaron a ser tributarios. Otros reyes, oyendo lo que estaba sucediendo, vinieron a David procurando la paz (2ª Samuel 8:2-15).

Salomón, cuando comenzó su reinado, procedió expandiendo el reino a través de fortificaciones estratégicas en puntos estratégicos (1ª Reyes 9:15-19). Aumentó con creces riquezas fabulosas, pero lo hizo con el permiso de Dios, otorgado por la sabia decisión en su juventud de Dios en vez de las riquezas. “Y así toda la tierra procuraba a Salomón, para oír su sabiduría, la cual había

llenado Dios en su corazón” (1ª Reyes 10:23, 24 y vea 1ª Reyes 3:5-14). Pero el don de Dios *no vale nada si no se emplea*. Y esta fue la razón por la cual Salomón fracasó lamentablemente. Aunque él fuese “el más sabio de todos los hombres” (1ª Reyes 4:31), acabó sin embargo su vida como un idólatra ordinario. No solo eso, sino que además su fracaso a la hora de emplear su sabiduría en la obediencia al Señor fue la causa de su apostasía o alejamiento. Transgredió las reglas divinas que Dios había decretado observar por los reyes que ya hemos aludido: Multiplicó jinetes y carros, lo equivalente a los armamentos actuales (1ª Reyes 10:26-29); se hizo de un harem de 1000 mujeres y multiplicó sus esposas (1ª Reyes 11:1, 3, 4), tomándolas provenientes de las naciones a su alrededor, cosechando en consecuencia que “volviera su corazón a otros dioses” (vers.4). Además eso supuso que sus hijos nacieran de madres paganas y que fuesen influenciados por sus falsas religiones. A medida que fue creciendo en poder, su ambición aumentaba también. Se vio envuelto en tremendos proyectos arquitectónicos, y con este fin reclutó un cuerpo de 30.000 hombres de todo Israel, a los cuales obligaba a trabajar en el Líbano cuatro meses al año. ¡Parecía la esclavitud de Egipto! No es de admirar que cuando Roboam, el hijo de Salomón, ocupó el trono, el pueblo se aproximó de él y le dijo:

“Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora disminuye tú algo de la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos” (1ª Reyes 12:4), pero Roboam neciamente acató el consejo de sus imberbes amigos en vez de los sabios avisos de los más ancianos y fieles, y no solo recusó los pedidos del pueblo sino que de hecho les aumentó su fardo impuesto por su padre (vers.13-15). El resultado inevitable fue la rebelión y la diseminación del reino en dos partes, tal como Dios había avisado a Salomón que sucedería a causa de su pecado:

“Y dijo Jehová a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado Mi pacto y Mis estatutos que Yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo. Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo. Pero no romperé todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David Mi siervo, y por amor a Jerusalén, la cual Yo he elegido” (1ª Reyes 11:11-13).

Este desastre político había sido previsto de una manera significativa por Samuel, y ahora, en su cumplimiento, desbarata el propósito de Dios con que el Israel *unido* fuese el foco central para Su propósito terrenal, y que Jerusalén fuese la capital y ciudad principal del mundo.

“Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a Mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. Conforme a todas las obras que han hecho desde que los saqué de Egipto hasta hoy, dejándome a Mí y sirviendo a dioses ajenos, así hacen también contigo. Ahora, pues, oye su voz; mas protesta solemnemente contra ellos, y muéstrales como les tratará el rey que reinará sobre ellos. Y refirió Samuel todas las palabras de Jehová al pueblo que le había pedido rey. Dijo, pues: Así hará el rey que reinará sobre vosotros: tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro; y nombrará para sí jefes de miles y jefes de cincuentenas; los pondrá así mismo para que aren sus campos y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra y los pertrechos de sus carros. Tomará también a vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras. Así mismo tomará lo mejor de vuestras tierras, de vuestras viñas y de vuestros olivares, y los dará a sus siervos. Diezmará vuestro grano y vuestras viñas, para dar a sus oficiales y a sus siervos. Tomará vuestros siervos y vuestras siervas,

vuestros mejores jóvenes, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras. Diezmará también vuestros rebaños, y seréis sus siervos. Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas Jehová no os responderá en aquel día. Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijo: No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras” (1ª Samuel 8:7-20).

La fabulosa riqueza de Salomón y su corte se detallan en 1ª Reyes 4:22-24 y 10:21-25 “Y todos los vasos de beber del rey Salomón eran de oro, y así mismo toda la vasija de la casa del bosque del Líbano era de oro fino; nada de plata, porque en tiempo de Salomón no era apreciada”. El oro y los objetos preciosos inundaron el reino en grandes cantidades (1ª Reyes 9:26-28; 10:1, 2, 14, 22). Hizo además con que la plata fuese como piedras (vers.27). A pesar de todo esto, halló por experiencia que la verdadera satisfacción y contentamiento no pueden nunca provenir de las cosas materiales, y así lo expresó en el libro de Eclesiastés (vea 2:1-11).

Todo era “vanidad y vejación de espíritu” (Ecles.2:11) o dicho en lenguaje actual: vacío y sin forma alguna. Ojalá que este mensaje pudiese ser escuchado hoy en día, cuando el gran dios del materialismo es adorado por millones de almas y son engañadas pensando que eso les traerá el gozo y la felicidad. En los años siguientes al reinado de Salomón, bajo los reyes de Israel y Judá, la degradación política y espiritual llegó a ser muy profunda y real. Después de Salomón, los reyes ya no fueron elegidos directamente por Jehová. Tomaron el trono o bien por herencia o por la fuerza, y la nación finalmente llegó a caer tan bajo, que fueron los poderes extranjeros quienes tuvieron que escoger la persona que debería ocupar el trono (2ª Reyes 23:34; 24:17).

Con una o dos excepciones, los reyes de la nación dividida fueron hombres corruptos que guiaron al pueblo a los más graves desastres y humillaciones. Sin embargo, es importante observar que, aun siendo los escenarios tan oscuros, Dios levantaba verdaderos testigos por Sí Mismo en el ministerio de los profetas que llegaron a ser Sus portavoces, pues Él nunca se dejó a Sí Mismo quedar sin darse a conocer y ser fiel testigo de Su verdad. El ministerio de estos profetas fue paralelo con aquellos de los Jueces que procuraban traer de vuelta al pueblo a Jehová, cuando se hallaban en apostasía. Los profetas fueron más que simples predictores del futuro. Se ocupaban con las necesidades de la nación, espirituales y morales, para que fueran suplidas en el tiempo que vivían.

Pero al mismo tiempo, en sus escritos, produjeron una serie de proféticas verdades que deberían guiar y darles ánimo al fiel remanente en Israel, durante los “muchos días” que la nación permaneciese “sin un rey” y “sin un efod” (Oseas 3:4). El ministerio profético por tanto cubre la degradación final y el fin del reino histórico.

No solamente escribieron y hablaron para fortalecer la fe, sino que avisaban constantemente a la nación de las consecuencias de su pecado. Los 70 años de esclavitud en Babilonia debieron demostrarle a Israel que la divina elección no anula la responsabilidad humana. Sin embargo muy pocos comparativamente aprendieron y lo retuvieron consigo. La actitud de la mayoría les decía a los videntes: “No veáis” y a los profetas: “No nos profeticéis” (Isaías 30:10). La última cosa que pretendían escuchar era hablar del castigo por su rebelión continua y su fracaso.

Aquí lo más importante de observar y lo más significativo es que, a pesar de toda la degradación de Israel, no se ve ni un mínimo rasgo de que los pactos incondicionales de Dios fuesen cortados o que hubiesen sido anulados y sin valor. Los hombre bien pueden fracasar en sus responsabilidades ante el Señor, pero Él nunca fracasa en guardar Su Palabra y Sus promesas. “Porque Yo Jehová no mudo; por eso no habéis sido vosotros los hijos de Jacob consumidos” (Malaq.3:6) y posteriormente dice, “Mi pacto no será quebrado, ni se mudarán las cosas que salieron de Mis labios” (Salmo 89:34).

Concerniente al pacto del reino Jeremías escribe:

“Porque así ha dicho Jehová: No faltará a David varón que se sienta sobre el trona de la casa de Israel... Si pudierais invalidar Mi pacto con el día y Mi pacto con la noche, de tal manera que no haya día ni noche a su tiempo, podrá también invalidarse Mi pacto con Mi siervo David, para dejar de tener hijo que se sienta sobre su trono” (Jer.33:17, 20, 21).

Cuando tomamos en consideración el miserable fracaso de Israel, es maravilloso darnos cuenta que el gran propósito del reino de Dios para con la tierra y el cielo debe mantenerse y permanecer, y finalmente recibirá un glorioso cumplimiento, aunque este gran objetivo pueda llevar un largo periodo de tiempo ser alcanzado, debido al fracaso del hombre.

El fin del Reino Teocrático del Antiguo Testamento

Hay una serie de disputas de opiniones en cuanto al tiempo exacto en el cual acaba el histórico reinado de Dios en Israel. Algunos lo relacionan con los 70 años de la cautividad en Babilonia como su término; otros en cambio lo dan por finalizado cuando el Nuevo Testamento comienza.

Pero hay algo que era muy evidente, y es que la presencia del Señor con Su pueblo terrenal era constante, y esa característica se simboliza a través del *shekinah de gloria* desde el Sinaí en adelante, hasta el punto donde Ezequiel vio esta gloria desvanecerse lentamente desde el Templo hasta desaparecer. El profeta data este acontecimiento en el sexto año del cautiverio del rey Joaquín. En una visión, al profeta, se le muestra la terrible apostasía que está sucediendo de la gente en Jerusalén. El propio estaba cautivo en Babilonia, pero la visión le mostró con toda claridad lo que estaba ocurriendo en el territorio de Israel. Vio a 70 de los ancianos de Israel adorando a los ídolos, “reptiles y bestias abominables que habían sido pintadas en las paredes del Templo” (Ezeq.8:10). En la puerta del norte de la casa, Ezequiel además contempló “mujeres clamando por Tamuz” (8:14), un dios pagano, correspondiente al Adonis griego. La adoración de este dios se acompañaba de licenciosas orgías, y eran tan depravadas, que llegaron a ser prohibidas por Constantino.

Después al profeta se ve en “el patio interior,” donde veinticinco hombres se hallaban adorando al sol naciente, y *estos hombres eran sacerdotes, los líderes religiosos de la nación* (8:16). El solemne veredicto de Dios se da en el vers.18:

“Pues también Yo procederé con furor; no perdonaré Mi ojo, ni tendré misericordia; y gritarán a Mis oídos con gran voz, y no los oiré.”

La paciencia de Jehová con la nación idólatra se agotó, y ahora determina esconder Su presencia de Su pueblo terrenal y abandonarlos durante un periodo indefinido. Concerniente a Sus gobernadores, Dios le dijo al rey:

“Y tú, profano e impío príncipe de Israel, cuyo día ha llegado ya, el tiempo de la consumación de la maldad: así ha dicho Jehová el Señor: Depón la tiara, quita la corona; esto no será más así; sea exaltado lo bajo, y humillado lo alto. A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré, y esto no será más, hasta que venga Aquel cuyo es el derecho, y yo se lo entregaré.” (Ezeq.21:25-27).

El reino ha llegado a su fin en lo concerniente al Antiguo Testamento. Así lo expresó Oseas:

“*Porque muchos día estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin terafines.* Después volverán los hijos de Israel, y buscarán a Jehová Su Dios, y a David su rey, y temerán a Jehová y a Su bondad *en el fin de los días*” (Oseas 3:4, 5).

Así como hemos visto, el símbolo externo de la presencia del Señor con Israel era el *sekinah de gloria*, que comenzó a estar asociado con Israel al comienzo del histórico reino en Sinaí, cuando “Jehová había descendido sobre él en fuego” (Éxodo 19:18), así vimos además que, “la gloria de Jehová reposó sobre el monte Sinaí” (Éxodo 24:15, 16).

Fue en este punto que Israel recibió las leyes del reino y su constitución, finalizando con el Tabernáculo siendo inundado con la gloria del Señor (Éxodo 40:34). Posteriormente, en el tiempo de Salomón, cuando ya hubo acabado de edificar el magnífico Templo en el territorio de Israel, leemos que:

“Vino fuego del cielo... y la gloria del Señor llenó toda la casa” (2ª Crón.7:1).

En el intervalo, se nos declara que “la columna de nube” no se apartó de ellos para guiarlos por el camino de día, ni de noche “la columna de fuego” para alumbrarles el camino (Nehem.9:19). Así que el *sekinah de gloria* era la visible evidencia de la presencia personal del Señor en el reino de Israel, a través de su historia, hasta llegar a los días de Ezequiel. Sin embargo, el profeta describe en los capítulos 8-11 la visión de esta gloria desvaneciéndose lentamente de la nación, a medida que Jehová escondía Su presencia de este pueblo que había caído tan bajo en la idolatría y apostasía. Lo hizo con disgusto y pesar, gradualmente, porque primeramente toda la gloria se posó “en el umbral de la casa” (10:4), y solo después alzaron los querubines sus alas “y la Gloria de Jehová *se elevó de en medio de la ciudad*, pero *se puso* sobre el monte que está al oriente de la ciudad” (11:23) y desde este instante en adelante, el símbolo de la visible apariencia de Dios desaparece.

Más tarde se edificó un templo para reemplazar aquel otro tan majestuoso que Salomón había edificado, pero no se nos registra que la gloria de Dios estuviese en él. Tres acontecimientos evidentes y en destaque se combinan entre sí para mostrarnos que el fin del reinado histórico de Israel había llegado a su fin, el cual había tenido aproximadamente ocho siglos de duración.

- (1) Israel había rebosado su copa de iniquidad “hasta que no hubo remedio” (2ª Cron.36:11-16) y Dios transfiere la supremacía mundial al poder Gentil. Este acontecimiento se muestra en el sueño dado a Nabucodonosor registrado en Daniel 2, e interpretado por Daniel bajo la guía de Dios. Babilonia era en el sueño la “cabeza de oro” (Dan.2:38) seguida por tres imperios Gentiles en inquebrantable sucesión. Con el reino de Babilonia tenemos el inicio de “los tiempos de los Gentiles” descritos por el Señor Jesús en Lucas 21:23, 24, y estos tiempos continuarán vigentes hasta el fin del tiempo de esta era y Su Segunda Venida a la tierra, entonces, una vez más, el “Dios del cielo” erguirá el reino que salve y restaure a Israel como su centro, y nunca más vendrá a ser desarraigado o interrumpido (Dan.2:44).
- (2) El profeta Jeremías revela la prohibición de Dios, poniendo un fin a la sucesión de la familia de Salomón al trono de Israel. Este fin recayó sobre Conías el hijo de Joaquín. Fue conocido por dos otros nombres, Jeconías (Jerem.24:1) y Joiacim (2ª Reyes 24:6). La solemne sentencia del profeta se registra en Jeremías 22:29-30:

“¡Tierra, tierra, tierra! Oye palabra de Jehová: Así ha dicho Jehová: Escribid lo que sucederá a este hombre privado de descendencia, hombre a quien nada próspero sucederá en todos los días de su vida; porque ninguno de los de su descendencia logrará sentarse sobre el trono de David, ni reinar sobre Judá.”

Joaquín y su sucesor Zedequías fueron llevados cautivos por Nabucodonosor a Babilonia y acabaron muriendo en aquel lugar. Pareciera que hubiese un obstáculo en el hecho de que Joaquín tuviese efectivamente un hijo en la cautividad, a través de quien la línea familiar culminase en José, el marido de la virgen María (Mat.1:12-16). Pero es que José no era el padre del Señor Jesucristo, quien provenía de la semilla de María, descendiendo de David a través de Natán (Lucas 3:31) y no a través de Salomón.

Joaquín fue descrito por tanto como “sin hijos” en cuanto *al registro genealógico de la línea de la familia real*.

- (3) El tercer acontecimiento significativo fue la desaparición gradual de la gloria del Señor de Israel a la cual nos hemos referido. Aunque llegó a haber una medida de restauración para el territorio después de los 70 años de cautiverio de Israel, no en tanto, la nación nunca llegó a tener una plena posesión del mismo, y el largo periodo de tiniebla debido al repudio de Israel descrito por Oseas comenzó: Israel estaría “muchos días sin un rey, y sin príncipe y sin sacrificio” hasta el tiempo futuro de la Segunda Venida de Cristo, cuando se “vuelvan y procuren al Señor Su Dios...y teman la bondad del Señor en los últimos días” (Oseas 3:4, 5). Estos días también son futuros para nosotros hoy en día.

A pesar de todo esto, no debemos caer en el error que muchos han caído, pensando que al final del Antiguo Testamento Israel fuese totalmente desechado por el Señor. El providencial cuidado de Dios todavía se mantuvo sobre la apóstata nación, puesto que, como ya hemos visto, había sido declarada por Dios ser una nación *eterna*, en el centro mismo de su plan de reinado para la tierra, y por tanto las gratificantes promesas dadas a los patriarcas concernientes a *la semilla* y al

territorio no pueden cumplirse sin ellos. Por mucho que se espiritualice no se podrá dar un verdadero cumplimiento hasta ahora de estas maravillosas promesas, y mucho menos cuando vemos, al final de la profecía de Ezequiel, la gloria del Señor volviendo a Israel en el mismo exacto orden en que desapareció (Ezeq.43:1-7). El profeta describe un templo que deberá ser erguido y en donde Dios declara que Su gloria lo inundará (43:5) y añade a este respecto:

“...el lugar de Mi trono, y el estrado de Mis pies, *donde habitaré en medio de los hijos de Israel para siempre...*” (vers.7).

Hay algo que tiene que quedar claro de una vez por todas; y es que el reino terrenal de Dios no vendrá jamás a ser erguido o establecido a través de esfuerzos humanos. El tiempo está reservado, cuando el Señor Mismo escriba Sus leyes en los corazones de sus ciudadanos a través del Nuevo Pacto hecho con Israel y Judá (Jer.31:33) y cuando su Gobernador no sea otro sino el Rey Mesías, el propio Cristo, perfecto en carácter, sabiduría y poder. Esto supone que Dios intervendrá una vez más en los asuntos humanos, tal como hizo en el Éxodo de Israel de Egipto y en el monte Sinaí donde el reino tuvo sus principios. Si esto es no fuera cierto, entonces no hay esperanza alguna para este mundo. El Señor Jesús predijo un tiempo de angustias sin paralelo en el mundo entero, como nunca antes se haya manifestado ni vendrá después a volver a experimentarse, declarando que si Dios no interviniese acortándolo, “ninguna carne sería salva” (Mateo 24:15-22). En otras palabras, el hombre se aniquilaría a sí propio, y bien sabemos además que tiene toda la capacidad y habilidad para llevarla a cabo. Sin embargo Él les asegura a los discípulos *que habrá una intervención divina*, y que será ni más ni menos Su retorno a la tierra “con poder y gran gloria” (vers.30). Por fin Aquel que es “Rey de reyes y Señor de señores” acabará de una vez por todas con la pesadilla del dominio del pecado y por primera vez desde la caída de la humanidad en Adán se conocerá lo que sea el perfecto gobierno y la justicia, porque “Él reinará en justicia” sobre el mundo.

CAPÍTULO TRES

El Carácter del Reino Mesiano del Antiguo Testamento

Es un hecho significativo que, a medida que la nación de Israel declinaba y se alejaba del Señor y de la verdad que se les encomendó, el testimonio de los profetas se mantenía luciendo, y en la oscuridad que rodeaba sus testimonios hacia el reino terrenal de Dios brillaba con un mayor fulgor. Una cosa es cierta – Dios nunca se dejó a Si Mismo sin un testimonio.

Sin embargo, cuando examinamos los profetas mayores y menores del Antiguo Testamento, vamos hallamos una tal riqueza de materiales, que no es posible dar un tratamiento exhaustivo de todo lo escrito en este presente estudio. Todo lo que podemos hacer es llamar la atención acerca de sus características más sobresalientes y preguntarnos, ¿esto aquí será el reino que se lleva a cabo posteriormente en el Nuevo Testamento, o es algo completamente diferente lo que se presenta?

Tal vez el más conciso resumen del divino propósito revelado en las Escrituras proféticas del Antiguo Testamento se halle en Jeremías 31:10:

“...El que esparció a Israel lo reunirá y guardará, como el pastor a su rebaño.”

Hay un repetido aviso a Israel del juicio de Dios por su pecado y alejamiento. Esto significa que perderían la posición tan privilegiada que les había sido otorgada de ser la primera nación sobre la tierra en el gran propósito del reino. Pero esa pérdida se mantendría solo por un limitado tiempo no especificado, pues su perdón y restauración hacia aquella posición inicial fue asegurada por el Nuevo Pacto de gracia y las incondicionales promesas hechas a los padres concerniente a *la semilla* y al *territorio*, con las cuales hemos tratado en los capítulos anteriores. Las naciones Gentiles también se tienen en cuenta, pero solamente estando en asociación con Israel y siempre que se sometían al plan de Dios a través de Su nación.

Considerando el testimonio de los profetas del Antiguo Testamento concerniente al reino de Dios y su futuro, debemos recordar que este reino no es solo espiritual, ni solo material, sino una mezcla de ambas cosas, siendo que la parte espiritual sea la principal y más importante. G.H.N Peters lo expresa con estas palabras:

“Este reino, aunque visible con un dominio mundial, también es necesariamente espiritual. Esta proposición es la más necesaria una vez que estamos acusados con grosera carnalidad, etc., porque insistimos en retener el plano significado gramatical asignado al reino en las santas Escrituras. Así que como un puramente material, natural reino, sin espiritualidad, no es Escritural, así y de igual forma un reino completamente espiritual, sin la santificada unidad de lo material o natural, también es completamente opuesto a la Palabra de Dios” (El Reino Teocrático III, 460).

El Antiguo Testamento deja ver con toda claridad que no puede haber un futuro espiritual para el pueblo de Israel hasta que el Nuevo Pacto de gracia con ellos haya sido puesto nuevamente en marcha por Dios. Por fin, tendrán que postrarse a los pies de la cruz de Cristo, tal como cada individuo pecador debe hacer, si es que viene alguna vez a ser salvo; solo entonces Dios escribirá Su ley *en sus corazones* y les impartirá un profundo conocimiento de Sí Propio y de Su propósito, y reconocerán Su perdón de todos sus pecados (Jeremías 31:31-34). Un *nuevo corazón* les será dado y el *Espíritu de Dios* se pondrá dentro de ellos (Ezeq.36:22-29). Y las palabras del Señor Jesús en Juan 3:3 confirman esto mismo: “el que no naciere de nuevo, *no puede ver el reino de Dios.*”

No puede haber dudas por tanto concerniente al carácter espiritual del reino de Dios terrenal. A medida que el conocimiento de este reino espiritual se expanda sobre la tierra a través de una regenerada y restaurada Israel, tendrá un profundo efecto sobre la condición natural y material del mundo.

Consideremos ahora algunas de las líneas generales de este reino descritas por los profetas del Antiguo Testamento. Todo tiene conexión con el retorno personal de Cristo a la tierra para tomar las riendas del gobierno, para disipar las tinieblas y el fracaso grosero del gobierno, y librar de la opresión de los Gentiles.

(1) *El Derecho Justamente impartido.* Por primera vez desde la caída del hombre en el Paraíso, el mundo sabrá lo que es tener *un gobierno absolutamente justo sin temor o favor.*

“He aquí, un Rey reinará en justicia...” (Isaías 32:1).

“Proclamad entre los Gentiles que el Señor reina; también afirmó al mundo, no será conmovido; *juzgará a los pueblos en justicia*” (Salmos 96:10).

“El Señor es el Sol *de justicia*” (Malaq.4:2. Vea también Isaías 11:4, 5).

Como resultado del nuevo nacimiento y el nuevo corazón y espíritu que les otorga el Señor, todo Israel será por fin justo:

“Tu pueblo (Israel también será *del todo justo*; heredarán la tierra para siempre” (Isaías 60:21).

“...y serán llamados *árboles de justicia*, plantío de Jehová, para gloria Suya” (Isaías 61:3).

“Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová el Señor hará brotar *justicia* y alabanza delante de todas las naciones”. (Isaías 61:11).

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David *renuevo justo*, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y *hará juicio y justicia en la tierra*. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Jer.23:5, 6).

En el Antiguo Testamento se expone claramente que le será dado a Israel un nuevo corazón de parte de Dios:

“Porque pondré mis ojos sobre ellos para bien, y los volveré a esta tierra, y los edificaré, y no los destruiré; los plantaré y no los arrancaré...y les daré *corazón para que me conozcan* que Yo soy

Jehová; y me serán por pueblo, y Yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a Mí de todo el corazón” (Jer.24:6, 7).

“Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: *Daré Mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón*, y Yo seré a ellos por Dios, y ellos se me serán por pueblo...porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer.31:33-34).

“Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne; para que anden en Mis ordenanzas, y guarden Mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y Yo sea a ellos por Dios” (Ezeq.11:19, 20).

“Y Yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. *Os daré nuevo corazón*, y pondré *espíritu nuevo dentro de vosotros*; y quitaré de vosotros vuestro corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros Mi Espíritu, y guardéis Mis preceptos, y los pongáis por obra. *Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres*, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios. Y os guardaré de todas vuestras inmundicias.” (Ezeq.36:24-29).

Aquí por tanto tenemos el fundamento espiritual otorgado por Dios a un restaurado y regenerado pueblo de Israel a través de Aquel que finalmente opere Su propuesto reinado sobre esta tierra.

(2) *Paz* - Desde el tiempo de la supremacía Gentil comenzada en Nabucodonosor y Babilonia, esta paz es lo que las naciones han estado procurando en vano. La paz mundial Humana no pasa de ser un mero y engañoso cesar de las hostilidades, con desasosiego e insatisfacción constante y creciente.

Ni tampoco el hombre puede alcanzar esta deseable condición por sus propios esfuerzos, puesto que la causa de raíz de la guerra es el pecado, la codicia y el deseo de dominio, y nunca podrá el hombre erradicar esta terrible carencia de justicia en sus actos.

Sin embargo, el profeta dice claramente que cuando Aquel Príncipe de paz retorne y tome el poder, entonces por fin se obtendrá la *verdadera* paz sobre toda la tierra, porque solamente Él podrá tratar con el pecado y la caída, y abolirá del todo el armamento y las guerras que lo produce.

“Hace cesar las guerras *hasta los fines de la tierra*” (Salmo 46:9).

“Florecerá en Sus días justicia, y *muchedumbre de paz*, hasta que no haya luna. Dominará de mar a mar, y desde el río *hasta los confines de la tierra*. (Salmos 72:7, 8).

“Y juzgará (Cristo) entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; *no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra*” (Isaías 2:4).

(3) *Gozo* - Con la paz divina se produce el regocijo, porque la angustia y el temor serán erradicados. La ansiedad siempre presente y el desasosiego cesarán, y en su lugar aparecerán la tranquilidad y el contentamiento.

“Jehová reina; regocíjese la tierra, alégrense las muchas costas (Salmo 97:1).

“Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sion con alegría; y gozo *perpetuo sobre sus cabezas*; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido” (Isaías 35:10).

“Canta al Señor una nueva canción, y *Su alabanza hasta los confines de la tierra...*” (Isaías 42:10).

Estas y muchas Escrituras más testifican acerca del constante regocijo y loor que será evidenciado por todas partes cuando el reino de Dios sea erguido y domine el escenario mundial.

(4) *Santidad* - Esta santidad se asocia con la justicia. Por eso leemos acerca de la tierra santa, la santa ciudad (la Jerusalén del futuro), el santo templo y el santo pueblo:

“En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria...y el que fuere dejado en Jerusalén, *será llamado santo*. (Isaías 4:2, 3).

“Despierta, despierta, vístete de poder, oh Sion, vístete de ropa hermosa, oh Jerusalén, *ciudad santa*; porque nunca más vendrá a ti incircunciso ni inmundo” (Isaías 52:1).

“En aquel día estará grabado sobre las campanillas de los caballos: SANTIDAD A JEHOVÁ; y las ollas de la casa de Jehová serán como los tazones del altar. Y toda olla en Jerusalén y Judá será *consagrada a Jehová...*” (Zac.14:20, 21).

(5) *Justicia* – Si hay algo a lo que se han dedicado los políticos ha sido a elaborar el concepto de la honestidad o justicia para con todos los asuntos. Como ya hemos dicho previamente, esto es imposible de alcanzar a través de los medios humanos, debido a la natura pecaminosa que detiene y la cual tan a menudo resulta en depravación, egoísmo y opresión. Nadie puede alterar la básica naturaleza de la humanidad a través de reglas o exhortaciones.

Pero una de las grandes características del gobierno de Cristo sobre la tierra es la *justicia para todos*, y especialmente para los pobres y necesitados. Esta justicia no deja de ser una expansión de Su derecho impartido que ya hemos considerado.

“Porque un Niño nos es nacido, un Hijo se nos ha ofrecido; y el principado sobre su hombro...lo dilatado de su imperio y la paz no tendrá límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo *en juicio y en justicia desde ahora y para siempre*. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (Isaías 9:6, 7).

“...sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra” (Isaías 11:4)

“Juzgará a los afligidos del pueblo, *salvará a los hijos del menesteroso y aplastará al opresor...* librará al menesteroso que clamare; y al afligido que no tenga quien le socorra. Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso y salvará la vida de los pobres. De engaño y de violencia redimirá sus almas y la sangre de ellos será preciosa ante Sus ojos” (Salmos 72:4, 12-14).

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David Renuevo justo, y *reinará como rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra...* y este será su nombre con el cual le llamarán: JEHOVÁ JUSTICIA NUESTRA” (Jer.23:5, 6)

No hay duda alguna de que el mundo nunca experimentará la justicia y un absoluto gobierno justo hasta que Aquel quien es Rey de reyes regrese y tome consigo todo el control en Sus manos.

(6) *El conocimiento de Dios* - No hay duda de que el fracaso del hombre no solo se debe a su innata natura pecadora y fragilidad, sino además a su ignorancia de Dios en cuanto a Su carácter y Sus caminos. La profecía de Isaías comienza con el lamento de Dios sobre la ignorancia de Su pueblo terrenal Israel, a pesar de haber sido entrenados por sacerdotes y profetas:

“Oíd, cielos, y escucha tú, tierra... El buey conoce a Su dueño, y el asno el pesebre de su señor; *pero Israel no entiende, Mi pueblo no tiene conocimiento*” (Isaías 1:2, 3).

Israel cayó más bajo que los animales; puesto que los animales reconocen a su propio dueño, sin embargo Israel se recusaba a reconocerlo, de ahí su abismal fracaso. No en tanto, todo esto se rectifica en la edad del Milenio, porque entonces “la tierra será llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). Primeramente, la redimida y restaurada Israel vendrá a tener un pleno conocimiento de Dios bajo los términos del Nuevo Pacto (Jerem.31:33, 34; Isa.54:13), y después, como los más grandes y reales misioneros de todos los tiempos, tomarán y llevarán consigo este conocimiento hasta los confines de la tierra de tal manera que las consecuentes bendiciones son difíciles de apreciar en este tiempo presente del repudio de Cristo.

(7) *Liberación de la Opresión* - Otra característica del reino venidero sobre la tierra se asocia con la administración de parte del Señor de la justicia y que libertará de cualquier tipo de opresión, social, política o religiosa. Ninguna clase de opresión será tolerada.

“Juzgará a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos del menesteroso, y *aplastará al opresor*” (Salmo 72:4).

“Yo Jehová e he llamado en justicia (a Israel), y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones; para que abras los ojos de los ciegos, *para que saques de la cárcel a los presos, y de casa de prisión a los que moran en tinieblas*” (Isa.42:6, 7 y vea además 49:8, 9).

Con el encarcelamiento de Satanás y su atadura en cadenas no será capaz de engañar a las naciones durante los 1.000 años que dura su prisión. Así se elimina este colosal obstáculo para el establecimiento de Reino de parte de Dios (Apoc.20:1-3). De hecho, es difícil imaginar las condiciones terrenales que estén libres de este terrible y siniestro poder que ahora se designa como el “dios de este mundo” (2ª Cor.4:4), que ciega el entendimiento de todos los incrédulos y mueve con su energía el presente sistema mundial, el cual se opone a Dios de manera efectiva y a todo Su gran propósito de redención.

El cap.20 de Apocalipsis es la única Escritura que nos ofrece la *duración* del reino Mesianico sobre esta tierra. Seis veces en este capítulo se dice que su duración sea de 1.000 años, y por eso se le atribuye el título de “milenio” que significa un millar (Apoc.20:2-6).

Los “amilenialistas” (que no creen en este periodo del Millar) toman excepcionalmente la literal interpretación del millar en este contexto. Algunos van más lejos y dicen que esta sea la única referencia hecha al milenio en la Biblia. Pero esto es una falsedad y necedad, porque tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento se nos da una plena descripción suya, como ya hemos visto anteriormente, acerca de este particular glorioso tiempo. Si significa que su *duración* sea de 1000 años, entonces está correcto. Pero ¿en qué sólida base de interpretación pueden estos comentaristas tomar como literal algunas partes de este capítulo y al mismo tiempo espiritualizar las palabras “mil años”? Las palabras de Dean Alford son apropiadas en este punto particular:

“Ya hace bastante tiempo que habrá sido intuido por los lectores de este comentario que no puedo consentir en la distorsión de sus palabras en su pleno sentido y ubicación cronológica en la profecía, a causa de cualquier consideración de dificultad, o cualquier riesgo de abuso, que la doctrina del milenio pueda traer consigo. Aquellos que vivieron cercanos a los Apóstoles, y toda la iglesia durante 300 años los comprendieron en el sentido plenamente literal, y es muy extraño ver el punto de vista actual de los comentaristas que están en eminencia y son más respetados por su antigüedad, despreciando complacientemente la más convincente instancia de unanimidad que la antigüedad primitiva nos presenta. Con respecto al texto en sí mismo, ningún trato legítimo suyo lo pervierte más que aquella conocida interpretación espiritual tan de moda hoy en día. Si, en un pasaje donde se mencionan *dos resurrecciones* entre las cuales ciertas *almas vivieron en la primera*, y el resto de los muertos viven solamente al final de un determinado periodo posterior a la primera, - si en el tal pasaje la primera resurrección debe ser entendida y querer decir un levantamiento *espiritual* con Cristo, mientras que la segunda signifique un *literal* levantamiento del sepulcro, - entonces se acaba con el significado del lenguaje y hay que dejar de lado la Escritura como un testimonio definitivo de nulidad completa. Si la primera resurrección es espiritual, entonces también debe serlo la segunda, lo cual no le resulta a nadie difícil de mantener, pero si la segunda es literal, así también lo es la primera, lo cual, coincidiendo con la convicción de toda la iglesia primitiva y con muchos de sus mejores expositores modernos, yo mantengo también y recibo como un artículo de fe y esperanza” (*El Nuevo Testamento para lectores ingleses sobre Apocalipsis 20*).

Estas son sabias palabras y se aplican tanto para la palabra “millar” como para las resurrecciones que se declaran en este mismo capítulo de Apocalipsis. Cuando alguien se da cuenta de que la mayor parte de las interpretaciones “amileniales” de la doctrina del milenio ubican su comienzo con la resurrección de Cristo y aplican el reino terrenal enseñado de la Palabra de Dios a la *edad presente* cuando está ciertamente repleta de tinieblas, pecado, rebelión contra Dios, su opresión y perversión, devastadoras guerras mundiales, culminando en un tiempo descrito por el propio Cristo diciendo que, en toda la historia mundial, nunca volverá a ser repetido (Mat.24:21, 22), cualquiera se pregunta ¿no será necia esta interpretación pervertida del Milenio? Si el tiempo presente es aquel que Zacarías 14:4 revela como siendo el tiempo cuando “Jehová sea *Rey sobre toda la tierra* y Su reinado en justicia se extiende sobre el mundo”, entonces bien podemos dejar

de lado toda la Biblia, porque cesa de significar aquello que dice y ningún mensaje que contenga para nosotros merecerá nuestro respeto.

Algunos encuentran difícil de aceptar que el reinado de Cristo durando 1000 años sea literal cuando existen declaraciones afirmando que Su reinado no tendrá fin. El ángel le revela a María antes de Su nacimiento que “Su reino será eterno” (Lucas 1:33) y Daniel afirma que el reino que Dios levantará se mantendrá “para siempre”. Pero no hay realmente contradicción alguna aquí cuando se considera cuidadosamente 1ª Cor.15:24-28. Aquí se nos enseña que el reino es finalmente restaurado al Dios Padre (observe que es *Dios* Quien sea todo en todos, no solo el Padre). Cuando esto suceda, el reinado de Cristo como Mediador habrá finalizado, y la perfección alcanzada, porque el pecado y la muerte habrán sido abolidos, entonces ya no habrá necesidad para un Mediador. Su reino en ese punto se adentrará en el reino eterno de Dios, y ya no serán una entidad separada. De esta manera Su gobierno continua para siempre. El reino Mesianico revelado de manera tan viva en los profetas concierne no solamente a los santos que estén vivos en la Segunda Venida del Señor, sino que debe además incluir a muchos de la dispensación del Antiguo Testamento que aguardaban por ella en el futuro por la fe. Lo alcanzarán en la resurrección.

“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2).

Entre los primeros se hallará evidentemente David, que ejercerá como vice-regente de Cristo:

“Sino que servirán (Israel) a Jehová Su Dios y a *David su rey, a quien Yo les levantaré*” (Jer.30:9).

“Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David príncipe en medio de ellos. Yo Jehová he hablado” (Ezeq.34:23, 24).

“Y David Mi siervo será rey sobre ellos...y Mi siervo David será su príncipe para siempre” (Ezeq.37:24 25 y vea además Oseas 3:4, 5).

Algunos afirman que esta alusión a David se refiere a Cristo, pero el hecho es que en la Escritura el Señor Jesús nunca es llamado David. Él es “el Hijo de David” (Mat.22:41-46 y en otras 14 ocurrencias más), o un Renuevo de David (Jer.23:5), la Semilla de David (Juan 7:42; Rom.1:3; 2ª Tim.2:8), la Raíz de David (Apoc.5:5), la Raíz y el Linaje de David (Apoc.22:16) pero nunca David propiamente. Ezequiel 34:24 y Jeremías 30:9 dejan ver claramente que a David se le refiere como distinto de Dios, y solo puede ser el David del Antiguo Testamento.

Otro aspecto importante de la parte terrenal del reino de Dios es que, cuando sea establecido, el pecado será punido sumariamente y no se permitirá que permanezca ni se agrave. Este punto es absolutamente vital para la permanencia de este reino y su justo gobierno. La Escritura deja claro que el reinado de Cristo será ejercido con “vara de hierro”. En otras palabras, habrá en ejercicio una estricta disciplina y un absoluto control. La referencia al gobierno con “vara de hierro” se halla en Salmos 2:27; 12:5 y 19:15.

Cuando consideramos el estado del mundo al día presente con su impiedad y rebelión contra Dios y el hecho de que la Escritura profética indique que irá de mal en peor hasta que este

tiempo llegue a su fin, no será sorprendente que, inicialmente al menos, el Cristo retornado emplee todo Su poder de manera convincente, para poner en sujeción a todos Sus enemigos.

El Salmo 110 se cita siete veces en el Nuevo Testamento (Mat.22:44; Marcos 12:36; Lucas 20:42; Hechos 2:34; 1ª Cor.15:25-28; y Hebreos 1:13, 10:13) y retrata al Señor Jesús reinando “en medio *Sus enemigos*” (Salmo 110:2).

El Salmo 101:8 dice:

“De mañana destruiré a todos los impíos de la tierra, para examinar de la ciudad de Jehová a todos los que hagan iniquidad”

Si Dios ve necesario actuar de esta manera en la dispensación del Antiguo Testamento, con toda certeza lo repetirá también durante el milenio donde existen aún Sus enemigos y aquellos que le rinden “fingida obediencia”. La A.V. en sus notas marginales en el Salmo 18:44; 66:3 y 81:15 da la traducción “fingida obediencia”. El Léxico de Brown Driver y Briggs nos da el significado de *kachash* como: *matreros, engañosos, mostrando falsa obediencia.*

En Deut.33:29 donde se emplea la misma palabra leemos: “Así que tus enemigos serán humillados (serán hallados *mentirosos* A.V). En cada caso la Septuaginta emplea *epseusanto*, “*mienten*”. Es evidente por tanto que el milenio, aunque bendito sea y mundial, no llega ni mucho menos a ser el estado perfecto. La decepción y la muerte todavía se mantendrán, precisando de la mano punitiva del Señor para mantener el control, una vez que no toda la simiente de Satanás habrá venido entonces a ser removida en este estado puntual.

CAPÍTULO CUATRO

La Reunificación de Israel y la Reconfiguración del Territorio de Palestina

Si las incondicionales promesas de Dios que le fueron hechas a los patriarcas concernientes a una *semilla eterna y un territorio eterno* tienen que venir a cumplirse, entonces está claro que la actual condición de Israel, todavía esparcido por todo el mundo, debe ser alterada, y la nación plenamente reunida de vuelta a su territorio. El mismo Dios que avisó a Israel de este esparcimiento mundial teniendo lugar en caso de continuar sus caminos de rebelión e idolatría, es el Dios que prometió reunirlos de nuevo; y esto es absolutamente vital para que Su propuesto reino terrenal venga a suceder, como hemos detallado en los capítulos previos. Tal como la dispersión en juicio fue literal, y ninguna cantidad de espiritualización puede alterar este hecho verídico, así también la reconducción de la nación para una gran porción del Medio Oriente como está detallada en Génesis 15 debe ser también literal. “El que esparció a Israel lo reunirá y guardará” (Jer.31:10).

El testimonio de la Palabra de Dios en este punto es tan claro y amplio, que cualquiera se sorprende viendo que los amantes de la Biblia lo desconozcan e ignoren. Damos aquí algunas de las referencias. En Isaías 11:11, 12 Dios le dice a Israel:

“Así mismo acontecerá en aquel tiempo que Jehová alzaré otra vez Su mano para recobrar el remanente de Su pueblo...y juntará los desterrados de Israel, y *reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra.*”

“No temas porque Yo estoy contigo; del oriente traeré tu generación, y del occidente te recogeré. Diré al norte: Da acá; y al sur: No detengas; *trae de lejos Mis hijos y Mis hijas de los confines de la tierra*; todos los llamados de Mi nombre para gloria Mía los he creado, los formé y los hice” (Isaías 43:5-7).

“Porque pondré Mis ojos sobre ellos para bien, y los volveré a esta tierra, y los edificaré, y no los destruiré; los plantaré y no los arrancaré. Y les daré corazón para que me conozcan que Yo soy Jehová; y me serán por pueblo, y Yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a Mí de todo su corazón” (Jer.24:6, 7).

“Como incienso agradable os aceptaré, cuando os haya sacado de entre los pueblos, y os haya congregado de entre las tierras en que estáis esparcidos; y seré santificado en vosotros a los ojos de las naciones. Y sabréis que Yo soy Jehová, *cuando os haya traído a la tierra de Israel, la tierra por la cual alcé Mi mano jurando que la daría a vuestros padres*” (Ezeq.20:41, 42).

“Así ha dicho Jehová el Señor: *Cuando recoja a la casa de Israel de los pueblos entre los cuales está esparcida*, entonces me santificaré en ellos ante los ojos de las naciones y *habitarán en su tierra, la cual di a Mi siervo Jacob*. Y habitarán en ella seguros...y vivirán confiadamente...y sabrán que Yo soy Jehová Su Dios” (Ezeq.28:25, 26).

“He aquí vienen días, dice Jehová, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente...y *traeré del cautiverio a Mi pueblo Israel*, y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán del vino de ellas, y harán huertos, y comerán del fruto de ellos. *Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que Yo les di, ha dicho Jehová Dios tuyo*” (Amós 9:13-15).

La totalidad de Miqueas 4:1-8 debe ser leído. Vamos aquí a citar solo los versículos de 6 a 8:

“...juntaré a la que cojea, y recogeré a la descarriada y a la que afligí; y pondré a la coja como remanente, y a la descarriada como nación robusta; y *Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sion desde ahora para siempre...hasta ti vendrá el señorío primero...*”

“He aquí, en aquel tiempo Yo apremiaré a todos tus opresores; ...y recogeré la descarriada; y os pondré por alabanza y por renombre en toda la tierra. En aquel tiempo Yo os traeré, *en aquel tiempo os reuniré Yo; pues os pondré para renombre y para alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando levante vuestro cautiverio delante de vuestros ojos, dice Jehová*” (Sofonías 3:19, 20).

No puede haber duda alguna que la reunificación del pueblo de Israel ocupa un lugar importante en el testimonio de los profetas del Antiguo Testamento, y que predijeron un tiempo como nunca antes ha tenido lugar en la historia pasada de esta nación. Una preparación de antesala para el cumplimiento de estas Escrituras ya ha tenido lugar con el establecimiento del estado de Israel en 1948, y un representativo número de israelitas ya se haya en Palestina. Pero nadie debe pensar con esto que ya se haya cumplido la divina promesa hecha en los anteriores versículos. Los Judíos ocupan actualmente una pequeña porción de Palestina (Canaán), y como ya hemos visto, el don incondicional original hecho a Abraham y a su simiente se extiende desde el Nilo hasta el Éufrates (Gén.15:18), y todavía permanecen millones de Israelitas esparcidos por toda la tierra. La reunificación final, como ya hemos señalado, sucederá *después* de la Segunda Venida de Cristo a la tierra, tal como se predice en Mat.24:

“E inmediatamente *después* de la tribulación de aquellos días (la gran tribulación de los vers.21 y 22)... aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo...y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y *juntarán a Sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro*” (vers.29-31).

La regeneración espiritual de Israel, tan necesaria si es que vengan a ser un reino de sacerdotes como Dios entiende, ya la hemos estado viendo cuando estudiamos el Nuevo Pacto de gracia. El Apóstol Pablo la resume en Romanos 11:25-29:

“...Ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles. *Y luego todo Israel será salvo*, como está escrito: Vendrá de Sion el libertador que apartará de Jacob la impiedad. Y este será Mi pacto con ellos cuando Yo quite sus pecados...Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Mudanza de pensamientos de Su parte).

No sucederá hasta entonces que Israel esté dispuesto a llevar el conocimiento del Señor hasta los confines de la tierra, para que “*el conocimiento del Señor cubra la tierra como las aguas cubren al mar*”, y el propósito del reino del Señor para el mundo alcance su cumplimiento. Está claro que, en la edad del milenio, no solamente será restaurada y convertida Israel para ser la nación principal, sino que además Jerusalén vendrá a ser la capital principal de la tierra. Las grandes ciudades del mundo tendrán entonces que tomar un lugar secundario. Jerusalén es la ciudad de Dios, y desde donde se irradiará la luz y la bendición para el mundo:

“Acontecerá *en lo postrero de los tiempos*, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones...Porque de Sion (Jerusalén) saldrá la ley, y *de Jerusalén la Palabra de Jehová*...no alzaré espada nación contra nación, *ni se adiestrarán más para la guerra*” (Isaías 2:2-4).

“En aquellos días Judá será salvo, y *Jerusalén habitará segura*, y se le llamará Jehová justicia nuestra” (Jer.33:16).

“Y Jehová rugirá desde Sion, y dará Su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de Su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. Y conoceréis que Yo soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion Mi santo monte; y *Jerusalén será santa*, y *extraños no pasarán más por ella*” o una mejor traducción: “nunca más será invadida por extranjeros” (Joel 3:16, 17).

“Así dice Jehová: Yo he restaurado a Sion, y moraré en medio de Jerusalén; y *Jerusalén será llamada Ciudad de la Verdad*; y el monte de Jehová de los ejércitos, Monte de Santidad...*Y vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar a Jehová de los ejércitos en Jerusalén, y a implorar el favor de Jehová*” (Zac.8:3, 22).

Por estas proféticas Escrituras podemos ver que el Señor proclamará a Jerusalén como Su propia ciudad, la limpiará y santificará hasta que “las ollas de las casas de Jehová sean como los tazones del altar, y toda olla en Jerusalén y Judá sea consagrada a Jehová de los ejércitos” (Zac.14:20, 21) y esta ciudad, tan a menudo devastada en el pasado, vivirá segura para que permanentemente venga a ser el centro de la adoración mundial.

Pero no solo esto, sino que la palabra de profecía **señala** además que será la ciudad principal de la tierra desde el punto de vista comercial. Es importante observar que, al tiempo de la Segunda Venida, la topografía de Palestina, especialmente alrededor de Jerusalén, vendrá a ser alterada por el Creador por causa de un gran terremoto que dividirá en dos partes el Monte de los Olivos. El último capítulo de Zacarías nos da en detalle este físico acontecimiento que vendrá a suceder cuando el retornado Señor llegue al Monte de los Olivos (14:4), el lugar desde el cual se produjo Su ascensión en Su primera venida. El valle que así vendrá a formarse servirá como vía de escape para la Israel perseguida en este punto de tiempo, inmediatamente anterior a la Venida (3 años y medio). Y además, el profeta predice que un río de aguas Vivas brotará desde la Jerusalén dividido en dos partes, fluyendo hasta el Mar Muerto por el este, y la otra mitad hacia el oeste que es el Mediterráneo (vers.8). Este río milagrosamente erradicará la sal contenida en el Mar Muerto que, posteriormente y en consecuencia, se llenará de lujuriente vegetación y en él vivirán una gran cantidad de peces. Ezequiel 47 describe al por menor estas “aguas vivas” y también se exponen en el Salmo 46:4.

Zacarías 14 se extiende dándonos además otras particulares alteraciones en la topografía del Sur de Palestina. Daremos una versión más actual que nos ofrece el significado más claramente que la Reina y Varela:

“Toda la tierra se volverá como el Arabah (el Valle del Jordán), desde Geba hasta Rimón al sur de Jerusalén; pero Jerusalén será enaltecida, y habitará en su lugar, desde la puerta de Benjamín hasta el lugar de la puerta primera, hasta la puerta del Ángulo; desde la torre de Hananeel hasta

los lagares del rey. Y morarán en ella, y no sufrirá nunca más la destrucción, sino que Jerusalén será habitada confiadamente” (Zac.14:10, 11 N.I.V).

La totalidad de los montes del país serán rebajados, o mismo terraplenados; pero Jerusalén será erguida o “enaltecida”, y llegará a ocupar su lugar, y será edificada en un monte elevado la casa del Señor; dándole así una imponente posición en el país que será visible a muchos quilómetros de distancia alrededor. Isaías refiere este acontecimiento como ya hemos visto en el cap.2, versículo 2:

“Acontecerá en lo postrero de los tiempos que *será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados.*

Miqueas 4:1 confirma este versículo, y así Jerusalén y su templo exaltado pasará a ser el centro gubernamental del mundo, y el lugar al cual “todas las naciones acudirán” para ser instruidos y guiados. Todos los obstáculos físicos que ahora impiden fluir a las “aguas vivas” en sus dos direcciones serán removidos y terraplenados.

No solo hallamos que Dios vaya a remodelar de esta forma el territorio del sur de Jerusalén, por causa del efecto del terremoto, sino además también el golfo del río Nilo y del Éufrates. En Isaías 11:15, 16 leemos:

“Y secará Jehová la lengua del mar de Egipto; y levantará Su mano con el poder de Su Espíritu sobre el río (Éufrates), y lo herirá en sus siete brazos, y hará que pasen en él con sandalias. Y habrá camino para el remanente de Su pueblo, el que quedó de Asiria, de la manera que lo hubo para Israel el día que subió de la tierra de Egipto” (N.I.V.).

Esta remodelación hecha sobre el Éufrates facilitará el acceso a Jerusalén, y al Templo se acudirá más asequiblemente desde el este. Además, con la sequedad del golfo del Nilo, el Canal de Suez desaparecerá. Isaías 19:4-9 también predice la desertificación del río Nilo. Y por añadidura, existen otros versículos significativos en Isaías 33:20-23:

“Mira a Sion, ciudad de nuestras fiestas solemnes; tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud, tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas será rota. Porque ciertamente allí será Jehová para con nosotros fuerte, *lugar de ríos, de arroyos muy anchos, por el cual no andará galera de remos, ni por él pasará gran nave...*”.

No será preciso decir que en ningún otro tiempo de la historia pasada se haya secado el Nilo, o que el Éufrates se haya dividido en siete afluentes, ni que Jerusalén haya sido local de arroyos o ríos. Estas profecías dicen respecto al final del tiempo del retorno del Señor y el asentamiento del reino terrenal. Desnecesario además será decir que “no andará galera de remos” ni “gran nave” pasará por ciudad alguna, si es que esta ciudad se halle a quilómetros de distancia del mar, y sin un río navegable.

Zacarías 14:4, 5 nos dice que a causa del gran terremoto que divida el Monte de los Olivos, surgirá un muy grande valle que abarcará hasta Azal. Rollins, en su libro *Ancient History* señala dos nombres muy próximos al lugar de Ashkelon, que son Afcalon-Azol. Jeremías 47:6, 7 que

parecen referirse a estos mismos. Azal aparentemente es un nuevo local que tenga su nombre sobre la costa del Mediterráneo. Cuando recordamos que el Mar Mediterráneo se halla a 1300 pies por encima del Mar Muerto, podemos imaginarnos que es lo que ocurriría si un “muy grande valle” se extendiese desde Azal en la costa oeste hasta el Valle del Jordán en el este. La súbita ascensión de agua en el Mar Muerto causaría que el Jordán encontrase su lecho antiguo y descendiese hasta el Golfo de Akabah. Este acontecimiento probablemente tornaría a Jerusalén en un puerto de mar; ciertamente en el tal lugar de “ríos y de arroyos” de Isaías 33:21. **¿Será esta la solución de Dios para el problema del Canal de Suez?**

El golfo de Suez vendrá a ser destruido y el territorio ligeramente erguido, y donde ahora existe el delta del Nilo y el Canal de Suez, los hombres andarán de sandalias por lo seco. Esto significa que la navegación debe pasar a través de Jerusalén haciendo que esta ciudad gane más relevo e importancia. No solo será la Jerusalén futura el centro espiritual de la tierra, sino que además pasará a ser también esta ciudad el centro de comercio.

Es significativo además que Ezequiel 5:5 nos diga:

“Así ha dicho Jehová el Señor: Esta es Jerusalén; la puse *en medio de las naciones* y de las tierras alrededor de ella”

Ezequiel 38:12 nos habla de un poder viniendo contra “el pueblo (Israel) recogido entre las naciones, que se hace de ganado y posesiones, que mora *en la parte central de la tierra*”. Al margen la versión inglesa pone “el ombligo”. Así como el ombligo es el centro del cuerpo, así también el Señor ha puesto en el “ombligo” o “centro” de la tierra, para que geográfica, política y espiritualmente venga a ser la ciudad más importante del mundo.

Zacarías acaba su profecía resaltando la preeminencia espiritual de Jerusalén. Será obligatorio para todas las naciones que sean representadas en la fiesta de los Tabernáculos que tendrá lugar en esta ciudad cada año:

“Y todos los que sobrevivieren de las naciones que vivieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos. Y acontecerá que los de las familias de la tierra que no subieren a Jerusalén para adorar al Rey, Jehová de los ejércitos, no vendrá sobre ellos lluvia...” (Zac.14:16-18).

Y aquí tenemos otro ejemplo de la divina disciplina que habrá durante el milenio a través de la cual Dios mantendrá el control sobre la tierra.

Antes de que pasemos a considerar otro aspecto del reino será bueno que hagamos un comentario sobre el frecuentemente citado, pero poco comprendido, versículo de Habacuc 2:14:

“Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, *como las aguas cubren el mar*”.

Alguno podría preguntarse por el significado de las aguas cubriendo el mar, pero podremos comprenderlo cuando lo interpretamos de la edad del reino terrenal cuando las aguas vivas

fluyendo desde Jerusalén descieran hasta el Mar Muerto, lo cubran, y le extingan su salinidad, “sanándolo,” de tal manera, que allí pueda abundar cantidad de peces y vegetación. Por donde estas aguas corran surgirá la *vida*, y esto es un retrato de lo que el conocimiento de Dios producirá en los habitantes de la tierra trayéndoles vida en lugar de muerte espiritual.

Existen otras características del reino de Dios que deben ser mencionadas. La tierra prometida experimentará un aumento significativo de productividad y fertilidad. Las muchas Escrituras que nos muestran esta particularidad se pueden resumir en la declaración de Amos 9:13. Entonces “el que ara alcanzará al segador” debido a la rica respuesta de la tierra. El Señor restaurará la lluvia temprana (de primavera) y la tardía (del otoño) sobre esta tierra, de las cuales tanto depende este país. La irrigación ya no será un problema a solucionar. La salud será incrementada y, debido a eso, la vida prolongada:

“No habrá allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla; porque el niño morirá de cien años, y el pecador de cien años será maldito” (Isaías 65:20).

No será por acaso que muchos de los evidentes milagros que el Señor realizó en Su ministerio terrenal fuesen dirigidos a la *salud* corporal y mental, y Hebreos 6:5 los denomina “poderes (milagros) del siglo venidero” que es el milenio.

Y así podríamos continuar retirando de las Escrituras proféticas las características del tiempo cuando el Señor Jesús como Rey de reyes retorne a esta tierra, poniéndola bajo Su divino control y trayendo la paz, la justicia, y por fin la prosperidad tanto espiritual como material. Sin embargo, creemos haber suficientemente considerado ya algunas demostrándonos que, los 1000 años del reinado de Cristo, no sea un periodo de plena perfección (este estado aguarda la creación de un nuevo cielo y tierra en las edades posteriores), puesto que, en el Milenio, tanto el pecado como la muerte todavía se hallarán vigentes. Aunque, por supuesto, bien podremos deducir aquí que será el periodo más favorecido en el mundo conocido desde la caída de Adán.

Las palabras de G.H.N. Peters en su libro *El Reino Teocrático* son muy pertinentes en este punto:

“Los profetas, a una sola voz, describen este reino único, así restaurado, en términos expresivos de la más gloriosa abundancia. Predicen desde el Salmista hasta Malaquías una restauración del idéntico reino derrocado junto con los más maravillosos acontecimientos, los cuales vendrán a producir una tal bendición y gloria, que será sin paralelo en la historia del mundo...desde el derrocado reino Teocrático de David, estos predichos eventos no han tenido lugar así como son delineados, y por tanto, el predicho reino pactado todavía no ha aparecido todavía...Es el mismo reino derrocado que recibe estas añadidas bendiciones posteriores, y ningún otro reino las recibirá, por eso es que, ningún “profeso reino,” por muy a viva voz que sea proclamado o enseñado, podría, a excepción de este, ser acepte por nosotros...Estos incrementos son tan grandes en su natura, tan sonantes en sus características, tan manifiestamente embutidos de lo Sobrenatural, que nadie podrá venir a equivocarse con ellos cuando el reino se restaure...Después de la caída del reino de David, los profetas predijeron este reino como futuro (*El Reino Teocrático* 1:248).

Aunque muchas más cosas puedan ser dichas concernientes a la presentación y al carácter del reino de Dios como se retrata en el Antiguo Testamento, creemos que ya es suficiente lo escrito como para mostrar su majestad y la gran bendición, espiritual y material, que habrá sucediendo desde el retorno del Señor Jesucristo y la inauguración de Su justo gobierno y control, y será seguido por el mundial testimonio de una restaurada y salva Israel. El hecho del largo periodo que llevamos aguardando desde el primer Adviento, no es un obstáculo en nuestros pensamientos cuando recordamos la tremenda paciencia y el largo sufrimiento de Dios “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2ª Pedro 3:9). Esta fue la razón dada por Pedro a sus críticos que sarcásticamente le preguntaban “¿Dónde está la promesa de Su Advenimiento?, porque...todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación” (vers.4).

Y otra razón es la gran obra del Señor en el llamamiento supremo, salvando y completando a la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, que es la gran obra del tiempo presente cubriendo el periodo de la ceguera de Israel y el repudio de Su Mesías. Trataremos en detalle este tema cuando lleguemos al Nuevo Testamento. Entre tanto podemos regocijarnos en Aquel que sigue “operando todas las cosas según el designio de Su voluntad” (Efesios 1:11) a pesar de toda la oposición de Satanás y los hombres.

El reino de Dios es seguro y cierto. Su triunfo será completo y cuando se realice, todo y cada problema actual del hombre será resuelto, y toda barrera contra Dios removida, y el aguardado desde hace tanto tiempo reino prevalecerá eternamente.

CAPÍTULO CINCO

El Testimonio del Nuevo Testamento concerniente al Reino de Dios

El Reino de Dios en el ministerio terrenal de Juan el Bautista y el Señor Jesús

Ahora pasamos al testimonio del Nuevo Testamento concerniente al reino de Dios. Y la cuestión pertinente sería, si es que este reino, como se presenta en el Nuevo Testamento, significa exactamente lo mismo que en los libros del Antiguo Testamento. Hay muchos expositores que darían un decisivo “no” a esta pregunta. Insistirían diciendo que, en el Nuevo Testamento, el reino de Dios es completamente espiritual, residiendo en el corazón y en la mente de aquellos que sean salvos.

Antes de que llegemos a formar una conclusión acerca de esto, deberíamos procurar para descubrir lo que en el Nuevo Testamento se halle escrito con respecto al Antiguo Testamento, es decir, cómo sus escritores lo interpretan. Existen cerca de 400 referencias hechas al Antiguo Testamento, y una cosa está clara: Los autores del Nuevo Testamento difieren del método alegórico recurrente en aquellos tiempos, particularmente de los escritos de Fileto. “Escrito está” se tiene en cuenta como el asentamiento de su significado, y las palabras son por tanto empleadas en su sentido corriente o *normal*. El Apóstol Pablo declaró que no había enseñado otra cosa fuera de “las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder” (Hechos 26:22, 23) y si hubiese alguna duda del significado del Antiguo Testamento, una tal declaración no tendría valor alguno. Además, los creyentes en Berea examinaban las enseñanzas de Pablo con el Antiguo Testamento (Hechos 17:10, 11), y eso habría sido imposible llevar a cabo si es que Su significado fuese incierto. El Señor Jesucristo también hizo constantes referencias al Antiguo Testamento. Reprendía a sus adversarios porque no creían a Moisés. Él dijo:

“Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a Mí, porque de Mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a Mis palabras?” (Juan 5:46, 47).

Y después de Su resurrección tomó la misma actitud. Reprendió a los dos discípulos en el camino de Emaús y les dijo:

“¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!” (Lucas 24:25-27).

Lo que escribieron los profetas por tanto debe haber sido comprendido, o de otra forma una tal acusación habría sido injusta. Además, como ya hemos visto, tenemos con nosotros una guía divina en cuanto a la interpretación del reino profetizado en el Antiguo Testamento, puesto que las profecías que se dieron sobre Su primera venida y la proclamación del reino se cumplieron *literalmente*. El lugar de Su nacimiento fue literal – Belén (Miqueas 5:2). Los evidentes milagros que produjo de sanidad fueron *literales*, tal como Isaías 35:5, 6 había predicho. No fueron menos que catorces las profecías literalmente cumplidas en las veinticuatro horas de su crucifixión (Para

comprobar esta evidencia vea el libro del mismo autor *Los insondables propósitos de Dios*. Pags.10-14. *The Berean Publishing Trust*).

Siendo así, cuando comparamos la vía en que se presenta el reino en el Antiguo y el Nuevo Testamento, solo podemos concluir que son uno y el mismo. Porque de haber diferido la doctrina del Nuevo Testamento del reino de Dios del Antiguo, habría sido indicado al comienzo del ministerio de Juan el Bautista y del Señor, para que no hubiese malentendidos.

¿Pero qué es lo que hallamos? En los registros del Evangelio el reino se presenta sin ninguna explicación o explanación añadida. Esto deja claro que no era necesario, pues el Antiguo Testamento había dado a entender con suficiente claridad el carácter de este reino, y el Señor y Sus discípulos hablaron al pueblo terrenal de Israel, a quienes habían sido cometidos los “oráculos de Dios” esto es, el Antiguo Testamento (Romanos 3:1, 2), por tanto, una tal explicación al reino, era innecesaria.

G.N. Peters en su libro *El Reino Teocrático* hace la siguiente observación:

“El Nuevo Testamento comienza el anuncio del reino en términos expresivos que dejan ver su previo y claro conocimiento...la predicación del reino, se anuncia sencillamente, sin el menor intento de *explicar* su significado y naturaleza, en el mismo lenguaje que era común para los judíos – todo presupone que era un tema *familiar para todos*. Juan el Bautista, Jesús y los Setenta enviados, todos proclamaron el reino por una vía sin definición o explicación que indicase que sus oyentes *no estuviesen al tanto de su significado*” (1:181).

No hay nada que nos intime a pensar que el reino del Nuevo Testamento tuviese alguna diferencia del concepto que tiene en el Antiguo Testamento, y Nicodemo, un maestro de Israel, fue reprendido por el Señor por no comprender los requisitos básicos de Su reino que el Antiguo Testamento habían dejado tan claro (Juan 3:10).

El Anuncio del Reino Terrenal

En el registro de la Natividad de los Evangelios, la asociación con el Antiguo Testamento se indica claramente. En el Evangelio de Mateo tenemos catorce literales cumplimientos de la profecía del Antiguo Testamento introducidos por palabras tales como “ Porque era necesario que se cumpliera la Escritura que fue dicha por (*hupo*) el Señor a través (*dia*) de los profetas” (1:22; 2:5, 15, 17, 23; 4:13, 14, 15; 8:17; 12:17; 13:35; 21:4; 26:56; 27:9), asociando así directamente de manera muy sólida el reino que había sido anunciado con el Antiguo Testamento.

Juan, el hijo de Zacarías y de Elisabet, iría delante de Cristo “en el espíritu y poder de Elías” para preparar el camino entre el pueblo escogido de acuerdo a la profecía de Malaquías (Lucas 1:17; Mal.3:1). El ángel Gabriel le reveló a María que su Hijo:

“Será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y Su reino no tendrá fin” (Lucas 1:32, 33).

El “trono de David” no debe ser entendido como el trono de Dios en el cielo, ni la “casa de Jacob” como si fuera la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. María debía entenderlo en los términos del Antiguo Testamento y no de otra manera, y esto se confirma por la canción que hace de alabanza. Ella se refiere a la promesa antigua de ayuda “a Su siervo Israel en memoria de Su misericordia, como lo había dicho Dios *a nuestros padres, a Abraham y a su simiente para siempre*” (Lucas 1:54, 55).

Zacarías, en su profética declaración, habla del “Señor Dios de Israel,” de “la redención de Su pueblo”, de “la casa de Su siervo David”, de “los santos profetas de Dios” del Antiguo Testamento, los cuales prometieron que Israel sería librado de sus enemigos”, el “santo pacto” de Dios, el “juramento” hecho a Abraham, y la visitación del “nacimiento del sol de justicia” (vea Malaquías 4:2).

Simeón, ya lo hemos referido, aguardaba “por la consolación de *Israel*” (Lucas 2:25-33) y Ana, una profetisa, habló de “todos los que aguardaban por la redención de *Jerusalén*” (Lucas 2:36-38). Mateo comienza su registro con la genealogía de Cristo, pero ubica al “Hijo de David” (el rey), ante el hijo de Abraham, porque el Evangelio de Mateo presenta al Señor Jesús como el Rey de Israel, y al reino íntimamente asociado con este pueblo. Los hombres sabios (Magoes) vinieron e indagaron por Aquel “que había nacido, el *Rey de los judíos*” (Mat.2:2. Cuando Herodes indagó del sumo sacerdote y de los escribas acerca del lugar donde el Cristo debía nacer, ellos le dijeron:

“En Belén de Judea: porque así está escrito por el profeta: y tú Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guiador, *que apacentará a Mi pueblo Israel*” (Mat.2:5, 6).

Pareciera de poca importancia el saber el exacto lugar donde Cristo debía nacer. La virgen María estaba residiendo en Nazaret, sin embargo la Palabra de Dios dice siempre Verdad y debe cumplirse a la letra. Consecuentemente, la providencia de Dios decide que el viaje se emprenda a Belén, y de allí tuvo que salir el divino Gobernador de Israel, tal como el Antiguo Testamento tan claramente profetizó en conexión con el establecimiento del reino de Dios.

Posteriormente, al cierre de Su ministerio terrenal, el Señor Jesús se acercó a la ciudad de Su repudio y muerte, esto es, Jerusalén. Entonces instruyó a dos de Sus discípulos a tomar un pollino (al pollino y a su madre) y dijo “el Señor *los necesita*” (Mat.21:3). Esto cumplía como ya hemos referido la profecía de Zac.9:9:

“Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén: he aquí tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Mat.21:5).

Dos animales se mencionan en la profecía y dos son los utilizados en el cumplimiento cuando *el Rey de Israel* se presentó por última vez a la nación de Israel. Aquí una vez más tenemos una sólida asociación entre las profecías del Antiguo Testamento del Rey de Israel, de la descendencia por su línea de David, desde el ángulo humano, siendo cumplido a la letra en el Nuevo Testamento, y no en una vía espiritualizada cualquiera.

Otra asociación la encontramos en el registro de la prisión de Juan el Bautista cuando su fe comenzó a declinar. Para confirmarle, el Señor le envió dos discípulos de Juan para recordarle:

“Id, y hacer saber a Juan as cosas que oís y veis: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (Mat.11:4, 5).

Si Juan estuviese equivocado en su concepto del reino del Antiguo Testamento, ahora sería el momento de corregirlo. Pero el Señor no lo hizo así. En vez de eso, se dirigió a Juan recordándole Isaías 35:5, 6:

“Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo...”.

Y actuando de esa manera dio una guía válida en cuanto a la interpretación de esta profecía. ¿Ignoró por acaso su significado literal y la espiritualizó de alguna manera? Muchos expositores así lo harían, e imaginarían estar haciendo lo correcto, según el corazón de la profecía. Pero estarían equivocados rotundamente, porque hasta los más ínfimos pormenores fueron cumplidos *literalmente* en el ministerio del Señor, y es digno de observar que, de seis de los puntos mencionados, no menos de *cinco* se relacionan a las humanas necesidades que son puramente *físicas*. Solamente uno podría considerarse espiritual, y es el evangelio que estaba siendo predicado.

Así pues, la fe de Juan sería restaurada tomando las profecías del Antiguo Testamento del reino en el sentido literal común de las palabras, y obviamente, con este divino ejemplo, sucederá con nosotros si es que valoramos el verdadero entendimiento de la Palabra de Dios.

En el registro de Marcos del comienzo del ministerio del Señor tenemos una declaración del evangelio que el Señor proclamaba:

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea proclamando el reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed el evangelio” (Marcos 1:14, 15).

No tenemos el derecho de incluir nuevos elementos en estas “buenas nuevas” que no se hallen en el registro divino. No tenemos mención alguna al pecado aquí, ni de la muerte expiatoria de Cristo. Estas “buenas nuevas” se refieren al “reino” y su proximidad, y fue predicado a los súbditos del reino, el pueblo de Israel, un pueblo “escogido” de antemano por el Señor a través de la revelación del Antiguo Testamento (Lucas 1:17), un pueblo que ya había sido instruido en tipo y sombra que “sin derramamiento de sangre, no hay remisión” (perdón de pecados Heb.9:22). Se anunciaba que las profecías del reino de Dios sobre la tierra eran ahora posible de cumplimiento, porque el Rey se hallaba entonces presente y el reino por tanto estaba “a la mano”, es decir, cercano. Esto es lo que se les encomendaba creer para que se volvieran en arrepentimiento (cambio de pensamientos) al Señor.

Si así lo hacían, experimentarían un “nuevo nacimiento” y estarían listos y preparados para entrar en él (Juan 3:3). Así vemos que el reino de Dios, en relación a la tierra, no es ni totalmente espiritual ni totalmente material, sino una mezcla de ambas cosas. *Básicamente*, es espiritual, pero cuando se establezca, deberá ser y será físico también, y con resultados materiales que afectarán por fin a todo el mundo.

Nada más ni menos que esta asociación de ambas cosas asentará adecuadamente el gobierno de Dios sobre la tierra, como se retrata en las santas Escrituras. Será entonces el tiempo cuando el alabado reino terreno se cumpla:

“...Venga a nosotros Tu reino. Sea hecha Tu voluntad *así en la tierra como en el cielo*”.

El Reino de Dios y el Reino del Cielo

Antes de extendernos más adelante, debemos considerar el significado Escritural de estas dos frases anteriores. ¿Son idénticos, o tiene cada uno su peculiar significado? Antes que nada, observe que el “reino del cielo” se confina al Evangelio de Mateo, donde aparece 32 veces. Su esfera se define en la “oración del Señor” – “Venga a nosotros Tu reino, sea hecha Tu voluntad *así en la tierra como en el cielo* (Mat.6:10), y, posteriormente, el Señor lo ilustra en el Sermón de la Montaña, en Su cita del Salmo 37:9 cuando dice que “los mansos heredarán *la tierra*”(Mat.5:5 y vea Salmos 37:9, 11, 22, 29, 34). No será preciso decir que, esto dicho, no es el equivalente de “ir al cielo”, si es que las palabras tienen algún significado. Este reino es la realización de la promesa de Deuteronomio 11:21, “*los días de los cielos sobre la tierra*” y el cumplimiento de aquello que a Nabucodonosor se le dio a ver, esto es, que “los cielos gobiernan”, y que “el Altísimo gobierna en medio de los *reinos de los hombres*” (Dan.4:25, 26. En otras palabras, es el reino declarado en las Escrituras del Antiguo Testamento.

El reino de Dios es más amplio en su alcance, y es universal en cuanto a la soberanía de Dios sobre toda la creación, la cual soberanía incluye tanto el cielo como la tierra. Consecuentemente, encontramos esta frase en los escritos de Pablo, tanto al final de su vida, como al principio de su ministerio. Esto lo veremos más de cerca posteriormente.

En los Evangelios las dos frases se utilizan algunas veces intercambiadas, tal y como las siguientes referencias nos muestran:

“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat.4:17).

“El reino de Dios se ha acercado; arrepentíos” (Marcos 1:15).

“Benditos los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos” (Mat.5:3).

“Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios” (Lucas 6:20).

“Dejad a los niños venir a Mí...porque de los tales es el reino de los cielos” (Mat.19:14).

“Dejad a los niños venir a Mí...porque de los tales es el reino de Dios” (Marcos 10:14).

“Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos” (Mat.19:23).

“Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tengan riquezas” (Lucas 18:24).

“El más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él (Juan el Bautista) (Mat.11:11).

“El más pequeño en el reino de Dios es mayor que él” (Lucas 7:28).

“A vosotros os es dado a saber los misterios del reino de los cielos” (Mat.13:11).

“A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios” (Lucas 8:10).

Hay cinco pasajes en Mateo donde el Señor se aleja del uso corriente y utiliza la frase “el reino de Dios” (Mat.6:33; 12:28; 19:24; 21:31 y 43). Debido a que estas dos frases sean algunas veces así empleadas en los Evangelios, no debemos, sin embargo, asumir que sean idénticas en cuanto al significado en todas sus ocurrencias en el Nuevo Testamento. El “reino de los cielos” es el reino mediante del Antiguo Testamento que hemos estado estudiando, y hemos visto que se refiere al dominio de Dios sobre la tierra, y que solo se realiza plenamente al tiempo de la Segunda Venida, cuando “el Hijo del hombre venga en Su reino” (Mat.16:28) y tome el control; por otro lado, como ya hemos señalado, el reino de Dios lo abarca todo, incluyendo la fase celestial de la soberanía de Dios terrenal. La razón por la cual se pueden usar de manera intercambiada los dos títulos en los Evangelios, se debe a que, el aspecto menos amplio (el reino del cielo), está incluido en el más amplio (el reino de Dios). Bien podemos decir que Londres esté en Inglaterra, o que está en Gran Bretaña, pero sería equivocado concluir por eso que Londres e Inglaterra sean términos idénticos.

Solamente a los israelitas se dio a conocer el reino de los cielos, y la razón para eso se torna clara por nuestro estudio del Antiguo Testamento, fue porque Dios había determinado que ellos serían, tanto su centro como su medio, por el cual, la humanidad lo conocería a Él, esparciéndose Su conocimiento sobre toda la tierra siendo Jerusalén su centro y ciudad capital. Aquellos que ignoren el Antiguo Testamento en la consideración del tema del reino, se acarrearán dificultades por sí propios que son imposibles de solucionar. El Apóstol Pablo insiste diciendo que Cristo fue un ministro de la *circuncisión (Israel)* para la verdad de Dios, para confirmar las *promesas hechas a los padres* – Abraham, Isaac y Jacob, con el propósito de que la bendición alcanzase posteriormente al mundo entero:

El Salvador le dijo a mujer Gentil:

“...Yo no soy enviado *sino a las ovejas perdidas de Israel*” (Mat.15:24).

Estas palabras son perfectamente claras, y provienen de Aquel que dijo “Yo soy la Verdad” (Juan 14:6). Además, no solo limitó Su ministerio terrenal a Israel, sino que impuso también la misma limitación sobre el ministerio de los doce:

“A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: *Por camino de gentiles no vayáis*, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mat.10:5, 6).

Aquellos que espiritualizan e ignoran el Antiguo Testamento, se desconciertan por estas declaraciones y se maravillan; si estuviesen en lo cierto, ¿cómo sería posible que Él fuese el Salvador del mundo al mismo tiempo? Pero es que el problema se lo acarrearán ellos propios, y nace en sus suposiciones, por desagregar el testimonio de la Biblia *como un todo*, concerniente al gran sujeto del reino de Dios. La venida del Señor Jesucristo a Su propio pueblo terrenal fue absolutamente crucial para ellos, y también para la realización de los propósitos del reino

terrenal de Dios. El tan de largo tiempo aguardado reino del Antiguo Testamento, se hallaba entonces cercano, con la presencia del Rey por medio. Cristo dijo:

“Mas, si por el dedo de Dios echo fuero los demonios (y los echó), *ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros*” (Lucas 11:20).

“...Y dirán: ¡Helo aquí, o helo allí!; (no vayáis con ellos) porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:21).

Este último versículo es uno de los favoritos de los que espiritualizan las Escrituras, y señalan con él que el reino se halla en el medio de los creyentes solamente. Pero el contexto se mantiene en completo contraste con este punto de vista. Dean Alford, en su *Nuevo Testamento para los Lectores Ingleses*, escribe:

“El malentendido que somete estas palabras “en medio de vosotros” significando un sentido espiritual, “en vuestros corazones”, debería haberse prevenido, si reflexionamos que se hayan dirigidas a los *Fariseos*, en cuyos corazones, con toda certeza, el reino *no se hallaba*.”

M.R. Vincent, citando a Trench, dice: “La totalidad del pasaje del reino de los cielos estando entre los hombres, en vez de los hombres estar en medio del reino, es moderno” (*Estudios de la Palabra en el Nuevo Testamento* Vol.1.pag.401).

En la Persona y presencia del divinamente comisionado Rey, el reino estaba realmente “en medio de los hombres”, a pesar de la actitud que tomasen, tanto si fueran a favor como en contra de Él. Se hallaba por tanto “a la mano” o próximo, y eso mismo señalan tanto Juan el Bautista como el propio Señor en sus respectivas declaraciones de las buenas nuevas (evangelio) del reino. Debido a este hecho, hay algo que necesariamente resulta, y es que Israel tiene que tomar una decisión definitiva, en cuanto a su recepción o repudio, de Su Mesías y Rey.

Este fue el punto de tiempo más vital y crucial en su historial, pero desde el principio los líderes dejaron clara su actitud. Fueron completamente antagónicos. Se manifestaron violentamente contra la limpieza hecha por Él en el Templo, y se enfurecieron con la sanidad que realizó del hombre ciego de nacimiento al día de Sábado. Odiaron las acusaciones que les hacía. El Señor les llamó “hipócritas”, y “una perversa y adúltera generación” (Mat.16:3, 4), les dijo que “los publicanos y las prostitutas” entrarían antes en el reino que ellos propios (Mat.21:31). Los denominó “hijos del infierno”, “guías de ciegos” que “colaban el mosquito y tragaban el camello”, “lentos de robo y de injusticia”, “sepulcros blanqueados...lentos de huesos de muertos y de toda inmundicia”, una “generación de víboras” (Mat.23:15, 24, 25, 27, 33). Ellos eran “de su padre, el diablo” (Juan 8:39-44).

Todo esto solo hizo con que aumentase el odio que le profesaban, y la determinación de librarse de Él. ¿Y cuál fue la actitud del pueblo en general? Al principio Su ministerio causó y produjo un tremendo interés, pues los discípulos le reportaron que *todos* le procuraban (Marcos 1:37). Pero era de una manera superficial. Solamente estaban interesados en los efectos externos de Sus milagros. Leemos que “muchos creyeron en Su nombre, cuando vieron los milagros que hacía, pero que Jesús propio no se fiaba de ellos, *porque sabía lo que había en el corazón de todos los hombres*” (Juan 6:15). En lo superfluo, parecía que el pueblo estuviese preparado para aceptar sus

reclamos de soberanía real, pero después, en el mismo capítulo, unos cuantos versículos a seguir el Señor desenmascara el vacío entusiasmo de sus corazones. Y les dijo:

“En verdad, en verdad os digo que me procuráis, no porque hayáis visto las señales (escritas), sino porque comisteis el pan y os saciasteis” (6:26).

La misma falsa actitud se evidenció en Nazaret. En la sinagoga “todos daban buen testimonio de Él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca” (Lucas 4:22). Pero poco después, cuando el Señor hizo referencia a la bendición para con los Gentiles *se llenaron de ira*, y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba la ciudad de ellos, *para despeñarle*” (vers.28, 29).

Muy cerca del final de Su ministerio tenemos el registro de las multitudes gritando “Hosanna, hosanna” y pocos días después el mismo pueblo estaba clamando “Crucifícale, crucifícale, porque no tenemos otro rey sino el Cesar”. Aun mismo su propia familia y amigos que le eran más próximos, no comprendieron Sus actos y palabras: “...los suyos vinieron para prenderle; porque decían: está fuera de sí”.

Es evidente en el onceavo y doceavo capítulo del Evangelio de Mateo que los acontecimientos estaban produciendo y ocasionando una crisis total. Allí leemos:

“Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de los milagros, porque no se habían arrepentido” (Mat.11:20).

Y todo esto a pesar del hecho de que estos evidentes milagros fuesen aquellos predichos de antemano en el Antiguo Testamento identificándole como el Mesías y Rey de Israel (Isaías 5:5, 6). El Señor aún va más lejos y llega a decir que mismo Sodoma se habría arrepentido si hubiesen testificado sus moradores tan tremendas obras realizadas (vers.23). Cuán cierto es el dicho de que un incremento de luz trae consigo un aumento también de las responsabilidades (compare Amós 3:2). Sería imposible que fuese de otra manera.

El Señor Jesús entonces se presentó a Sí propio como Uno mayor que el Templo con su sacerdocio (12:6), mayor que el profeta Jonás (vers.39), y mayor que el rey Salomón (vers.42) y en cada una de estas capacidades, Profeta, Sacerdote, y Rey fue repudiado por la nación. La generación más favorecida desde la caída del hombre se apartó deliberadamente de Aquel que es Rey de reyes y Señor de señores y tomando esa decisión fue repudiada por el propio Señor. Es importante observar la insistencia de Cristo sobre la culpabilidad de esta generación. Fue “mala”, “adúltera”, “infiel” e “perversa” (12:39; 16:4; 17:17). No es de extrañar que dijera que el reino se les quitaría de sus manos y le sería dado a otra nación (vea 21:43). Aquí debemos tener cuidado y juzgar que se refiera a una nación Gentil. Porque la palabra se emplea de Israel en Juan 11:51 y Hechos 24:17. Ya hemos visto anteriormente que el claro testimonio de la Palabra de Dios se basa en que los pactos y las promesas de Dios a Israel son irrevocables, tal como en Jeremías 33:24-26, Romanos 9:3-5; 11:25-29 y otras Escrituras nos muestran con toda claridad.

El cumplimiento de estas divinas promesas bien pudo ser interrumpido a través del fracaso de la nación, pero nunca puede ser alterado o abrogado. Oseas reveló que a través de la apostasía de

Israel, serían puestos de parte en incredulidad temporariamente y pasarían a ser *lo-ammi* – “no es Mi pueblo”. Sin embargo serían restaurados y vendrían a ser “Mi pueblo” nuevamente (Oseas 1:9, 10; 2:23). La restauración final de Israel hará con que la nación finalmente crea, sea salva y le sea de nuevo encomendada la misión por Dios, tal y como el estudio del Antiguo Testamento nos revela. La diferencia entre estas dos “naciones” es moral y espiritual, y no racial.

El repudio del Señor llevado a cabo por Israel claramente registrado en Mateo 11 y 12 es seguida por una mudanza en Su ministerio. Por primera vez el Señor Jesús introduce las parábolas en Sus enseñanzas tal y como se deduce por el comentario hecho por los discípulos en Mateo 13:10. Además, un estudio de la respuesta del Señor en cuanto al motivo de hablar en parábolas nos da un concepto muy diferente del punto de vista popular hacia ellas. A menudo la enseñanza parabólica ha sido construida como una vía fácil para enseñar a los niños dándoles sencillas historias e ilustraciones. Pero esta idea se deshace por lo que el Señor dijo que servirían:

“Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Él respondiendo les dijo: Porque a vosotros os es dado a conocer los misterios (secretos) del reino de los cielos, pero a ellos no se les ha concedido... Por eso les hablo en parábolas: porque viendo no ven; y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que en ellos se cumple la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis; porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y Yo los sane. Pero bienaventurados vuestros ojos porque ven; y vuestros oídos porque oyen” (Mat.13:10-16).

Ciertamente está claro por estas palabras que las parábolas *velan la verdad*, en vez de simplificarla y facilitar su comprensión. Los líderes y las personas en general habían cerrado deliberadamente sus ojos y oídos al ministerio del Señor, de tal manera, que en vez del entendimiento divino, la oscuridad y la confusión inevitablemente surgieron. El registro de Isaías 6 citado por el Señor, que aparece en tres solemnes ocurrencias en el Nuevo Testamento, muestra claramente la cause del repudio hacia Su persona y Su proclamación como rey. Cada una de estas citas sucede en un tiempo de gran crisis para Israel (Mat.13:14-15; Juan 12:37-40; Hechos 28:17, 23-28) y son de suprema importancia en el resultado del propósito de las edades que se relaciona con el reino sobre la tierra.

No solo tenemos la primera ocurrencia de las parábolas en Mateo 13, sino también de la palabra “misterio”. Es importante que nos demos cuenta de que esta palabra en el original no significa algo escondido o misterioso, sino antes bien aquello que sea *secreto* y que no pueda ser conocido a menos que sea revelado. Al repudiar a su Mesías, Israel cegó sus propios ojos y en consecuencia el Señor ahora vela la verdad para ellos presentándola en forma parabólica y les habla de los secretos (misterios) en conexión con el reino del cielo. El fracaso se encuentra generalmente por detrás de esta palabra “misterio”.

Tenemos ocho y no siete parábolas del reino de los cielos registradas en Mateo 13, y se agrupan como vemos a seguir.

Es digno de observar que las cuatro parábolas habladas *fuera de* la casa a las multitudes nos den el aspecto *externo* del reino de los cielos que estaba acabando en fracaso, mientras que las cuatro restantes, pronunciadas en el *interior de* la casa en privado a los discípulos, nos dan el aspecto *interno* guardado en Dios del reino y revela su cumplimiento al final de la edad a pesar de la rebelión humana y la Satánica oposición.

A 1-9 El <i>Sembrador</i> . La siembra en cuatro tipos de suelo.		
a Israel <i>no</i> entiende		Las cuatro primeras
B La <i>cizaña</i> . Buenos y malos juntos.		parábolas
Separados en la cosecha		\ relatadas <i>fuera de</i>
(al fin del siglo)		/ la casa para
El malo echado al horno de fuego		grandes multitudes
Allí serán el lloro y el crujir de dientes		
C 31, 32. El <i>Árbol de la Mostaza</i> . Un árbol.		
D La <i>Levadura</i> . Escondida en tres medidas	
D 44. El <i>Tesoro</i> . Escondido en un campo.		
C 45, 46. <i>Buenas Perlas</i> . Una perla.		
B 47-50. La <i>Red de pesca</i> . Buenos y malos juntos.		Las cuatro últimas
Separados al fin del siglo.		parábolas
El malo es echado		relatadas <i>en el interior de</i>
en el horno de fuego, y		la casa para
allí será el lloro...		los discípulos
a Los discípulos <i>entienden</i> .		
A 51, 52. El <i>Escriba</i> . El Tesoro abierto a los de la casa		

Otras parábolas nos dan más luz sobre diferentes aspectos del reino terrenal. El hombre noble que se va a un país lejano para recibir un reino y regresar. Los conciudadanos del noble muestran su odio diciendo “No queremos que este hombre rene sobre nosotros” (Lucas 19:14), y su clamor, “no tenemos otro rey, sino el Cesar” (Juan 19:15), fue una exacta predicción del repudio de Cristo llevado a cabo por Israel. Cuando regresa, el hombre noble (Cristo en Su Segunda Venida) recompensa a Sus siervos por sus obras durante Su ausencia. Pero ejecuta Sus juicios sobre los conciudadanos que le repudiaron en Su primera venida. Esto implica que Israel mantendrá su enemistad y ceguera hasta el fin del siglo y el tiempo de la Segunda Venida llegue para reinar en la tierra.

No se nos da ninguna pista en cuanto a la duración del intervalo existente entre las venidas del Señor, pero tampoco hay garantía alguna para tratarlo como una revelación del siglo veinte de la era actual, porque en la parábola el Señor regresa *en el tiempo de vida* de los mismos siervos a quienes les había encomendado el dinero. Los Hechos de los Apóstoles nos dan la llave para este problema.

Por Mateo 16:21 tenemos la segunda fecha en el Evangelio, y ahora por primera vez el Señor Jesús revela que Su repudio sería cierto y que acabaría en muerte:

“Desde entonces comenzó Jesús a declararle a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día” (Mat.16:21).

Esta fue realmente la primera vez que les declaró abiertamente Su muerte, y se comprueba por la reprensión de Pedro en el versículo siguiente. Los discípulos nunca habían concebido que el reino pudiese de esa manera fracasar, y además, después de todas las maravillosas enseñanzas y de los milagros producidos que le confirmaban como el Mesías. Él había demostrado la autoridad del Mesías en medio de la enfermedad sanando a los leprosos y a otros muchos que sufrían de fiebres y parálisis. Había demostrado Su autoridad en el medio demoníaco (Mat.8:16, 17); en el medio humano (8:18-22; 9:9); en el medio del pecado (9:1-8); en el medio de la muerte (9:18-26); en el medio de la ceguera (9:27-34).

Y sin embargo, a pesar de todo esto, Él revela que debe morir a manos de los líderes del pueblo. Pero hay algo que *debe antes suceder*. Él había dicho que *debía ir a Jerusalén* (Mat.16:21) no solamente para morir allí, sino antes de eso, para hacer Su presentación oficial como Rey de Israel, y así cumplir a la letra la profecía que Zacarías predijo algunos siglos atrás:

“Alégrate mucho, hija de Sion, ...*he aquí tu rey vendrá a ti*, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zac.9:9; Mat.21:1-5).

Como preparación para este acontecimiento, el Señor escoge un bando de setenta mensajeros que son enviados delante de Él para preparar la venida del rey:

“Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta a quienes envió de dos en dos delante de él, a toda ciudad y lugar adonde él había de ir (Lucas 10:1).

La misión de los Setenta fue más limitada que la de los Doce. Estos doce fueron enviados a todas “las ovejas perdidas de Israel” (Mat.10:6). Los Setenta fueron encargados de ir solamente por donde el Rey pasaría en Su último viaje a Jerusalén. Una vez más, tenían que anunciar la proximidad del reino tanto si lo recibían como si no, diciendo, “el reino de Dios *se ha acercado a vosotros*” (Lucas 10:9).

Una combinación de circunstancias resultó en una gran multitud del pueblo de Israel acudiendo a Jerusalén. Esto se evidencia en los registros de los cuatro evangelistas, pues cada uno de ellos registra este más importante evento en la historia del reino. Grandes multitudes le siguieron (Mat.19:2). Lucas dice que la multitud se apiñaba (11:29). “En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban” (12:1) y “Grandes multitudes iban con él” (14:25).

El levantamiento de Lázaro había también causado un gran revuelo. “Mucha gente había acudido para poder ver a Lázaro también, a quien Él había levantado de la muerte” (Juan 12:9). El hecho de que Lázaro estuviese vivo hacía imposible negar la realidad del milagro. Y además de todo esto, la fiesta anual de la Pascua estaba muy próxima, y un gran número de Judíos acudía a celebrarla en Jerusalén, tanto de las tierras alrededor como de los que estaban en la Dispersión habitando en el extranjero.

Así que Dios sabía de antemano que una gran e importante porción de la nación escogida estaría reunida en Jerusalén para asistir a la entrada real del Mesías en la ciudad capital como el Rey de Israel. Los actos de las personas demostraron que fueron conscientes de la ocasión: “Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino” (Mat.21:8) formando así una alfombra, un acto reservado solamente para aquellos que ocupaban el más alto rango (2ª Reyes 9:13). Además tomaron ramas de palmeras para recibirle (Juan 12:13), una demostración en el Oriente para dar la bienvenida a un rey o conquistador. Sus gritos de regocijo son registrados por cada uno de los evangelistas: “¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene en el nombre del Señor!” (Marcos 11:10). “¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas!” (Lucas 19:38). “¡Bendito es el Rey de Israel que viene en el nombre del Señor!” (Juan 12:13). Antes de este tiempo Él había pedido silencio a Sus seguidores concerniente a Su reclamo como Mesías. Ahora declara abiertamente que “si estos callaran, las piedras clamarían” (Lucas 19:40). La hora de la presentación oficial había llegado.

Así vino a suceder el más impresionante de los días en toda la historia de Israel, cuando el Señor apareció en triunfo a la capital de Jerusalén y se presentó a Sí propio como su Rey, cumpliendo literalmente la profecía de Zacarías. Él en ese momento afirmó Su Señorío limpiando el Templo por segunda vez, echando fuera a los que compraban y vendían en él. Así fue afirmada Su autoridad como Rey. A esto le siguieron más señales evidentes de sanidad, porque Mateo dice “Y vinieron a Él en el Templo ciegos y cojos, y los sanó” (21:14).

El punto crucial se alcanzó en Su sentido lamento sobre Jerusalén:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37).

“Cuántas veces *quise...y no quisiste*”. Aquí tenemos el problema de la divina soberanía combinada con la responsabilidad humana que es insoluble para nosotros los limitados humanos. Pero *ambas son verdad* y no antagónicas la una a la otra. Hay muchos credos que expresan una a expensas de la otra y que por tanto de tal modo solo obtienen la mitad de la verdad, y son desequilibrados a ese respecto.

Tanto si lo comprendemos como si no, *ambas son verdad*, y si somos prudentes, siempre mantendremos en mente esta cuestión. Nunca debemos pensar que Dios estuviese actuando de manera fingida en estas últimas y graves escenas de la historia de Israel en la vida terrenal del Señor. Chafer escribe lo siguiente:

“Esta primera oferta del reino había sido previamente tipificada en Kadesh-Barnea. Entonces, a esta misma nación, que ya había experimentado las amarguras del desierto, le fue dada una oportunidad para inmediatamente entrar en su tierra prometida. Y así, dándoles a decidir, fracasaron recusándose a entrar (debido a su incredulidad, Heb.3:19), y regresaron al desierto por cuarenta años más con otros juicios añadidos sobre sus cabezas. Bien podían haber entrado en el territorio en bendición. Dios sabía que no lo harían; sin embargo fue a través de su decisión que la bendición fuera pospuesta. Posteriormente fueron traídos al territorio de nuevo a seguir a sus

juicios y aflicciones en el desierto. Esta vez, sin embargo, se llevó a cabo sin referencia a su propia decisión” (*El Reino en Historia y Profecía. Pag.56*).

Así, de la misma forma, su incredulidad y repudio de Cristo resultó en la posposición del propósito terrenal del reino de Dios. A pesar de que el Señor Jesús derramase Su corazón sobre Su endurecido pueblo y su ciudad, Él dejó claro que este repudio no sería ni podría ser para siempre:

“Porque os digo que desde ahora no me veréis, *hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor*” (Mat.23:39).

Y la Palabra profética de Dios deja ver claramente que en la Segunda Venida del Señor, toda Israel verá con sus ojos a Aquel que traspasaron y lamentarán por fin convencidos de su pecado y se volverán a Aquel quien es su Salvador, Mesías y Rey. ¡Entonces llegará a ser una realidad el Reino Milenial!

CAPÍTULO SEIS

El Reino de Dios en los Hechos de los Apóstoles

Ahora vamos a considerar el reino de Dios tal y como se presenta en los Hechos de los Apóstoles, y aquí, tenemos una base o fundamento tan importante, que si erramos al interpretarlo y lo malentendemos nos oscurecerá todo el tema. Una correcta apreciación de este libro es absolutamente vital para que obtengamos una sana comprensión Escritural en cuanto a la elaboración de los propósitos del reino de Dios después de la crucifixión. Existen ocho referencias al reino en los Hechos (1:3, 6; 8:12; 14:22; 19:8; 20:25; 28:23, 31).

Es importante observar que el final del Evangelio de Lucas se sobrepone en su registro con el capítulo primero de los Hechos de los Apóstoles. En ambos contextos hallamos al Señor instruyendo a Sus discípulos en las Escrituras del Antiguo Testamento (Lucas 24:25-27, 44-47; Hechos 1:1-4). El tema se centraba sobre “el reino de Dios” (vers.3). ¡Cuán privilegiados fueron estos discípulos escuchando a la Palabra Viva exponer la Palabra escrita durante seis semanas! A pesar de ello, sería bien probable que algunos de ellos no comprendiesen bien lo que el Señor les dijo; pero ese no fue el caso, pues la declaración en Lucas 24:45 nos confirma que: “*Entonces, les abrió su entendimiento para que comprendiesen las Escrituras*”. Hacemos mención de este hecho porque somos conscientes de que, hay algunos, que no dudan en afirmar haber algunos errores de parte de los Apóstoles en los primeros capítulos del libro de Hechos. Aunque estos críticos no hayan vivido sino cerca de 2000 años después, y no hayan experimentado estas instrucciones personales del Señor Jesús, pareciera que conociesen mejor los hechos que estos privilegiados discípulos.

Resultante de lo que el Señor les había enseñado durante cuarenta días y el divino entendimiento que les dio, los discípulos le preguntaron:

“*Entonces, los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?* (Hechos 1:6).

La palabra “entonces” (“por tanto” en las vers. inglesas) indica que su cuestión sería la más lógica en cuanto a la enseñanza que el Señor les había proferido, y no debido a una inferior inteligencia de parte de los discípulos, y mucho menos a la incompetencia enseñando de parte de su divino Maestro. Debería ser obvio que el propósito del reino terrenal, y el lugar central suyo de Israel, todavía sería el sujeto dominante en la voluntad revelada de Dios. La palabra griega traducida “restaurar” significa devolver algo a su forma original o estado. Esto no indica nada nuevo, sino *volver a restaurar alguna cosa que ya existía anteriormente*, y no podría ser ninguna otra cosa sino el reino teocrático del Antiguo Testamento que hemos estado considerando, y la palabra “Israel” solo puede significar y referirse a la nación histórica, los descendientes literales de Abraham.

El Señor Jesús no tuvo intención de corregir a los discípulos por haber hecho una tal pregunta referente al reino, lo cual hubiera sido necesario si es que este reino hubiese pasado a ser

enteramente espiritual, sin conexión alguna con el pueblo terrenal. La única cosa que no pudo responderles fue del *elemento del tiempo*. Cuando ese reino viniese a ser restaurado se hallaba condicionado, igual que lo había sido al tiempo en el cual tanto Juan el Bautista como el Señor Jesús anunciaron que este reino estaba próximo. Israel fue entonces puesto a prueba. No podía ser de otra manera, a menos que pudiésemos descartar por completo la responsabilidad humana cuando la verdad divina se proclama, en cuyo caso no tendría sentido alguno la proclamación de la verdad. Israel estaba ahora, en la sabiduría de Dios, siendo puesto a prueba una vez más como veremos. Si se hubiese revelado el resultado de esta prueba, antes de haber sido aplicada, se habría cancelado la resultante responsabilidad. El Señor fue tan prudente revelando el hecho que aunque Su paciencia se mantuviese todavía para el pueblo de Israel, Él sabía que recusarían una vez más arrepentirse y volverse para Él. Como ya hemos referido, Dios no estaba fingiendo. Su misericordia y paciencia con este pueblo fue extraordinaria y real, como se puede claramente ver cuando estudiamos esta porción de la Palabra de Dios sin los obstáculos de la tradición limitando nuestros pensamientos.

Lo siguiente que encontramos en el registro se centra sobre la labor de los once relleno el vacío ocasionado por la apostasía de Judas. El número doce debía ser repuesto. Este punto puede ser bien entendido si sabemos que los propósitos del reino terrenal se hallaban vigentes todavía, pues en el tal reino el Señor había hecho la promesa de que, cuando fuese erguido, *doce* apóstoles se sentarían sobre *doce* tronos, para juzgar a las *doce* tribus de Israel (Mat.19:28). Observe que eran *doce* tronos y no once. ¿Quién estaba capacitado para ocupar una tal posición? La condición se declara en Hechos 1:21, 22:

“Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros *todo el tiempo* que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, *comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba*, uno sea hecho *testigo con nosotros*, de su resurrección.”

Esto concuerda con las palabras de Cristo en Juan 15:27:

“Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.”

La idea subyacente aquí es la capacidad de dar un testimonio personal por haber sido un testigo ocular de la vida y obras del Señor Jesús, desde el principio de Su público ministerio hasta la Resurrección.

Dos hombres cumplían estas condiciones, José, llamado Justo, y Matías (Hechos 1:23), y los apóstoles esperaron que el Señor les indicase cuál de estos hombres sería el escogido, y el lector debería observar que en el día de Pentecostés, el Espíritu Santo y Su divino poder *reposó sobre Matías de igual manera que sobre los once*, indicando que ninguna equivocación se había cometido sobre esta materia. Matías fue sin duda el escogido por Dios y el número 12 (el número de Israel) fue restaurado. Aquellos que dicen haber aquí un error apostólico están ciertamente acusando al Espíritu Santo de equivocarse invistiendo a la persona errada.

La restauración no haría sentido alguno si es que Israel hubiese sido repudiado en la Cruz, y si el reino terrenal, del cual Israel es el centro, hubiese sido puesto de parte por Dios.

El siguiente gran acontecimiento que sucede fue Pentecostés, y es vital que obtenga su lugar apropiado en el segundo capítulo de los Hechos. Son tantos los que juzgan que la iglesia *Gentil* tuvo aquí su comienzo, que debemos observar y darle una mayor atención a los hechos Escriturales. La Pascua era una de las fiestas de Jehová indicada en Levítico 23. Ya nos hemos referido a esta fiesta. Primero venía la Pascua (tipificando el Calvario) y los Panes sin Levadura (el nuevo andar cristiano, vers.5-8), después las Primicias (Resurrección 9-14), seguida por Pentecostés (Restauración 15-21).

Los acontecimientos registrados en Hechos 2 fueron el comienzo del cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento. Pedro afirma en la explicación de los acontecimientos de aquel día lo siguiente:

“Esto es lo que fue dicho por el profeta Joel” (2:16).

Si queremos entender el significado del día de Pentecostés seremos sabios por tanto si mantenemos en mente estas pistas divinas, y no ir más allá del ámbito de la profecía de Joel. Este libro, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos dará una mejor y más correcta interpretación de lo que esta fiesta significa en la elaboración del propósito de Dios, que todas las creencias tradicionales de los hombres. En él, la cita de Joel sucede en un asentamiento de la *restauración*. Y Dios dice:

“Os *restituiré* (a Israel) los años que comió la oruga” (Joel 2:25).

Los versículos 26 y 27 acaban con:

“...Y alabaréis el nombre de Jehová vuestro Dios, el cual hizo maravillas con vosotros...y conoceréis que **en medio de Israel estoy Yo**, y que Yo soy Jehová vuestro Dios, y no hay otro; y *Mi pueblo (Israel) nunca jamás será avergonzado.*”

Después, *inmediatamente a seguir*, vienen las palabras que el Apóstol Pedro cita en Hechos 2:16.

La profecía de Joel revela la *restauración* y la generosa bendición de Israel después del juicio por sus pecados y el castigo de Dios de sus opresores Gentiles. No admira que los discípulos preguntasen al Señor “¿*Restaurarás de nuevo el reino a Israel?*” (1:6). Las palabras de Joel se hallan divididas por las expresiones “derramaré” y “daré a ver” con siete puntos relativos a cada una:

Derramaré Mi Espíritu

- | | | |
|----------------------|--|----------------|
| (1) Sobre toda carne | | |
| (2) Hijos | | |
| (3) Hijas | | Siete puntos |
| (4) Ancianos | | comenzados |
| (5) Jóvenes | | en Pentecostés |
| (6) Siervos | | |
| (7) Siervas | | |

Daré (a ver) Prodigios

- | | |
|----------------------|------------------|
| (1) En el cielo | |
| (2) La tierra | |
| (3) Sangre | Siete puntos |
| (4) Fuego | en la Conclusión |
| (5) Columnas de humo | |
| (6) Sol | |
| (7) Luna | |

Hechos 2 registra el comienzo del derramamiento del Espíritu sobre Israel tal y como los profetas del Antiguo Testamento predijeron. Si ellos hubiesen respondido, la segunda serie de siete puntos afectando a la creación física habrían tenido su comienzo, y el Día del Señor habría culminado en la Segunda Venida de Cristo y el asentamiento del reino. Aquello que solamente se cumplió parcialmente en Pentecostés, tendrá lugar completamente al fin de este presente tiempo actual en intervalo, pues la Palabra de Dios no puede fracasar en ninguna de Sus particularidades (Mateo 24:29, 30).

Aquellos que fueron salvos en aquel tiempo formaron un primer núcleo del reino venidero – una “primicia” como Santiago lo expresa (Santiago 1:18). Y ahora llegamos al tercer capítulo de los Hechos, y no hay duda que este sea uno de los más vitales capítulos del Nuevo Testamento. Su importancia ha sido ignorada por tantos cristianos, que nos sentimos impresionados considerando que su testimonio pueda ser tan claro y transparente. Comienza con la sanación del hombre cojo a la puerta del Templo que se hallaba en esta condición desde su nacimiento. Según las palabras de Pedro, este hombre fue inmediata y totalmente sanado. Este fue un gran milagro hecho sobre una persona bien conocida, y aún mismo los gobernantes de Israel tuvieron que admitir que “una notable señal” había sido producida (Hechos 4:15, 16).

El resultado fue una gran reunión de una vasta audiencia, para ver aquel hombre que ahora andaba alabando a Dios a gran voz (Hechos 3:8-11 e Isaías 35:5, 6).

Pedro empleó esta oportunidad para hacer la importante declaración que se extiende hasta el final del capítulo. Y se dirigió a sus oídos como “*Varones Israelitas*” (3:12) y “*hermanos*” (vers.17). Su autoridad provenía del “Dios de Abraham, y de Isaac y de Jacob, *el Dios de nuestros padres*” (vers.13) y al cierre les recuerda que ellos eran “los hijos de los profetas, y del pacto *que Dios hizo con nuestros padres*”. Este era aquel único e incondicional pacto hecho con Abraham, Isaac y Jacob concerniente a la *simiente* y al *territorio*. Israel de hecho se hallaba igual de cojo que el hombre que tenían a su frente, cojo y tullido a través de su incredulidad y dureza de corazón. Pedro les dice efectivamente que lo que Dios había hecho por aquel hombre cojo, lo haría para ellos también, aun cuando habían asesinado a su Mesías, el Autor de la vida (vers.13-15). A pesar de este culminante pecado, ahora se extendía sobre ellos el manto de la misericordia y del perdón de Dios. El Salvador había anteriormente orado al Padre, diciendo, “perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34) y los Hechos contienen el registro de esta impresionante extensión de misericordia ofrecida por un Dios paciente y compasivo hacia Su pueblo terrenal, Israel.

El punto crucial de la declaración de Pedro se alcanza en el cap.3 vers.19. Vamos a exponerlo tal como se presenta en la Versión Autorizada y después en una Versión más actual, la Nueva Versión Estándar Americana:

“Arrepentíos, por tanto, y convertiros, para que vuestros pecados sean borrados, cuando llegue el tiempo del refrigerio proveniente de la presencia del Señor, y Él envíe a Jesucristo, lo cual fue predicado entre vosotros: A Quien los cielos deben recibir hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas que Dios había hablado por la boca de todos Sus santos profetas desde el comienzo del mundo. Porque Moisés verdaderamente les dijo a los padres: Un Profeta os levantará Dios de entre vuestros hermanos, como a mí; a Él oíd en todas las cosas que os diga. Y vendrá a suceder, que toda alma, que no escuche aquel Profeta, vendrá a ser destruido de entre el pueblo. Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, han igualmente profetizado de estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto hecho por Dios con nuestros padres, diciéndole a Abraham: Y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra. A vosotros Dios primeramente, habiendo levantado a Su Hijo Jesús, envió para bendeciros, para que cada uno de vosotros se vuelva de su iniquidad” (Hechos 3:19-26 A.V.).

“Arrepentíos por tanto y volveos, para que vuestros pecados puedan ser borrados, con el fin de los tiempos de refrigerio puedan venir de la presencia del Señor; y que *Él pueda enviar al Jesucristo designado para vosotros*, a Quien los cielos deben recibir hasta el periodo de la *restauración de todas las cosas, acerca de las cuales Dios habló por boca de Sus santos profetas desde los tiempos antiguos*. Moisés dijo, el Señor os levantará para vosotros un Profeta como a mí de entre vuestros hermanos; a Él debéis atender y tener en cuenta en cada pormenor que os comunique. Y sucederá que cada uno de los que no escuche aquel Profeta será efectivamente destruido de entre el pueblo. Y de igual manera, todos los profetas que han hablado, desde Samuel y sus sucesores en adelante, también anunciaron estos días. *Es a vosotros que sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con vuestros padres, diciéndole a Abraham: y en tu simiente todas las familias de la tierra serán bendecidas. Por vosotros primeramente, Dios levantó a Su Siervo, y lo envió a bendeciros para que cada uno de vosotros se vuelva de sus perversos caminos*” (Hechos 3:19-26 Nueva Versión Estándar Americana).

La importancia de estos versículos difícilmente puede ser resaltada como debe ser. La misericordia de Dios todavía no se ha apartado del pueblo de Israel, y por eso les ordena, a través de los labios de Pedro que se arrepientan, que muden su actitud mental y se vuelvan a Dios. Si así lo hiciesen, sus pecados serían completamente olvidados y borrados, aun cuando en verdad habían asesinado a Su Mesías y Rey, pero si se hubiesen arrepentido, entonces, habría sucedido lo que tan a menudo se ignora por los lectores y estudiantes de la Biblia, *Cristo hubiese sido enviado para ellos*. Esta fue una ofrenda extraordinaria con tremendas implicaciones envueltas. No era nada menos sino la posibilidad real e inmediata en aquel tiempo de la Segunda Venida de Cristo, y el reatar de nuevo los objetivos del reino terrenal que habían sido quebrados por el repudio y crucifixión de Aquel Quien era el Rey de Israel.

Inmediatamente a seguir a este tiempo de la *restauración* predicha de antemano tan plenamente por el Antiguo Testamento, hubiera *entonces* sido enviado Su rey. La cuestión de los discípulos “*restaurarás de nuevo el reino a Israel* en ese tiempo, vista a la luz de todo esto, tiene ahora su real punto y relevancia, y fue el resultado natural proveniente de los cuarenta días de instrucción

que habían recibido del levantado Salvador. Este “tiempo de restauración” que había sido el tema principal de todos los profetas del Antiguo Testamento no sería de otra cosa sino del gran reino mediador que hemos estado estudiando. Eran de hecho buenas nuevas para la pecadora Israel, y contenían resumiendo aquel “evangelio de la circuncisión” (Israel) referido en Gálatas 2:7, 8) que fue relacionado al apostolado de Pedro.

La palabra “convertíos” en Hechos 3:19 A.V. significa *volverse* y este fue el continuo mandato del Antiguo Testamento hecho a Israel para la restauración del divino favor o gracia cuando hubieron pecado y se habían alejado.

“Cuando estuvieres en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, *si en los postreros días te volvieres a Jehová tu Dios...* Él no se olvidará de ti (Deut.4:30, 31).

“Si los cielos se cerrasen y no hubiere lluvias, por haber pecado contra ti, si oraren a ti hacia este lugar, y confesaren tu nombre, y *se convirtieren de sus pecados*, cuando los afligieres, Tú los oirás en los cielos, y perdonarás el pecado de Tus siervos” (2ª Crón.6:26, 27).

“Acuérdate ahora de la palabra que diste a Moisés tu siervo, diciendo: Si vosotros pecareis, Yo os dispersaré por los pueblos; pero *si os volviereis a Mí...* aunque vuestra dispersión fuere hasta el extremo de los cielos, de allí os recogeré... (Nehem.1:8, 9).

“Se enojó Jehová en gran manera con vuestros padres... Así ha dicho Jehová de los ejércitos: *Volveos a Mí*, dice Jehová de los ejércitos, y *Yo me volveré a vosotros*, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac.1:2, 3).

En cada uno de los casos la traducción griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta) emplea la palabra de Pedro traducida “convertíos” para la palabra “volveos”, así que este mandato del Apóstol en Hechos 3 no era nada nuevo para Israel, sino que reforzaba lo que las sagradas Escrituras habían ya enfatizado repetidas veces en el pasado.

Pedro les recuerda a sus oyentes que, siendo como eran la raza escogida y el medio humano para propagar el reino, ellos eran los hijos de los profetas (Hechos 3:25) y añade:

“...y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: *En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.*

Una vez más regresamos a la llave del texto en Génesis 12 que es el germen del propuesto gran reino previsto por Dios, mostrando claramente que Su plan para la bendición de la humanidad a través de Israel todavía se hallaba vigente en Su entendimiento, si tan solamente Israel se arrepintiese y se volviese para Él. Todo esto se ignora o pasa desapercibido si se piensa que sea algo enteramente nuevo lo que se introduce en esta junción, combinado con la idea errada de que Israel ya había sido puesto de parte y desechado por Dios. Y si esto fuera cierto, entonces sería inexplicable por qué, el Judío, todavía se mantenía *primero* a través de todo el periodo de los Hechos y las primeras epístolas paulinas hasta su prisión.

Pedro acaba su discurso diciendo:

“A vosotros (Israel) *primeramente* Dios, habiendo levantado a Su Hijo, lo envió para que os bendijese” (Hechos 3:26).

El apóstol Pablo, en su discurso registrado en el cap.13 resalta la misma verdad, diciendo:

“A vosotros (Judíos) era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios” (Hechos 3:26).

¿Por qué iría a ser *necesario* a menos que Génesis 12:1-3 estuviese aún vigente? Como el registro de los Hechos nos muestra, Pablo *siempre* se dirigía primeramente a los Judíos (vea Hechos 14:1; 17:1, 10; 18:1-4, 19) y en Romanos asegura que el evangelio era para el *Judío primeramente*, así como el juicio de parte de Dios (Rom.1:16; 2:8, 9). El Señor se propuso que los miles de israelitas llamados “la Dispersión” viviendo *fuera de Palestina* escuchasen la oferta de misericordia así como aquellos *en el territorio* lo habían hecho bajo el ministerio terrenal de Cristo. Consecuentemente, a cada uno de los centros donde Pablo llevaba el evangelio en Asia Menor, primeramente se dirigía a la *sinagoga*, y este hábito se mantuvo cuando por fin llegó a Roma como prisionero (Hechos 28:17, 23).

Romanos fue la última de las epístolas que Pablo escribió durante el periodo de tiempo cubierto por los Hechos, y en Romanos 10:18 pregunta: “Pero digo, ¿no han oído (Israel)? *Antes bien...*”

Pero esto no hubiese sido cierto antes de que el ministerio de Pablo comenzase para aquellos Israelitas viviendo fuera del territorio. La *nación entera* se hallaba puesta ahora bajo la gran responsabilidad de establecer el reino con el retorno de Cristo, sobre su arrepentimiento, y el Señor, en Su infinita paciencia y conmiseración, aguardó la correcta respuesta de Israel a través de todo el periodo cubierto por los Hechos.

En los primeros capítulos de los Hechos, no era solo “al Judío primeramente”, sino al Judío *solo y exclusivamente* y solo a los Gentiles que se fuesen asociando con Israel como prosélitos (Hechos 2:10), es decir, conversos y simpatizantes con el Judaísmo. La idea popular de que, en el día de Pentecostés, Pedro predicó a los gentiles del mismo modo que a los israelitas y de que estaban incluidos en los 3000 salvos, es totalmente insostenible. A los paganos no se les permitía participar en las fiestas de Jehová, ni estos estaban interesados en participar con ellos excepto por mera curiosidad. Además, la actitud de Pedro hacia Cornelio y la actitud de la madre iglesia en Jerusalén descrita en Hechos 10 y 11 serían incomprensible, si es que los Gentiles hubiesen estado presentes. Fue necesaria *una especial visión proveniente de Dios* para inducir a Pedro que tratase con el Gentil Cornelio, y tampoco se puede atribuir a estrechez e intolerancia por parte de Pedro, pues sencillamente él solo estaba siendo obediente a los mandatos de Dios en cuanto a la separación de las naciones Gentiles circundantes, tal y como estaba expuesto en el Antiguo Testamento. Cuando el Apóstol subió a Jerusalén se nos dice que:

“...disputaban con él los que eran de la circuncisión, diciendo: ¿Por qué has entrado en casa *de hombres incircuncisos*, y *has comido con ellos*? Entonces comenzó Pedro a contarles por orden lo sucedido...” (Hechos 11:2-4).

Pedro tuvo que justificar sus actos delante de la asamblea y el registro continúa diciendo:

“Entonces, oídas estas cosas (en la iglesia de Jerusalén), callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡de manera que también *a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!*” (Hechos 11:18), lo cual hubiera sido enteramente incongruente si es que los Gentiles hubiesen sido contemplados y salvos antes de este punto. Además, tenemos la sorpresa con la cual se separaron los creyentes Judíos que acompañaron a Pedro registrada en el cap.10:

“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. *Y lo fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo.*” (Hechos 10:44, 45).

Posteriormente vamos a tratar con la importancia de la admisión de los Gentiles durante el periodo de los Hechos, y cuando lo hagamos, tendremos mucho cuidado dividiendo la Escritura y poniendo de lado las ideas populares que se han asociado con este tema fundamental.

No hay duda de que un Mesías crucificado representaba un grave problema para los Judíos, los cuales aguardaban un poderoso libertador del yugo impuesto por Roma. Pedro respondió a estas cuestiones en su primer discurso resaltando la resurrección del Señor Jesús, para demostrar Su identidad y Su derecho al trono de David. Esto ya había formado una parte importante del pacto incondicional hecho por Dios en los registros de la Escritura del Antiguo Testamento, con las cuales ya hemos tratado anteriormente. Que aquel Mesías, siendo como era, un verdadero descendiente de David, se sentaría sobre su histórico trono, Dios ya lo había mostrado con un juramento:

“En verdad juró Jehová a David, y no se retractará de ello: De tu descendencia pondré sobre tu trono” (Salmo 132:11), y esto fue lo que Pedro enfatizó en Hechos 2:29-31:

“Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David...siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, *levantaría al Cristo para que reinase sobre su trono*, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo...”

Esto provee otro seguro enlace con el reino Mesíánico del Antiguo Testamento.

La resurrección de Cristo en los Hechos resalta especialmente dos aspectos que son generalmente ignorados y pasados por alto: (1) La restauración del trono de David, como fue prometido por Dios con un juramento (Hechos 2:29-31) y (2) da la oportunidad del arrepentimiento (un cambio de corazón y pensamiento).

La respuesta de Pedro a las acusaciones del sumo sacerdote contra él y sus colaboradores se relata en Hechos 5:29-32:

“Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres *levantó a Jesús*, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con Su diestra por Príncipe y Salvador, para *dar*

arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.”

Son muchas las verdades que se levantan del supremamente importante hecho de que Cristo se levantara del sepulcro como el conquistador de la muerte, y que ahora viva para siempre para Su pueblo. Estas verdades se tratan generalmente en la literatura de Cristo, sin embargo los dos aspectos y efectos de la resurrección del Señor Jesús mencionados anteriormente son casi siempre ignorados o pasados por alto por la mayoría de los cristianos. *Sin embargo son absolutamente esenciales y necesarios para la correcta interpretación de los Hechos de los Apóstoles.* No se puede dejar de pensar, que presentan muchos problemas para algunas interpretaciones que son comúnmente consideradas como “ortodoxas”. El trono de David es un elemento vital del reino Mesíasico y el arrepentimiento de Israel es absolutamente crucial para su establecimiento, como el tercer capítulo ha demostrado, y si se hubiese realizado, habría sido seguido por Su Segunda Venida a la tierra y el asentamiento de aquel gran reino planeado por Dios.

Cuando se considera todo el contenido del remarcable capítulo, no podemos hacernos una idea de cómo las palabras podrían haber sido más claras y transparentes, acerca de esta divina oferta hecha de nuevo del Rey y de Su reino para la nación de Israel. Bien se puede objetar que la palabra “reino” no aparezca, pero la *realidad* suya se encuentra en la frase “**la restauración de todas las cosas que Dios había hablado por la boca de Sus profetas desde el comienzo del mundo**” (Hechos 3:19-22, 24).

Es importante notar que el Señor predijo especialmente esta oferta renovada en Su ministerio terrenal. En forma parabólica, un cierto rey hizo una fiesta de boda para su hijo (Mat.22:1-7). Dos invitaciones se envían para aquellos que fueron “convidados”. La primera describe el ministerio de Juan el Bautista y el Señor, y el resultado fue que “ellos no vinieron”. La segunda anunció que la fiesta estaba “preparada”, “los toros y los animales engordados ya habían sido muertos” y “todas las cosas estaban listas”. Este elemento sacrificial apunta claramente a la redención cumplida por la muerte del Señor en el Calvario y al ministerio que se siguió durante los Hechos. Una vez más se repudia el llamamiento seguido de violenta oposición. El remanente “tomando a Sus siervos, los afrentaron y los mataron” (vers.5 y 6). Esto ocurrió literalmente tal y como se registra en los Hechos con el encarcelamiento y muerte de los discípulos y sus asociados. Ya no hay más invitaciones posteriores, sino la venida de los juicios. El rey envía sus ejércitos, destruye a los asesinos e incendia su ciudad – una predicción de la terrible destrucción de Jerusalén en el año 70 de nuestra era.

En Lucas 13:6-9 tenemos la parábola de la higuera estéril. El pueblo de Israel se compara en la Escritura por lo menos a tres árboles, la higuera, el olivo, y la vid. Los tres años que el dueño vino procurando frutos de la higuera es una referencia especial a los tres años del ministerio público del Señor hacia Israel. En su abierta oposición y dureza de corazón fueron de hecho “estériles”, pero en vez de ser cortado al final de los tres años, al árbol se le da una nueva oportunidad:

“Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después” (vers.8 y 9).

La posterior oportunidad para producir fruto corresponde a la renovación de la oferta de la divina misericordia en los Hechos, pero no sucede sino al final del libro que el árbol es “cortado”, aunque no “desenraizado”, de otra manera Israel no podría tener lugar en el futuro propósito de Dios. Y Romanos 11 nos asegura que Aquel que cortó “las ramas” de Israel, puede volverlas a injertar, y llevará a cabo el injerto suyo de nuevo (vers.23, 24) a Su señalado tiempo, el cual sucederá en la Segunda Venida de Cristo, cuando el “Libertador venga sobre Sion y aparte la impiedad de Jacob (Israel)” porque “irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (es decir, sin mudanzas de pensamientos de Su parte, vers.29).

Así, por tanto, vemos que tanto figurativa como literalmente, el periodo de los Hechos es una posterior oportunidad para que Israel se arrepintiese y se volviera para Dios, y entonces su divino destino se habría cumplido trayendo en evidencia el reino mediante.

Los Evidentes Milagros de los Hechos

En el registro de Lucas de los Hechos tenemos 30 específicos milagros documentados, siendo que muchos de ellos sean tan espectaculares como los contenidos en los cuatro Evangelios. Y no solo eso, sino que además tenemos por lo menos nueve declaraciones concernientes a la prevalencia de milagros durante este periodo

“*Muchas maravillas y señales* eran hechas por los apóstoles” (2:43).

“Y por la mano de los apóstoles se hacían *muchas señales y prodigios* en el pueblo” (5:12).

“...sacaban a los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos...y *todos eran sanados*” (5:15, 16).

“Y Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía *grandes prodigios y señales* entre el pueblo” (6:8).

“Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y *viendo las señales que hacía*” (8:6).

“El cual (el Señor) daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos (Pablo y Bernabé) *señales y prodigios*” (14:3).

“Entonces toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuan *grandes señales y maravillas* había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles” (15:12).

“Y *hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo*; de tal manera que aún se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían” 19:11, 12).

Por fin, en la isla de Malta, también tenemos la sanidad efectuada del hombre con disentería y “también los otros que en la isla tenían enfermedades, venían y eran sanados” (28:9).

Es importante observar que estos milagros fueron tan evidentes al final del Libro de Hechos como al principio. Algunas veces se representa que los milagros se encuentran al principio del registro de Lucas y que luego súbitamente desaparecen. Eso no es lo que sucedió, sino que hacen parte integrante de la historia de todo el Libro y continúan hasta su conclusión. Entonces es cuando cesan según la Escritura. Después del periodo de los Hechos, Pablo tiene que dejar a Trófimo en Mileto enfermo (2ª Tim.4:20). También Epafrodito se hallaba desesperadamente enfermo, “enfermo de muerte”, pero el Apóstol no puede sanarle. Timoteo, en su física debilidad, se le aconseja a que “beba un poco de vino debido a sus constantes enfermedades” (1ª Tim.5:23) y este aviso proveniente de aquel mismo hombre que había realizado tan espectaculares sanidades ¡muy poco tiempo antes! Todos ellos fueron próximos amigos y valiosos colaboradores. Podemos estar seguros de que el Apóstol los hubiese sanado si es que todavía estuviese disponible la divina habilidad para realizar las señales, así como ellos propios las podrían haber ocasionado por sí mismos. Pero todo lo que pudo decir ahora es que Dios tuvo misericordia de ellos al sanarlos (Filip.2:25-27).

Pero los milagros de los Hechos no se limitaron a las sanidades. Incluían también la expulsión de demonios (5:16; 16:16-18); levantar a los muertos (9:36-42; 20:7-12); maravillas físicas (4:31; 8:39); liberaciones milagrosas (8:19-22; 16:26; inmunidad de los peligros comunes (27:23-26; 28:3-5); juicios inmediatos sobre los que se oponían (5:11; 13:11); ministración directa angelical (12:7-8, 23); y milagrosas visiones y comunicaciones (9:3-6; 10:9-16).

Los milagros efectuados por el Señor Jesús fueron Sus divinas credenciales. Pedro declara:

“Varones Israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de Él, como vosotros mismos sabéis” (Hechos 2:22).

No es que Cristo realizase milagros que probaban ser Él el Mesías – porque Satanás también puede operarlos, y al final de nuestra era, la Palabra de Dios nos avisa de que muchos serán engañados por el hombre de pecado: “inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, *con gran poder y señales y prodigios mentirosos*” (2ª Tes.2:8, 9 y vea Apoc.13:11, 13-15).

Los milagros de los Evangelios y de Hechos fueron aquellos mismos predichos por el Antiguo Testamento, como siendo característicos de la venida y el ministerio del Mesías (Isaías 35:5, 6). Fueron *señales*, es decir, sirvieron para indicarle a Israel Quien solamente poseía las marcas de las Escrituras del Antiguo Testamento (Rom.3:1, 2). Esto fue el cumplimiento de la promesa dada por el Señor en Marcos 16:17, 18:

“Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”*

*Si alguno tiene dificultades en aceptar el texto de estos últimos versículos del Evangelio de Marcos, les aconsejamos a leer los escritos de Burgon sobre ellos. Nosotros juzgamos que las dudas expresadas por los escolares se levantan por la ausencia de estas instantáneas y milagrosas sanidades después del año 70 de nuestra era, llevándolos a cuestionar su genuinidad “para aquel tiempo”.

Todos estas cosas fueron eventos de relevo e importancia del periodo de los Hechos. Hebreos 2:3, 4 nos lo confirma:

“...una salvación tan grande. La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue *confirmada por los que le oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según Su voluntad.*

Estas señales y maravillas fueron por tanto una confirmación para aquellos de Israel que creyeron (1ª Cor.1:6, 7), y un divino testimonio contra aquellos que no creyeron (1a Cor.14:21, 22). Entre tanto que el pueblo escogido existiese como nación en su relación de pacto hacia Dios, estos evidentes milagros persistieron, pero cuando Israel es puesto aparte en incredulidad al final del Libro de Hechos, cesaron por completo para la finalidad que tenían.

Pero observe que no estamos diciendo que los *milagros acabasen*. Pues el poder de Dios no ha menguado. Él todavía es capaz de sanar y de operar milagros en este periodo, pero solo si Él así lo determina, y no el creyente. Y en cualquier caso, no serán las evidencias del reino mediante de Dios en relación a la tierra.

Aquellos de los Evangelios y Hechos fueron milagros especiales, los cuales testificaban la verdad de este reino terrenal. Fueron casi todos *públicos y espectaculares* en su carácter. Al menos 20 de los Milagros en los Hechos fueron presenciados por testigos oculares, algunas veces por grandes multitudes, como en el día de Pentecostés. Algunos de esos milagros produjeron un santo “denuedo” y un pio “temor” entre los creyentes (Hechos 4:29-31). Algunos silenciaron a los más vehementes opositores, que no pudieron negar su autenticidad. Fueron forzados a admitir que, “señal manifiesta ha sido hecha por ellos, notoria a todos los que moran en Jerusalén, y no lo podemos negar” (4:15, 16).

No puede haber duda por la santa Escritura que fueron señales de una clase especial, y que se asociaban con la confirmación del reino terrenal, y que por tanto, a la conclusión del periodo de los Hechos, los grandes y públicos milagros llegaron a su fin. Sacarlos fuera de este divino asentamiento y contexto, como se hace tan a menudo hoy en día, puede ser peligroso, porque ese proceder le da a Satanás, el gran enemigo de Dios y los creyentes, la oportunidad de falsificar estos milagros y de engañar a los incautos. Esto es por lo que aún mismo durante los Hechos cuando daban su testimonio, Dios les dio junto con el don, el don del *discernimiento de espíritus* a los creyentes, el cual capacitaba, para que, infaliblemente, separasen la verdad del error. Por eso el aviso en 1ª Juan 4:1-3.

Algunos admiten la ausencia de tales Milagros en la edad presente, pero argumentan que eso se deba a la poca espiritualidad de los creyentes, y dicen que si hubiera un reavivamiento y un profundo compromiso hacia los asuntos de Dios, estos Milagros volverían a suceder una vez más. Esta es en gran escala la creencia y actitud predominante de los actuales movimientos Pentecostales. La respuesta para este gran sector está muy clara: Ya hubo grandes reavivamientos espirituales en el pasado y el asentamiento de líderes espirituales se ha sucedido, tales como Lutero, Calvino y otros, y sin embargo *no hubo correspondencia alguna del reavivamiento de los grandes y públicos milagros como los ocurridos en los Hechos.*

Ahora en esta era, tenemos el silencio de Dios (vea *El Silencio de Dios* por Sir Robert Anderson, publicado por Kregel en U.S.A), un silencio de abundante gracia. Además, al tiempo de estos milagros especiales también hubo dones Pentecostales tal y como se detalla en 1ª Cor.12 que ocurrieron. Y que estos dones no tuvieron al principio conexión alguna con la espiritualidad, está claramente evidenciado por el hecho de que la más carente de espiritualidad y carnal iglesia, la de Corinto, tuvo con ella una gran abundancia de estos dones Pentecostales!

Antes de acabar la consideración de los milagros que ocurrieron durante el periodo de los Hechos, será bueno que veamos el contraste entre el primer milagro realizado por Pedro y el de Pablo. Pedro comenzó *sanando a un Judío* tal como se detalla en Hechos 3:1-9, tipificando lo que Dios estaba preparado para hacer por Israel en la sanidad y restauración espiritual nacional si tan solamente se hubiesen arrepentido y vuelto hacia Él; mientras que el primer milagro de Pablo cegó a un Judío (Hechos 13:6-11) durante un cierto tiempo, una profética previsión de la ceguera espiritual que iría a caer sobre la nación en el último capítulo de los Hechos (28:25-28) por causa su consciente alejamiento del Señor. En el caso de Elimas, no fue permanente, sino por “algún tiempo” (13:11) y sabemos por Romanos 11 que la ceguera de Israel tampoco es permanente, sino hasta que “la plenitud de los Gentiles” haya sido incorporada (Rom.11:25), aunque su periodo de oscuridad haya sido hasta ahora tan largo, cerca de 2000 años hasta el día actual.

Antes de que todo esto sucediese, Pablo les avisó, en su primer discurso registrado:

“Mirad, pues, que no venga sobre vosotros lo que está dicho en los profetas: Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y desapareced; porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la contara” (Hechos 13:40, 41).

Al mismo tiempo les recuerda de la posición tan privilegiada que Dios les había concedido en Su plan de emplearlos para alcanzar a los Gentiles, de hecho, para ganar al mundo entero con el evangelio y el mensaje del reino. En este recuerdo Pablo les citó a Isaías 42:6 y 49:6:

“Pues así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz *de los Gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra*” (Hechos 13:47).

Este es un breve resumen conciso de la posición de Israel en cuanto al plan de Dios. En la última citación de Isaías, es difícil determinar si es que Cristo sea referido o Israel, sin embargo es verdad dicho de *ambos*, y en este versículo Pablo condena a los Judíos que se estaban oponiendo tan radicalmente. Es importante comprender que, durante los Hechos, la bendición de los Gentiles se obtenía *a través* de Israel, y que los creyentes Gentiles fueron asociados *con* Israel, pero nunca de ellos *por separado*: “Alegraos Gentiles *con Su Pueblo* (Israel)” (Rom.15:10). “...los Gentiles han sido hechos participantes de sus (de Israel) bienes espirituales (Rom.15:27).

A medida que avanzamos con nuestro estudio, una asociación posterior entre el libro de los Hechos y el Antiguo Testamento se descubre por el hecho de haber por lo menos veinte citaciones del Antiguo Testamento, en los Hechos, tanto en el cumplimiento de lo que entonces estaba ocurriendo, como proféticos de lo que iría a suceder en el futuro. Los capítulos iniciales por tanto de este libro no son el comienzo de un propósito enteramente nuevo, como generalmente se enseña, sino una continuación de aquello que había ya sido revelado acerca del

plan divino del reino en el Antiguo Testamento y declarado estar “cercano” o “a la mano” en el ministerio del Señor Jesús para Israel. La historia de los Hechos continúa posteriormente aquello que el Señor *comenzó* a realizar y a enseñar (Hebreos 2:3) con respecto a este reino. Israel y la esperanza de Israel, tal y como se describe en el tercer capítulo, domina el libro de los Hechos. Es una lástima que haya expositores de esta más que importante porción del Nuevo Testamento que cierran sus ojos y que procuren minimizar o dejar de lado la posición que en todo el Libro ocupa Israel. Así procediendo, se perdieron una llave divina para su interpretación, y no admira nada que se sumergieran en contradicciones con las epístolas escritas durante este periodo y las posteriores.

El hecho que permanece es que la fabulosa oferta del perdón y el envío de nuevo del Mesías registrado en el cap.3 se indican en todas las epístolas escritas durante el periodo de los Hechos. Debería estar claro que la doctrina de las epístolas escritas en ese tiempo debe ir mano a mano con la doctrina de los Hechos, y cualquier interpretación que no armonice con este principio debe ser sospechosa.

Una vez que la Segunda Venida de Cristo era una garantizada posibilidad durante los Hechos (y debe haberlo sido si es que el tercer capítulo sea verdad, porque Dios no es un hipócrita ni juega con Sus promesas), las epístolas escritas durante este periodo entonces deben reflejar esta misma enseñanza. En 1ª Tesal.1:9, 10 se nos dice que los santos tesalonicenses estaban “*esperando* por Su Hijo proveniente del cielo” y Pablo no duda en incluirse a sí propio entre los que estén “*vivos y permanezcan* hasta la venida del Señor” (1ª Tes.4:15-17).

La segunda epístola fue escrita a los mismos cristianos para corregir la falsa impresión concerniente a Su segunda venida, pero sigue describiendo “su reunión junto con Él” (2ª Tes.2:1), un tiempo en el cual se daría por fin el “reposo” de sus incisivas tribulaciones y pruebas, y no en la muerte, sino en la revelación de Cristo proveniente del cielo (1:7).

¿Cómo sería posible que alguien juzgase estas palabras como si fuesen referentes a una todavía futura y distante segunda venida? ¿Cómo podría ser que fuese un acontecimiento que no tendría lugar en los más de 1900 años posteriores, liberarlos de sus actuales y severas pruebas y sufrimientos actuales? Pero si esta venida era entonces inminente y una realidad cercana posible de cumplirse, entonces esta promesa tenía un verdadero significado y les daría una real esperanza para soportar las tribulaciones.

Cuando llegamos a 1ª Corintios leemos en 1:6, 7 “...de tal manera que nada os falta en ningún don, *esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*”, y en 7:29 “...*el tiempo es corto*: resta, pues, que los que tienen esposa, sean como si no la tuvieran”. ¿Por qué? Pues porque “*Maran-atha*”, el Señor viene” (1ª Cor.16:22), y sin embargo después de los Hechos, el Apóstol aconseja a las viudas que se casen (1ª Tim.5:14). A los creyentes Romanos Pablo les escribió, “el Dios de paz *aplastará en breve a Satanás debajo de vuestros pies*” (16:20), “la noche está avanzada, y *se acerca el día* (el día está a la mano, en las versiones inglesas) (13:12). En Hebreos 10:37 leemos “porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y *no tardará*”. Y una vez más en 1ª Cor.10:11 Pablo escribe “Y estas cosas...están escritas para amonestarnos a nosotros, a *quienes han alcanzado los fines de los siglos.*”

A estas referencias debemos añadirles el testimonio de Pedro, Santiago y Juan. Pedro declara que *el fin de todas las cosas se acerca* (1ª Pedro 4:7). Santiago asegura que *“la venida del Señor se acerca...el juez está delante de la puerta* (Sant.5:7-9). Juan, en su primera epístola afirma que *“ya es el último tiempo (literalmente la última hora)...así ahora han salido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo”* (1ª Juan 2:18).

Con todas estas referencias de Escritura, no deberían haber dudas en la mente de aquellos que creían la Palabra de Dios de que la promesa del retorno de Cristo en Hechos 3 de traer en evidencia el reino, que *todos los profetas* habían predicho de antemano, era una gloriosa realidad, y que fue mantenida tenazmente por aquellos que estaban siendo salvos por la gracia en ese tiempo.

La única alternativa pareciera ser que Cristo no regresó debido a la indiferencia y falta de preparación de los creyentes, o entonces que estaban todos equivocados y que no fuesen sino vanas suposiciones de su parte. La primera no es verdad, una vez que no tiene base Escritural posible, y la alternativa última es exactamente la opinión de los expositores actuales que no dudan en decir con eso que Cristo también cometió un error con respecto a Su Segunda Venida.

La Tenaz Oposición de Israel en los Hechos

En este respecto encontramos que la actitud de Israel, tal y como se registra en los Hechos, sigue el mismo modelo que en los Evangelios. En vez de regocijarse con gratitud por la ofrenda misericordiosa de Dios y el perdón de su gran pecado, asesinando a su Rey Mesías, y la promesa de Su retorno si se arrepintiesen, Israel y sus líderes endurecieron sus corazones todavía más, y comenzaron la salvaje persecución de los creyentes predicha por el Señor. Esteban es apedreado hasta la muerte. Pedro es encarcelado, Jacobo es ejecutado. Pablo es igualmente hecho prisionero en más de una ocasión y también apedreado y dejado muerto (Hechos 14:19, 20). Su larga lista de sufrimientos registrada en 2ª Corintios 11 nos trae a la mente el tremendo coste de los fieles en ese tiempo. La oposición al ministerio del Apóstol proviene insistentemente de Israel, y no de los Gentiles. De hecho, al principio, es Roma la que protege a Pablo. No admira por tanto el veredicto que el Señor hizo sobre la nación expresado en Romanos 10:21:

“Pero acerca de Israel dice: Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor”.

Aquellas amorosas manos se extendieron hacia el perdón y a la bendición de esta escogida nación, pero no obtuvieron nada. Antes bien perseveraron en su tenaz oposición hacia el Señor y a Sus ministros, alejándose más y más de Él y cayendo más profundamente en la tiniebla del repudio.

Como hemos visto, Pablo fue enviado, y se dirigió *al Judío primeramente*, afirmando que era *necesario hacerlo así* (Hechos 13:46), necesario, debido a la central posición de Israel en los propósitos de Dios para el asentamiento de Su reino terrenal. Y esta actitud se mantiene hasta el final del libro del mismo modo que aparece al principio en sus capítulos iniciales. Es por tanto

del todo incorrecto ubicar la actual puesta de lado de Israel en incredulidad en cualquier punto anterior a Hechos 28.

La verdad es que Pablo solo se volvió *localmente* de los Judíos, cuando estos hicieron evidente que se oponían violentamente a su ministerio (vea Hechos 13:45-48; 18:5, 6) y que entonces apeló a los Gentiles está claro por el registro, pero fue solamente un apartarse *local*, porque posteriormente se nos dice que el Apóstol, cada vez que se dirigía un nuevo destino, permanecía yendo primeramente a la sinagoga del lugar para testificarles una vez más (Hechos 14:1, 18, 19 etc.). En el capítulo 20 tenemos un resumen hecho por Lucas del discurso de Pablo ante los ancianos de la iglesia de Éfeso, y es de suma importancia debido a la aclaración que nos aporta de su ministerio hasta este punto de tiempo. Pablo les dice:

“Y como *nada que fuese útil he rehuído de anunciaros*...por tanto, yo protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos, *porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios* (Hechos 20:20-27).

Aquí tenemos las marcas de su fiel ministerio. Del verdadero Cristo que le había sido revelado y encomendado dar a conocer, Pablo no rehusó *nada*; había dado a conocer todas las cosas. ¡Quisiera Dios que todos los siervos del Señor pudieran decir lo mismo!

Pero las implicaciones de estas declaraciones son generalmente ignoradas y pasadas por alto. Durante el periodo de tiempo cubierto por los Hechos, Pablo escribió siete epístolas, si incluimos Hebreos (aunque esta no sea popular entre los escolares actuales). Son estas, en su orden: Gálatas, 1ª y 2ª Tesalonicenses, 1ª y 2ª Corintios, Hebreos y Romanos. Posteriores a los Hechos tenemos otras siete más, cinco de las cuales escritas en prisión, y están marcadas con un asterisco: *Efesios, *Colosenses, *Filemón, *Filipenses, 1ª Timoteo, Tito, y *2ª Timoteo. Insistimos en que, las siete epístolas escritas durante el periodo de los Hechos deben reflejar las condiciones y la doctrina de los Hechos. No puede haber una dicotomía aquí, enseñando los Hechos una cosa y estas epístolas de este periodo enseñando otra distinta en contradicción.

Si Pablo había dado a conocer todas las cosas y no retuvo consigo nada de toda la doctrina que Cristo le había hasta entonces revelado, entonces la posterior enseñanza concerniente al Cuerpo de Cristo dada en Efesios y Colosenses debió solo revelarla después. Y por eso en las epístolas posteriores esta revelación se adjunta con un *secreto (o misterio)*, que Dios tenía consigo guardado, y que era desconocido, hasta que Él lo dio a conocer a través del prisionero Pablo (Efesios 3:1-11; Col.1:1:24-28). Además, esta otra iglesia que ahora así aparece no es una *evolución* de la de los Hechos, sino *una nueva creación* (Efesios 2:13-16) y esta nueva creación es denominada *un nuevo hombre*. En ninguna otra parte de sus epístolas escritas en el periodo de los Hechos utiliza Pablo la palabra *misterio* o secreto, concerniente al llamamiento y constitución de la iglesia Pentecostal, ni tampoco había nunca antes revelado la *Cabeza* de Cristo para Su Cuerpo que es vital para su relación con Él, y por eso solo se señala y resalta de manera tan enfáticamente, solo en Efesios y Colosenses.

Si este importantísimo asunto le hubiese sido revelado en las más tempranas epístolas, habría sin duda alguna hecho parte de su comisión enseñándolo durante los Hechos, de otra manera el reclamo que hace de no haberles rehusado dar a conocer **todo lo concerniente** con aquella

iglesia, no haría sentido alguno y sería falso. Si tan solo retenemos lo que esté escrito, estaremos a salvo de confusiones. El Apóstol Pablo en Romanos 11 describe aquella iglesia como el fiel remanente Judío – el “remanente de acuerdo a la elección de gracia” (vers.5). a la cual estaban siendo añadidos creyentes Gentiles. Cuando el apóstol Pedro citó Joel 2:28-32 lo hizo en un contexto de la restauración de Israel y el último versículo dice así:

“Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, *y entre el remanente al cual Él habrá llamado*” (Joel 2:32).

Ahora bien, el fiel remanente Judío se asociaba, indisolublemente, con el reino Mesiánico y el retorno de Cristo para asentarlo, y esto se halla por tanto en completo acuerdo con la tendencia del propósito de Dios establecido a través de los Hechos.

Vayamos al discurso de Pablo delante del rey Agripa registrado en Hechos 26. En este discurso Pablo ofrece un claro testimonio en cuanto a los contenidos de su ministerio hasta ese punto de tiempo. Y dice así:

“Y ahora, *por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres soy llamado a juicio; promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus*, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche” (vers.6 y 7).

Tenemos varios puntos importantes aquí. Su esperanza, declara él, estaba asociada con los patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob. No puede haber duda alguna a lo que esto se refiere. Anteriormente en este estudio hemos demostrado que Dios hizo promesas incondicionales a estos padres concernientes a una eterna *posteridad* (una simiente), así como una larga porción de *territorio* por hogar de ellos en el Medio Oriente, de la cual Palestina es solamente una porción. Por esas promesas, él dice que las *doce tribus estaban aguardando*. Observe que son *doce y no diez* como algunos quisieran que creyésemos. Una vez más se nos recuerda el hecho de que Israel no haya sido puesto de parte por Dios, sino solo al final del libro de Hechos. En Romanos, la última de las epístolas que escribió en este periodo, él declara que Dios no había desechado a Su pueblo, al cual antes conoció (Romanos 11:1, 2). Cualquiera puede deducir que esta idea asienta todo el asunto de vez, para todo aquel que crea y quiera firmemente asentar su doctrina sobre la Palabra de Dios. Pero no es así, porque se dice y enseña que Israel fue desechado al tiempo de la crucifixión, o a la muerte de Esteban, o en Hechos 13, o en cualquier otro momento; sin embargo la Escritura inspirada, con toda claridad y transparencia, nos dice que ocurrió en Hechos 28. Y no solo eso, sino que en los versículos 22 y 23 de Hechos 26 se nos dice: “Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero *hasta el día de hoy*, dando testimonio a pequeños y a grandes, *no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder*: Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz a los Judíos y a los Gentiles”.

Esta declaración es muy valiosa, pues nos demuestra que el Apóstol estaba dando su testimonio en las bases del Antiguo Testamento. Siendo así, él hasta esta altura no podría haber declarado el misterio, el gran Secreto concerniente al Cuerpo de Cristo, por la sencilla razón de que no se

hallaba revelado en el Antiguo Testamento, sino que en aquel tiempo todavía permanecía “escondido en Dios” (Efesios 3:9).

Cuando llegamos al capítulo 28, nos encontramos con la segunda grande crisis para Israel. La primera había tenido lugar cuando Cristo se presentó a Sí mismo públicamente como Mesías y Rey de Israel (Mat.21). Esta posterior sucedió al tiempo cuando pudo llegar a decirse con verdad que la Dispersión (los israelitas viviendo fuera del territorio de Palestina) hubo escuchado el evangelio y la gran oferta renovada del reino, del mismo modo que aquellos Judíos viviendo en el territorio. Y ahora ellos tenían que decidirse por una vía o por otra, si se arrepentirían y se volverían para el Señor, pero su actitud durante todo el periodo dejó bien claro la vía que irían a tomar.

Pablo ejerció su derecho como ciudadano romano para apelar al Cesar, para que en la providencial gobernación de Dios, llegase a Roma como prisionero. Él nos dice en su epístola a los Romanos que había planeado muchas veces visitar Roma y encontrarse con los creyentes allí, pero que había sido prevenido de hacerlo (Rom.1:13). Difícilmente se habría imaginado que esta visita sucediese siendo un prisionero, y no como un hombre libre, aunque él sabía y se reconocía en el hecho de que era el “prisionero de Cristo Jesús” (Efes.3:1). Ciertamente no se consideraba a sí propio meramente como un prisionero de Nerón. Antes de llegar a Roma, su barco naufragó en Malta, y en aquel lugar siguió ejercitando su divino don de sanidades, evidentemente en varias ocasiones, puesto que no solo curó al padre de Publio de disentería, sino a todos los demás en la isla que tenían enfermedades (Hechos 28:8, 9). Y no solo eso, sino que habiendo sido mordido por una serpiente venenosa, no llegó a sentir sus maléficos efectos, así que la promesa del Señor en Marcos 16:17, 18 todavía se hallaba vigente y en operación.

Así que llegó a Roma, como tenía por hábito, se juntó con los principales Judíos para exponerles el motivo de sus actos. Se debía, nos dice, “por la *esperanza de Israel*” que él se hallase encadenado (vers.20). Ahora bien, la esperanza de Israel *no es idéntica* con la esperanza del Cuerpo de Cristo, aunque haya muchos a los cuales les gustaría que fuese para abolir el gran problema que se les presenta con la presencia de la nación escogida tan tardíamente en los Hechos. Estos aseguran que “la esperanza de Israel” significa Cristo personalmente. Claro que en cierta medida tienen algo de verdad en esta confesión, porque el Señor Jesús es la esperanza de *todo aquel* que cree de entre Su gente, tanto terrenal como celestial. Pero si este fuese el caso, ¿por qué entonces no lo refirió Pablo así? Nadie exaltó tanto al Señor Jesús como Pablo y no hay razón alguna de por qué no les recordase a los Judíos que el propio Cristo era su esperanza si fuese eso lo que quería resaltar. Lo que resulta fatal para esta idea es que *Pablo ya había anteriormente descrito la esperanza de Israel en Hechos 26:6, 7* que hemos considerado encima, que *es el cumplimiento de las promesas de Dios hechas a los patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob* concerniente a la *semilla* y al *territorio*. Cualquiera que ignore este punto, se recusa frontalmente a ver los hechos Escriturales tan claramente expuestos.

Pablo vuelve posteriormente a describir esta esperanza en Romanos 15 citando a Isaías 11:

“...dice Isaías: Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en él. Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer...” (vers.12 y 13).

Ahora bien, Isaías 11 es un gran capítulo hablando del Milenio y describe la justicia del gobierno y del reinado del Señor Jesús sobre las naciones Gentiles y la reunificación de Israel en el territorio ofrecido a Abraham y a su simiente. Esto se apropia plenamente con el contexto y el divino propósito descrito en los Hechos concerniente al reino mediante del Antiguo Testamento y *no es apropiado* ni con el llamamiento o la esperanza y destino del pueblo celestial, el Cuerpo de Cristo tal y como se revela en Efesios y Colosenses “entronado en los lugares celestiales en Cristo Jesús” (Efesios 2:6) y que es “bendito con todas las bendiciones espirituales” ALLÍ. Porque de estos los miembros de esta compañía se urge a que pongan sus ojos *allí* y *no* en las cosas obre la tierra (Col.3:2).

La siguiente cosa que leemos es que Pablo agendó otro encuentro con los líderes Judíos en su aposento (28:23). Muchos se acercaron y pasó el día entero “exponiéndoles y testificando acerca del *reino de Dios*, persuadiéndoles concerniente tanto de *la ley de Moisés* como de *los profetas* desde la mañana hasta por la noche” (vers.23). Esto no se podía haber referido al Cuerpo de Cristo. Puesto que *no era* el sujeto de la ley del Antiguo Testamento y los profetas, esta otra compañía había siempre estado escondida en Dios en todo aquel tiempo, perteneciendo así a los *secretos* propósitos de Dios (Efesios 3:3, 9). Lo que les relató obviamente fue acerca de las cosas que pertenecían al reino, del cual, Israel era su centro humano y el tema de *todos* los profetas (Hechos 3:19-26).

El resultado de su larga exposición fue completamente inconclusivo. Si bien es cierto que “algunos creyeron” (vers.24), en su gran mayoría no hubo consenso ni acuerdo entre ellos, y esto solo confirmaba el hecho de que tanto dentro como fuera de la nación de Palestina, la actitud había sido la misma, una dureza de corazón y enemistad contra el Mesías, y entre tanto que persistiese, la realización de la fase terrenal del reino de Dios se hizo imposible en su concreción.

Es bastante evidente que el Apóstol Pablo realizó aquí los propósitos del Señor, porque cita las palabras de Isaías 6:9, 10 por tercera y última vez en el Nuevo Testamento *como palabras del Espíritu Santo* a sus padres, y ahora también para ellos (25-27). Cada vez que se citan estos versículos se citan en un tiempo de crisis en la historia de Israel. En el Antiguo Testamento, donde aparecen por primera vez, el tiempo fue de rebelión de parte de Israel, llevándolos inexorablemente al juicio de la cautividad en Babilonia y a la dispersión. La primera vez que se cita en el Nuevo Testamento fue pronunciada por el Señor Jesús en Mateo 13:13-15 después de dejar claro que había sido repudiado como Profeta, Sacerdote y Rey (Mat.11 y 12). Él dirigió Sus solemnes contenidos señalados a los líderes de la nación, y les dijo que por su actitud de enemistad y repudio hacia Su persona estaban cumpliendo la profecía de Isaías 6: en su ceguera espiritual, sordera y dureza de corazón.

La segunda vez que se cita también aparece en la crisis cuando, después de Su triunfal entrada en Jerusalén como su Rey, el líder de la nación de nuevo le repudia. De hecho ya estaban preparados para asesinarle (Juan 11:53; 12:12-16, 37-41). La tercera citación y final crisis tiene lugar como estamos viendo al final de los Hechos, cuando junto con el registro de los evangelios, los Judíos, tanto en el interior como fuera de Palestina, dejan ver claramente su tenaz oposición y repudio de la renovada oferta que Dios les hizo de la realización del reino a través del envío y retorno de Cristo, siendo que esa oferta estaba condicionada sobre su arrepentimiento y vuelta para Dios.

Fue justo en este punto que Israel cayó en su tiniebla y ceguera, la cual ha persistido hasta el tiempo presente. Algunos individuos Judíos han venido a ser salvos y a obtener un conocimiento de Cristo, pero la nación todavía sigue repudiando a Cristo tal como lo hicieron en los días del Nuevo Testamento. Como dice Isaías, han cerrado sus ojos deliberadamente, tapado sus oídos y endurecido sus corazones contra Él, y tampoco van a mudar de actitud hasta que vean el retorno de Cristo en gran poder y gloria, cuando vean Aquel que traspasaron y por fin se convenzan de su terrible pecado crucificándole, y entonces se volverán a Él y creerán (Zac.12:9-14). Entonces tendrá lugar nada menos la gloria del Segundo Adviento del Señor al Monte de los Olivos, para quebrar el estupefacto corazón de Israel y para efectuar el Nuevo Pacto de gracia que hizo Dios entre Él propio y ellos, tratando expresamente con el corazón y mente (Jer.31:31-37).

Su actual endurecida condición es la misma *negación* del Nuevo Pacto, con lo cual se nos muestra que no se halla en operación hoy en día. Es un error imaginarse que la salvación por gracia solamente pueda ejercitarse bajo el Nuevo Pacto. La misericordia de Dios y Su abundante gracia puede derramarse a los pecadores hoy en día, sin tener en cuenta las condiciones del pacto. No puede haber dudas de que, por una cuidadosa y honesta consideración de las Escrituras, Hechos 28 es el punto donde el Señor deja de parte a Israel en incredulidad, y no en Hechos 2 o Hechos 13. Es aquí donde pasan a ser en las palabras de Oseas, *lo-ammi, no es* Mi pueblo. Ellos son el centro de la revelación, humanamente hablando, desde Génesis 12 hasta el último de los capítulos de los Hechos, y el gran sujeto por el cual pasa toda la fase del reino terrenal de Dios.

Antes de seguir adelante, es necesario considerar el significado Escritural de la palabra “iglesia”. Existen tantas y tan variadas ideas concernientes a esta palabra que nuestra examinación suya por la Escritura se hace esencial. En la Palabra de Dios se emplea por lo menos de seis diferentes maneras:

- (1) Antes de nada se emplea de Israel como una nación. Esteban los denomina la “iglesia en el desierto” (Hechos 7:38). Hablaremos más acerca de esto posteriormente.
- (2) La sinagoga Judía: “Si no los oyere a ellos, dilo a la Iglesia” (Mat.18:17). (Observe que a palabra “congregación” en Santiago 2:2 no es *ekklesia*, la iglesia, sino *sunagogue* y la frase debería haber sido traducida “porque si en vuestra sinagoga entra un hombre...”).
- (3) El gremio de los artesanos Efesios mencionados en Hechos 19:39, 41, “una legítima *asamblea*”.
- (4) Separadas asambleas en diferentes localidades: “La iglesia de Dios que está en Corinto” (1ª Cor.1:2). “Las iglesias de Dios” (1ª Cor.11:16; 1ª Tes.2:14). “Las Iglesias de Cristo” (Rom.16:16).
- (5) La “iglesia del primogénito” (Heb.12:23).
- (6) “La iglesia, que es Su Cuerpo” (Efes.1:22, 23).

Debe así estar claro por estos usos que se debe tener cuidado con esta palabra. Algunas veces nos encontramos con “una iglesia única” en la literatura religiosa, pero esto no sucede en la Biblia. Hay un Cuerpo único, pero ese es un asunto diferente. Lo que llega a ser sorprendente para muchos cristianos es que la palabra “iglesia” se utilice respecto a Israel como una nación. La palabra original significa “una compañía de gente llamada con algún propósito”, cristiano o

seculares. Claro está que Israel fue una nación “llamada” por Dios y separada por Él de todas las demás naciones para el propósito del reino que Él tenía en mente. Fueron por tanto una iglesia en el sentido Escritural.

Considerando la palabra “iglesia”, tal y como se relaciona al pueblo de Israel, nos deberíamos dar cuenta de que esta palabra, tal como se aplica para ellos propios, era un hecho bien conocido para los Judíos. La traducción griega del Antiguo Testamento, *la Septuaginta*, estaba en común acuerdo en la era del Nuevo Testamento y empleada libremente por el Señor y los Apóstoles, y la palabra iglesia (*ekklesia*) aparece 96 veces. Generalmente es la traducción de la hebrea *qahal*, traducida “congregación” en la A.V y se empleaba hablando de otras cuatro palabras hebreas.

Vamos a dar algunos ejemplos del empleo en la Septuaginta:

“Y Salomón permaneció en pie delante del altar del Señor en la presencia de toda la *iglesia de Israel*.”

“Y en aquel tiempo Salomón celebró un banquete, y todo Israel con él, *una gran iglesia...*” (1ª Reyes 8:22, 65).

“Y David dijo a toda la *iglesia de Israel...*” (1ª Crón.13:2).

“Así que Salomón, y toda la *iglesia* con él, subieron al lugar alto que estaba en Gibeón...” (2ª Crón.1:3).

“Por tanto, no habrá quien a suerte reparta heredades en la *iglesia de Jehová*” (Miqueas 2:5).

Es interesante notar que Hebreos 2:12 cite la versión Septuaginta del Salmo 22:22. El Salmo dice así:

“Declararé Tu Nombre a Mis hermanos; en medio de la *congregación* te alabaré”

Así que es una equivocación limitar la palabra “iglesia” al Cuerpo de Cristo como a menudo se hace. En el sentido *Escritural* existen más de una iglesia en la Biblia, aunque sea cierto que solo haya *un solo Cuerpo*: y que esa expresión contenga precisamente la iglesia ministrada por el Apóstol Pablo (Colos.1:23:25).

El empleo y uso de la palabra “iglesia” en el Antiguo Testamento debe surgirnos en la mente cuando consideramos Mateo 16:18 y la declaración del Señor “tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré Mi iglesia...”. La única iglesia que Pedro podría haber entendido por estas palabras tenía que haber sido su propia nación, y si el Señor hubiese querido decir la iglesia que solo fue revelada posteriormente en Efesios y Colosenses, entonces con toda certeza hubiese sido necesario que le diese alguna explicación y corrección, sin embargo no fue lo que sucedió.

La nación de Israel fue una iglesia en el sentido Bíblico de la palabra, una compañía de personas llamadas aparte con un propósito especial, y por eso es que Esteban la denominó como “la iglesia en el desierto” (Hechos 7:38). Esta nación y especialmente la generación a la que el Señor fue enviado en la carne, fue juzgada repetidas veces como siendo “perversa y adúltera” por Él propio. Pero siempre hubo en su seno un *fiel remanente* justo a través de su historia y hubo además en el tiempo de vida del Señor y en el periodo de los Hechos que siguió después. El Señor estuvo edificando otra iglesia de Israel y *este es el argumento en Romanos 11* cuando dice:

¿ha desechado Dios a Su pueblo? El Apóstol pregunta, y la respuesta es un definitivo ¡No!, Dios no había desechado a Su pueblo (Israel) (vers.2). Y pasa luego a referir su pasada historia en fracasos constantes. Aun mismo en el tenebroso periodo de los días de Elías, Dios se reservó a 7000 hombres que no habían doblado sus rodillas ante la imagen de Baal (vers.4). La conclusión es por tanto, que: “Así también aun en este tiempo (aquel de la epístola de Romanos) ha quedado un remanente escogido por gracia (vers.5).

Esta compañía fue seguramente una iglesia en el sentido Bíblico y este remanente es por tanto el título Escritural de la iglesia de Pentecostés. Será muy ventajoso que guardemos todo esto en mente, en vez de aplicarnos a nosotros mismos este título. Esta “separada compañía” se componía predominantemente de los de Israel, pero durante los Hechos, el propósito del Señor se alargaba incluyendo también a los creyentes Gentiles. ¿Por qué motivo hizo esto? Muchos dirían que fue debido a que estaba entonces llamando y edificando el Cuerpo de Cristo. Sin embargo *esa no es la razón que se nos da en la Escritura*. Y es a este punto tan importante que ahora llamamos nuestra atención.

El Motivo para la Admisión de los Gentiles en el Periodo de los Hechos

Al tiempo en el cual Dios había estado concentrando Su atención sobre Israel en el Antiguo Testamento y además a través del ministerio terrenal del Señor Jesús, los Gentiles no habían sido olvidados. Aun mismo al principio, Dios le reveló a Abraham que Su plan no se restringiría a Israel, sino antes bien, a través de ellos, *todas las familias de la tierra* vendrían a ser finalmente benditas (Gén.12). Siendo así, la bendición de los Gentiles nunca había sido un secreto o había estado escondido, al contrario del llamamiento del Cuerpo de Cristo, así que Dios, poniendo a los creyentes Gentiles en la bendición durante los Hechos, no estaba haciendo nada nuevo fuera de Su propósito ya revelado. Aunque si lo hacía como si fuese “antes de tiempo”.

Su designio se resumía a emplear un salvo y preparado Israel que abarcase a todas las naciones del mundo. Sin embargo, durante el periodo cubierto por los Hechos de los Apóstoles, Él comenzó a salvar a los Gentiles, y a “injetarlos” en el remanente de Israel con un expreso propósito:

“Digo, pues, ¿han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión *vino la salvación a los gentiles, para (con el objetivo de) provocarles a celo*” (Rom.11:11).

“... ¿No ha conocido esto Israel? Primeramente Moisés dice: Yo os provocaré a celo con un pueblo que no es pueblo. Con pueblo insensato os provocaré a ira” (Rom.10:19).

Aquí tenemos la divina razón dada para la salvación de los Gentiles y su bendición en este tiempo, a saber, *para agitar llamando a celo a la nación de Israel* con el objetivo de que produjesen fruto en vez de afondarse en incredulidad y en el repudio de Cristo. Pero ¿cuántas veces se nos ha dado *esta* razón cuando se nos expone el libro de Hechos? Cualquiera diría que en verdad, prácticamente, NUNCA, y así una llave divina en exposición es desechada y puesta siempre de lado.

Para explicar este punto posteriormente y redundarlo, el Apóstol Pablo da la ilustración del árbol del olivo y su injerto en Romanos 11:16-24. Ya hemos anteriormente referido a Israel se asocia generalmente con árboles en la Palabra de Dios. La nación se asocia a la viña que Dios sacó de Egipto (Salmos 80:8), pero una vid que fue estéril a la hora de producir sus frutos (Jer.2:21; Isaías 5:1-7).

Del mismo modo fue asociado con una higuera estéril (Lucas 13:6-9) y además a un olivo:

“Olivo verde, hermoso en su fruto y en su parecer, llamó Jehová tu nombre...” (Jer.11:16).

Esta era la intención del Señor para esta nación, pero llegó a ser completamente estéril a través de su alejamiento e infidelidad. Sin embargo Dios en Su inconmensurable paciencia todavía se mantiene firme por Israel aun cuando crucificasen a Cristo como ya hemos visto. Todavía seguían siendo “el verde y hermoso olivo” del Señor, y si hubiesen querido, habrían producido sus frutos para Él volviéndose para Él y se hubiesen realmente arrepentido. Por causa de eso, Pablo no duda en emplear esta ilustración hablando de lo que actualmente está sucediendo durante el periodo aquel de Hechos y explicando la razón y el por qué estaban siendo salvos y admitidos los creyentes Gentiles en ese tiempo.

A medida que Pablo fue viajando en su labor misionera por nuevos campos, él antes que nada siempre se dirigía primero al pueblo escogido, el pueblo de Israel, y les daba a conocer todo esto y su esperanza. En cada una y todas las veces que esto sucedía, los Judíos se opusieron, y a menudo además violentamente. Pablo entonces les decía que habían tenido su oportunidad y que, al ser por ellos repudiada de aquella manera, se volvería para los Gentiles. En lenguaje parabólico el Apóstol describe todo esto en Romanos 11 diciendo que “algunas ramas habían sido desgajadas” (vers.17, 20) debido a su incredulidad. Esto sucedió en Antioquía y en Corinto entre otras localidades. En su lugar, los creyentes Gentiles vinieron a ser “injertados” como ramas de “olivo silvestre” injertadas en el buen olivo, para hacer parte suya y participar de la “raíz y de la rica savia del olivo” (vers.17).

Algunos se mofarán pensando en la ignorancia de Pablo de jardinería, porque normalmente se “escoge” injertar la rama buena en el “silvestre”. Sin embargo, son ignorantes del hecho actual de que, en el caso de la cultura olivo, la práctica es al revés, y que mismo hacia el año 40 después de Cristo, Lucius Columella, un escritor latino en agricultura, expone esta práctica recurrente en aquel tiempo. Pero el apóstol Pablo les da un aviso a los creyentes Gentiles para permanecer “en la fe” (vers.20):

“... No te ensoberbezcas, sino teme: porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera, tú también serás cortado” (Rom.11:20-22).

Estos versículos presentan un problema imposible de ultrapasar para casi todos los expositores evangélicos, puesto que contradicen todo aquello que se expone y está revelado en Romanos de 1 a 8, especialmente los versículos finales del último capítulo de esta sección (el octavo) donde el

Apóstol claramente declara que nada puede deshacer la justificación dada al creyente o separarlo del amor de Cristo:

“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom.8:38, 39).

Si todo esto es cierto, y ciertamente lo es, ¿por qué motivo los creyentes al tiempo de la epístola de los Romanos podrían ser cortados? Solamente puede haber una respuesta Escritural, y esa respuesta tiene que ver con *el privilegio dispensacional*. Estos privilegios dados a los Judíos, como los escogidos de Dios que eran, tenían muchas ventajas *en toda manera* (Rom.3:1, 2) y algunos de esos privilegios fueron nombrados por el Apóstol en el noveno capítulo (vers.3-6), y forman una lista impresionante. El privilegio de compartirlos con Israel, o en las simbólicas palabras, “has sido hecho partícipe de la raíz y de la buena sabia del olivo (Israel)” es lo que el infiel Gentil creyente podía perder y perdería. Una vez que esto se entiende, no hay conflicto alguno con los previos capítulos: porque irrevocables son los llamamientos de Dios. Una vez que la nación de Israel había sido temporalmente puesta de parte en incredulidad y sin provecho por el Señor en la presente era actual, no existen bases Escriturales para intentar hacer con que la posición del olivo refleje el llamamiento y la constitución del Cuerpo de Cristo, el cual se revela solo en Efesios y Colosenses, pues *esa es una imposible labor*.

En la iglesia del periodo de los Hechos, los Judíos todavía estaban primeros y los creyentes Gentiles participaban del pacto bendito de la nación. Esto con toda seguridad no podría ser una descripción verdadera del Cuerpo de Cristo como se revela en Efesios y Colosenses, escritas como fueron estas epístolas después de Hechos 28, cuando Israel fue puesta de parte en incredulidad y pasó a ser inutilizada por Dios. Los miembros Gentiles del Cuerpo de Cristo *NO* son injertados en el árbol del olivo de Israel con su terrenal esperanza, porque la suya no solamente es una celestial esperanza y llamamiento en carácter, sino en esfera y destino asegurado, asociado con la diestra mano de Dios donde el Señor Jesucristo se halla exaltado “sobre todo nombre que se nombra”.

De cualquier manera, como ya hemos señalado, no existe una tal nación de Israel provechosa hoy en día en la cual podamos ahora ser injertados. El Cuerpo de Cristo es un llamamiento y constitución donde ya no hay *ni Judíos ni Gentiles*. En esta iglesia la posición de cada uno de estos ha desaparecido, y en su lugar, de los dos, tanto de entre Judíos como de Gentiles, Dios ha creado *un nuevo hombre* (Efesios 2:15, 16) con la esperanza del “llamamiento supremo” o “llamamiento de lo alto” (Filip.3:14) para la gloria del más santo cielo de todos, donde el Señor Jesús se halla ahora entronado y donde Dios los reconoce ya *sentados con Él en los lugares celestiales* (Efesios 2:6) y esta esfera se halla por encima de lo que todo hombre se hubiera podido imaginar (Efesios 1:19-23).

Antes de terminar la consideración del reino propuesto de Dios como se reveló en los Hechos de los Apóstoles, hay otro aspecto de la verdad que debe ser examinado. Al mismo tiempo que la esperanza de Israel es dominante a través de todo este periodo como ya hemos visto, Dios también iba al tiempo revelando algunas cosas más altas y grandes en respuesta de la fe. Génesis 13:14-17 y 15:18 define la extensión de la herencia terrenal de Abraham y su simiente, que había

asegurado para ellos en y a través de Cristo. Pero en el onceavo capítulo de Hebreos se revela una herencia con la cual el Antiguo Testamento guardó silencio: “Por la fe Abraham...habitó como extranjero en la tierra prometida...*porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios*” (Heb.11:8-10).

Y no solo Abraham, sino además todos los de su simiente que se listan en este capítulo y otros previos que vivieron y exhibieron la leal fe del vencedor, emulando aquel y a su ejemplo. De ellos se dijo “que anhelaban una (ciudad) mejor, *un mejor país, esto es celestial*, por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, *porque les ha preparado una ciudad*” (vers.16). Esta ciudad se nombra en el capítulo 12, versículo 22:

“Sino que os habéis acercado al Monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, *Jerusalén la celestial*”

El Libro del Apocalipsis describe esta ciudad celestial en detalle con toda su gloria y maravilloso colorido (21:10-27). Hay un pormenor que haremos bien en observar. Aunque una ciudad celestial, *no permanece en el cielo*. Tres veces en este libro se nos recuerda de este hecho por el Espíritu Santo:

“Aquel que venciere...Yo escribiré sobre él...el nombre de la ciudad de Mi Dios, *la cual es la nueva Jerusalén que descende del cielo de Mi Dios*”

“Y yo Juan vi *la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descendiendo de Dios desde el cielo*”.

“Y él...me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, descendiendo del cielo de Dios” (Apoc.3:12; 21:2, 10).

Estos versículos describen la Jerusalén celestial *como descendiendo del cielo a la nueva tierra, así que su final objetivo es terrenal*, aunque se distinga de la nueva tierra. Es por tanto sin base Escritural considerar esta ciudad como el equivalente del cielo, aunque sea más ciertamente celestial en carácter.

Aquí tenemos una esfera de bendición para los redimidos que sean considerados por Dios como fieles y recompensados por Él como tales. Ciertamente no podemos dudar, leyendo las estupendas palabras de Apocalipsis 21, que esta esfera sea más alta y más maravillosa que la parte de territorio prometida inicialmente a Abraham, y eso se confirma por Hebreos 11:16:

“Pero anhelaban una MEJOR (ciudad), esto es celestial”

El propio Dios describe esta como siendo *mejor*, y por tanto debe serlo así. Él debió haberle revelado la gloria de esta ciudad a Abraham, tal y como lo hizo después con el apóstol Juan. Habiéndose fortalecido en la fe, Abraham respondió creyendo *todo* lo que Dios le había mostrado de esta más alta esfera de gloria. La epístola de los Hebreos nos urge hasta alcanzar la perfección; y “a no retroceder yendo a perdición” (10:39) y la gente de Dios siempre se ha ido dividiendo en dos clases. Hay aquellos creyentes que crecen en gracia y conocimiento de la Verdad de Dios y cuya fe alcanza la mejor y más alta posición que Dios ha revelado en Su Palabra. Estos se extienden adelante en plenitud de fe, sin tener en cuenta cualquier pérdida o sufrimiento que esta carrera pueda producir.

La otra clase de creyentes, aunque sean salvos, no crecen espiritualmente. Son más bien atraídos por el mundo y todas sus atractivas ofrendas. Es el AHORA lo que ellos quieren; lo posterior que sea divina recompensa les resulta incongruente e ilógico, y nada significa para ellos. Los tales son descritos en 1ª Cor.3. Por gracia, estos también se hallan sobre la bendita Fundación – Cristo, pero son edificados sobre Él con los malos materiales de la carne y del mundo, y en el día cuando “cada obra del hombre sea probada” por el fuego del justo juicio de Dios, ellos sufrirán la pérdida de la *recompensa*, aun cuando ellos mismos vengan a ser salvos (vers.15).

Por otra parte, la obra y servicio de aquellos creyentes que hayan progresado espiritualmente y vengan a adquirir la madurez espiritual “permanecerán” en la prueba de la santidad de Dios y reciben una *recompensa* (vers.14). Es muy importante distinguir estas dos diferentes aunque paralelas líneas de verdad. La salvación es un don libre por la gracia y se recibe por la fe en Cristo solamente (Efesios 2:8, 9). No sucede por obras o méritos y no puede ser obtenida por ningún acto humano, sino que está eternamente asegurada en el Señor Jesús. En contraste con esto, la recompensa por el servicio fiel se obtiene por el creyente y depende solo y exclusivamente del andar Cristiano, y la testificación y la práctica respuesta a los clamores de la verdad de Dios. Una tal recompensa solo puede perderse por la infidelidad o inclinación hacia la carne (Col.2:18; 3:24, 25; Apoc.3:11; 1ª Cor.3:14, 15). El creyente no puede *operar su salvación*, pero aprende por la gracia a *operar* en práctica para la gloria del Señor (Filip.2:12, 13), con el día futuro de prueba en mente. –cualquier clase de dificultad en la Biblia y falsa enseñanza hoy en día es causada por la confusión de estos dos aspectos diferentes de verdad o por enfatizar una a expensas de la otra.

Por eso tenemos aquellos que dicen que podemos ser salvos hoy en día y perder mañana dicha salvación, y aquellos que aceptan esto como verdad nunca pueden tener la divina seguridad de su salvación, y por tanto no pueden tener base segura alguna sobre la cual puedan vivir, ser salvos y servir a Señor en esta vida presente.

Al confundir la verdad de Dios, no pueden ver que “Aquel que *comenzó* en ellos la buena obra (es decir, la salvación) *la perfeccionará hasta el fin*, hasta el día de Jesucristo (Filip.1:6). La obra vital de salvación que solamente Dios puede providenciar y comenzar en el creyente, *está completa y finalizada por Él*, porque Dios no hace Su obra a medias ni deja las cosas tan fundamentales para Su gran propósito basarse sobre nada tan inseguro como los actos humanos.

Al mismo tiempo la justicia de Dios distingue entre quien sea fiel e infiel entre Sus hijos y no podría ser de otra manera. El Señor Jesús como *juez justo* que es, no se equivocará ni dará un falso veredicto sobre el servicio y testimonio del creyente (2ª Tim.4:7, 8).

El fiel descrito en Hebreos 11 no solamente creyó a Dios por salvación, sino a toda Su revelación posterior, y fue voluntarioso pasando por circunstancias extremas de prueba y sufrimiento para obtener *la tal ciudad y país mejor*, la Jerusalén celestial, y la *mejor resurrección* con ella asociada (vers.35 y vea 32-40). Al igual que Moisés, ellos temían con reverencia ante *la recompensa del premio* (vers.26).

Así vemos que ésta más alta esfera de bendición se reserva para los fieles desde el tiempo de Abel para frente, a través de la semilla de Abraham, y continuando en el tiempo hasta el periodo

de los Hechos de los Apóstoles. Fue traída e instaurada antes del periodo de los salvos de Pentecostés, y se mantuvo para ellos como *una recompensa*, así como para todos los creyentes de los días del Antiguo Testamento. Su *esperanza*, como ya hemos visto, se conectaba con la *semilla* y el *territorio*, y fue el reino mediador que se ilumina y vislumbra tan grande en el Antiguo Testamento como su base, traído en proximidad o cercanía por el ministerio terrenal del Señor Jesús y los doce que le oyeron.

Su *premio fue el mejor país, la Jerusalén celestial*, que tiene que descender del cielo y forma parte de la nueva tierra en el fin de las edades. A estos deben ser añadidos los vencedores al final de esta edad que se desarrolle bajo la terrible tiranía del Anticristo. El Señor les dio la exhortación en Apocalipsis 2:10: “sed fieles *hasta la muerte*, y Yo os daré la *corona* de vida”. Este es el periodo culmen de la tribulación y prueba en toda la historia del mundo, tal y como el Señor lo predijo en Mateo 24:21, 22:

“Porque habrá entonces gran tribulación, cual no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, serán acortados.”

Muchos entregarán su vidas sin hesitación para el Señor, antes que recibir la marca de la bestia y participar en la adoración del Satán al cual representa. No en tanto, el apóstol Juan los ve recibiendo su *corona*, lo cual nos recuerda la *recompensa* y *el reinado*, en Apocalipsis 20:4:

“Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados *por causa del testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos:* y vivieron y *reinaron con Cristo mil años.* “

Estos formarán parte de los fieles de Hebreos 11 y constituirán “la iglesia del primogénito” (Hebreos 12:22, 23). Y permitamos recordar que la posición del primogénito fue única en su *privilegio*. Ellos no solamente *viven* con Cristo sino que además *reinan* con Él durante el Milenio, compartiendo Su administración del reino mediador terrenal proveniente de la Jerusalén celestial. Posteriormente, después del reinado de los mil años, cuando la creación de un nuevo cielo y tierra tenga lugar, Juan los ve formando la *Novia, la esposa del Cordero* (Apoc.21:1, 2, 9, 10).

Esta más alta esfera de bendición por tanto es especial de *recompensa* y *privilegio*, y mientras que la Jerusalén celestial deba ser distinguida del reino sobre la tierra durante el Milenio, finalmente se une con la nueva tierra y deja los cielos, como ya hemos visto y se muestra en Apoc.21:9, 10, 24-27.

El Reino de Dios en las Epístolas del Periodo de los Hechos

La palabra reino, relativa al propósito de Dios, aparece 12 veces en estas epístolas (Rom.14:17; 1ª Cor.4:20; 6:9; 15:24, 50; Gál.5:21; 1ª Tes.2:12; 2ª Tes.1:5; Hebr.1:8; Santiago 2:5; 2ª Pedro 1:11). En estas referencias se señala y enfatiza la faz espiritual del reino:

“El reino de Dios no consiste en comida o en bebida; sino en justicia, y en paz, y gozo en el Espíritu Santo” (Rom.14:17).

También su poder:

“El reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder” (1ª Cor.4:20).

Existe un gran privilegio siendo pertenencia suya:

“...para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual así mismo padecéis” (2ª Tes.1:5),

Y una heredad en sí puede ser derrotada por el pecado (Gál.:21). No hay nada en estas apariciones u ocurrencias que contradiga lo que hemos descubierto hasta ahora. De hecho el reino tal y como se proclama en los Hechos y en las epístolas escritas durante este periodo debe ser el mismo. No puede haber dos diferentes reinos siendo predicado por la misma gente al mismo tiempo. Si esto sucediese no habría nada cierto, sino confusión entre la gente de Dios, especialmente, entre los jóvenes conversos. Cualquier sistema de interpretación que deje ver esto debe ser sospechoso, y existen variadísimas interpretaciones que es justo esto mismo lo que mejor hacen y llevan a cabo precisamente.

CAPÍTULO SIETE

El Reino de Dios en el Periodo Posterior a los Hechos

Ya hemos visto que el reino mediante con Israel como su centro, y las evidentes señales y milagros que se le asocian, son el tema dominante de los Hechos, y que son tan abundantes en el último de sus capítulos (28) como al principio.

Con la puesta de parte de Israel en incredulidad al cierre del Libro, debe haber sucedido una de dos cosas, o bien continúa Dios Sus propósitos con el reino terrenal, pero utilizando un medio o agente que suplante a Israel, o entonces lo suspende hasta el determinado tiempo en el cual Israel se convierta de pecado, sea salvo y restaurado, y llegue a ser otra vez provechoso en el propósito de Dios. Es precisamente esto último lo que sucedió. Cualquier cosa que Dios “acerque” en Su plan, bien puede “alejarse,” y quedarse en suspenso, si las condiciones que Él haya impuesto no se cumplen de parte de aquellos a quienes las acercó.

No en tanto, los absolutos poderes del Señor y Su incomparable sabiduría, pueden emplear las fragilidades de los hombres y del enemigo que esté por detrás de todo. Lo que a primera vista pareciera una victoria para Satanás, en cuanto al fracaso de Israel y el asentamiento del reino terrenal, el Señor lo toma en Sus manos y lo emplea para dar a conocer una fase distinta de Su gran reino propuesto, y de esta vez, además, relatando a los cielos y no a la tierra.

Desde Génesis 12 hasta Hechos 28, el propósito de las edades, centrado en Cristo, tiene que ver con dar a conocer y procurar asentar el gobierno de Dios sobre la tierra, siendo Israel el medio humano o canal por el cual el mensaje debería proclamarse, y siendo la obra redentora de Cristo su base. Muchos se concentran enteramente sobre este aspecto del reino de Dios y se olvidan de que Él creó los cielos también, así como la tierra, y no puede haber parte alguna de Su creación que carezca de razón o propósito, y Su dominio debe extenderse hasta los más altos cielos así como la tierra, y la totalidad del reino no puede venir a realizarse en toda su plenitud y magnitud hasta que esto suceda.

Con el reino terrenal en suspenso, Dios ahora tiene la oportunidad de revelar la verdad que había tenido guardada en absoluto secreto, *escondida en Si Propio*, y cuando Dios esconde la verdad de esta manera ¿quién la hubiera podido hallar, hasta que a Él le plació revelarla?

A pesar de todo esto, hay algunos que están persuadidos que pueden descubrir ésta escondida verdad en el Antiguo Testamento, o en los Evangelios, de hecho, en cualquier parte, pero donde de verdad se revela es en la Palabra de Dios. Debería ser obvio que tales conceptos deben estar equivocados, sin tener en cuenta la ingeniosa manera que se presenten o lo correctos que puedan parecer.

El Apóstol Pablo fue inspirado por el Espíritu Santo a escribir siete epístolas más a seguir a los Hechos y al fracaso de Israel. Cinco de ellas están estampadas con la prisión y las hemos marcado con asterisco. Y son *Efesios, *Colosenses, *Filemón, *Filipenses, 1ª Timoteo, Tito, y *2ª Timoteo. Las dos epístolas pastorales de 1ª Timoteo y Tito fueron evidentemente escritas durante el corto espacio de tiempo a la liberación de Pablo desde su primer encarcelamiento en Roma. 2ª Timoteo fue su última epístola, escrita justo antes de su martirio, y todo el tono de la carta deja trasparecer eso mismo.

Hay aquellos que discuten todo esto, y mantienen que Pablo *se convenció* de que había llegado al fin y acabado la carrera cuando escribió esta epístola, no sabiendo que tuviera ningún otro ministerio delante. Si esto fuese verdad, entonces bien puede afirmarse que Pablo estaba equivocado en muchos respectos, y se puede afirmar además que eran obviamente falsos. Esto de hecho es muy serio, pues de ser así, ¿cómo podremos aceptar *cualquiera* de sus declaraciones en esta epístola como siendo verdad de Dios? O, de esa manera, ¿en cualquier otra de sus restantes epístolas? Las propias fundaciones de la Verdad están siendo erosionadas por este tipo de ideas o pensamientos, y tan solo se hacen para el impulso de falsos esquemas teológicos. Está por encima de toda comprensión, cómo alguno que suscriba o crea la plena inspiración de la Palabra de Dios y a la necesidad de obedecer el mandamiento de 2ª Timoteo 2:15, se podría inventar y proponer estas tales falsas nociones, que solo dan ventajas al enemigo.

Es en las Epístolas en Prisión de Pablo donde hallamos y obtenemos la plena revelación de la iglesia que es el Cuerpo de Cristo en cuanto a su Cabeza. No por mucho citar 1ª Cor.12 se puede alterar el hecho de que no haya encabezamiento de Cristo revelado en este capítulo, y es plenamente imposible que tengamos con nosotros la suprema plenitud de las enseñanzas de Efesios y Colosenses sin éste absolutamente necesario Encabezar y comunión con Cristo.

Toda vida, luz y riqueza espiritual, riqueza de gracia y riqueza de gloria *fluye de la Cabeza*, y sin Cristo como tal no pueden venir a realizarse. Tenemos antes que resaltar la absoluta precisión del elemento tiempo en los propósitos de Dios, y todos aquellos que no lo tengan en cuenta, y lean una verdad posterior en pasajes previos de la Escritura, antes de ser revelado, se crían ellos mismos sus propios problemas y dificultades.

Lo que es cierto y permanece es que el Apóstol Pablo, como el prisionero de Cristo Jesús, declara que, por una especial revelación, el Señor Jesús le había dado a conocer un secreto (Misterio en otras versiones), el cual había estado escondido por todas las edades y generaciones, que estaba escondido y resguardado en el tiempo pasado y de todas las previas generaciones de personas. Las plenas implicaciones que esto conlleva deben encararse, si es que deseamos obtener la plenitud de la verdad revelada con su sobre excelente riqueza espiritual inherente, aunque siempre sean muy pocos los que aparentemente estén deseosos para aceptar el caso y ponerlo en práctica.

Pablo escribe en Efesios 3:1-11:

“Por esta causa yo Pablo, el prisionero de Jesucristo para vosotros los Gentiles, si es que habéis oído de la dispensación de la gracia de Dios que me ha sido dada: que por revelación Él me ha dado a conocer a mí el Misterio (secreto)...que los Gentiles fuesen coherederos, y un mismo

cuerpo unido, y copartícipes de Sus promesas en Cristo Jesús (J.N. Darby) por el evangelio (buenas nuevas), del cual yo fui hecho ministro...para que predicase entre los Gentiles las insondables riquezas de Cristo, y para dar a todos los hombres a conocer cuál sea la dispensación (administración R.V y J.N.D) del *Misterio (Secreto) que desde antes del principio del mundo estaba escondido en Dios...*”

En sus siete más tempranas epístolas escritas durante los Hechos de los Apóstoles, Pablo no había revelado nada igual. Aunque él reclame allí ser el “mayordomo de los misterios (secretos) de Dios” (1ª Cor.4:1), aun así, él nunca empleó la palabra “misterio” ni una sola vez para describir a la iglesia o las iglesias entonces en vigor, ni tampoco debíamos esperar que así lo hiciera. Como ya hemos visto, aquellas iglesias estaban íntimamente ligadas con el reino terrenal de Israel, en el cual, los creyentes Gentiles habían comenzado a ser “inertados”; y aquel reino, en vez de ser un misterio o secreto, era en cambio el tema principal de las Escrituras del Antiguo Testamento; así que a la iglesia Pentecostal, nunca con verdad se podría designar como un “secreto escondido en Dios”. Si así hubiese sido, el Apóstol se hubiera visto obligado a declararlo. Porque tal como había afirmado en Hechos 20:20, 27, él no se “guardó nada consigo ni rehusó declararles todo lo que sabía”, como fiel ministro de la Palabra, sino que les dio todo a conocer. Y no solo eso, sino que además en el segundo capítulo de Efesios, Pablo revela que la composición de esta nueva compañía fue un fresco comienzo, una *nueva creación*, por el Señor, de Judíos y Gentiles creyentes, y como tales no podrían ser una evolución de los Hechos, aun pensando que estuviese basada firmemente sobre la justificación por la fe y la básica doctrina de la redención por la preciosa sangre de Cristo.

“Habiendo abolido en Su carne las enemistades, aun mismo la ley de los mandamientos contenida en ordenanzas (decretos) *PARA CREAR en Sí mismo de los dos* (Judíos y Gentiles creyentes) *un nuevo hombre, haciendo la paz* (Efesios 2:14-16).

*Para ver una exposición versículo por versículo de estas Epístolas en Prisión de Pablo consulte del mismo autor *Cartas desde la Prisión*, (Berean Publishing Trust, 52ª Wilson Street, Londres EC2A2ER).

Crear significa un nuevo comienzo, no la evolución o mejora de algo antiguo.

No solo eso, hay otros pormenores que hacen al Cuerpo de Cristo, tal y como se revela en Efesios y Colosenses, único. Una palabra única se emplea de esta compañía en Efesios 3:6, *sussoma*, literalmente un cuerpo unido, un cuerpo donde cada miembro participa plenamente y en perfecta igualdad con los demás. La palabra no se emplea ni en las epístolas a los Corintios ni en parte alguna, porque no podría ser verdad mientras el “árbol del olivo” estuviese vigente en el periodo de los Hechos (Rom.11:16-23).

Un Periodo de Tiempo Único: La selección del Padre de cada miembro individual se describe como siendo “elegido” en Cristo *desde antes* de la fundación del mundo, es decir, *antes de la creación* (Efes.1:4). 2ª Timoteo 1:9 y Tito 1:2 dicen literalmente “*antes* de las edades de tiempo”. Ninguna otra compañía de los redimidos se asocia con un tal periodo. La expresión solo se utiliza además de aquí hablando del Propio Cristo en la Escritura (Juan 17:24; 1ª Pedro 1:20). Otras compañías de creyentes se declara que pertenecen al tal aspecto del reino que estaba siendo preparado por Dios, “*desde* la fundación del mundo (Mat.25:34). Debemos distinguir bien entre *antes* de un acontecimiento, y *desde* un acontecimiento. La importancia de esta celestial

compañía en el plan de Dios se enfatiza ciertamente por el elemento tiempo de su elección, el cual es *anterior* a la creación.

Un Título Único: “La iglesia que es Su Cuerpo, *la plenitud* de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:22, 23). Este título es *Su plenitud* y cada miembro está *lleno hasta la plenitud (completo) en Él*” (Col.2:9, 10). Un tal lenguaje está por encima de todo lo que se le haya ofrecido a Israel, aun siendo maravillosas como fueron sus bendiciones. Efesios y Colosenses son predominantemente las epístolas de *la plenitud* (Efesios 1:10, 23; 3:19; 4:13; Col.1:19; 2:9).

Una Posición Única. Efesios 3:6 ofrece la estrecha relación de cada miembro redimido de esta iglesia. Como hemos demostrado anteriormente, hay un énfasis tres veces repetido sobre la perfecta igualdad compartida entre Judíos y Gentiles (“coherederos” y “miembros unos de los otros” del Cuerpo y “coparticipes” de la promesa en Cristo Jesús) la cual no podría suceder entre tanto que Israel fuese primero en provecho del plan de Dios y el “árbol del olivo” la figura que sobresale. En el Cuerpo de Cristo, el salvo Judío y el Gentil han perdido su terrenal posición, el Judío con sus muchos privilegios en la carne (Rom.9:4, 5), y los Gentiles con su completa carencia de ellos, siendo como eran “extranjeros”, sin Cristo y sin Dios (Efes.2:11-13). Ellos ahora han venido a ser ubicados en una completa igualdad y unidad, cualquier cosa que servía de barrera ha sido quebrada y echada abajo por el Señor (Efesios 2:14-16).

Una Esfera Única de Bendición: Esta esfera se describe como estando en los lugares celestiales, donde Cristo se halla ahora entronado “por encima de todo” (Efesios 1:19-21). El Señor Jesús debe ser localizado en algún lugar porque Él tenía un cuerpo glorificado. De igual manera se nos dice que “los principados y potestades” (príncipes celestiales) existen también en estas localidades celestiales, así que obviamente debe ser *en un cierto espacio* (Efes.3:10). El Señor Jesucristo ha sido exaltado al más alto pináculo de gloria, y la frase “*por encima de todos los cielos*” es sencillamente otra manera más de describir esta suprema esfera, que en todas las partes donde aparece se expresa como siendo *por encima de todos los cielos* (Efesios 4:10). Esto nos muestra que el cielo es un gran asunto más complejo y maravilloso que todo lo que podamos haber imaginado. Efesios 1:20-22 nos da el entronado Cristo en los lugares celestiales que se describen estando por encima de cualquier cosa o pensamiento humano pudiera concebir. Efesios 2:6 va más lejos y revela el *Cuerpo de Cristo entronado allí con Él*. Es ciertamente imposible sobreponerse más alto que el ascendido y glorificado Señor, así que podemos decir con verdad *que éste es el clímax de la revelación para el redimido de Dios*. Con todas sus maravillosas bendiciones, Israel no poseía nada igual a todo esto. Ni tampoco leemos en la Palabra de Dios que esta nación venga a ser exaltada a la diestra de Dios. Se entienden que fueron puestos para estar “por encima de todas las naciones” de la tierra (Deut.26:18, 19) pero nunca por encima de la dignidad espiritual que existe tanto en el más alto de los cielos como del mismo modo en la tierra.

Antes de acabar abordando este gran tema, debemos señalar que debemos aprender a distinguir entre lo que venga a ser *celestial en carácter* y aquello que no sea solo celestial en carácter, sino celestial *en la esfera de bendición*. Los creyentes hebreos a quienes la epístola con su nombre fue dirigida, se describen como habiendo “gustado del don celestial” (6:4). Este don fue *celestial en carácter*, pero ciertamente no lo probaron *en el cielo*, sino en la tierra. La frase “en los

celestiales”, expresando localización es única para la epístola a los Efesios, donde aparece cinco veces (1:3, 20; 2:6; 3:10; 6:12).

Hasta el punto que hemos alcanzado en nuestro estudio, hemos encontrado que existen por lo menos tres esferas de bendición, preparadas por Dios en Su redentor propósito para los nuevos cielos y tierra:

- (1) La tierra del Milenio y la nueva tierra a seguir. “Los mansos heredarán *la tierra* (Mat.5:5).
- (2) La Jerusalén celestial que finalmente desciende del cielo y forma parte de la nueva tierra (Heb.12:22; Apoc.21:10, 23, 24).
- (3) La diestra mano de Dios – los lugares celestiales “por encima de todo” (Efes.1:19-21; 2:6).

En cada una de estas esferas tiene Dios una compañía, a quienes Él asocia al *hijo primogénito*, la posición de privilegio.

- (1) Israel (Éxodo 4:22).
- (2) La “iglesia del primogénito” asociada con la Jerusalén celestial.
- (3) El Cuerpo ligado a la Cabeza, el Señor Jesucristo, Quien es el Primogénito de toda la creación y por el Cual fueron creadas todas las cosas (Col.1:15-18).

No puede haber duda alguna de que en las Epístolas en Prisión de Pablo se alcanza el más alto marco de la divina revelación. Como antes afirmamos, nadie puede alcanzar una más exaltada posición que la que Cristo ocupa ahora en Su ascensión. ¿No es maravilloso que, en estas Epístolas, Pablo trate con las cosas “sobre excelentes” de Dios? Cualquiera puede llegar a creer que, el Apóstol, ni tan siquiera encuentra palabras humanas para expresar y describir adecuadamente la grandeza o plenitud de este supremo llamamiento de Dios. Consecuentemente “sobre excelente” pasa a ser una de sus características palabras en estas cartas desde su prisión. Aquí tenemos riquezas espirituales que van más allá de meros sueños que aguarden ser recibidos por fe. La palabra “riquezas” aparece ocho veces en Efesios, Filipenses, Colosenses y 2ª Timoteo de la siguiente manera:

“En Él (Cristo) tenemos redención a través de Su sangre, el perdón de nuestros traspasos, de acuerdo a las *riquezas de Su gracia que Él ha derramado sobre nosotros...*” (Efesios 1:7 R.S.V).
“...para que podáis conocer *...las riquezas* de Su gloriosa herencia en los santos” (Efesios 1:18 N.I.V.).

“...para que en las edades venideras Él pueda mostrar las *incomparables riquezas de Su gracia*, expresadas en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:7 N.I.V).

“A mí (Pablo) aunque sea el más bajo de todos los santos, esta gracia me fue dada, para predicar a los Gentiles *las insondables riquezas de Cristo...*” (Efesios 3:8 R.S.V.).

“...para que *de acuerdo a las riquezas de Su gloria* podáis venir a ser fortalecidos con poder na través de Su Espíritu en el hombre interior...” (Efesios 3:16 R.S.V.).

“Y quiera Dios suplir cada necesidad vuestra *de acuerdo a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús*” (Filip.4:19 R.S.V.).

“A quienes Dios a conocer cuán grandes entre los Gentiles son *las riquezas de la gloria* de éste Misterio (Secreto)” (Col.1:27 R.S.V.).

“Para que puedan obtener la plenitud de riquezas del completo entendimiento, para que pudieran conocer el Misterio (Secreto) de Dios, esto es, Cristo, en Quien están escondidos todos los tesoros de sabiduría y del conocimiento” (Col.2:2, 3 N.I.V.).

Esta colosal riqueza espiritual aguarda su apropiación por la fe, a medida que el Espíritu Santo ofrece el alumbramiento que todos nosotros precisamos tanto.*

*Para una exposición versículo por versículo de las Epístolas en Prisión de Pablo, lea *Cartas desde la Prisión* por el mismo autor, Berean Publishing Trust 52 a Wilson St., Londres EC2A2ER.

Cuando trazamos el elemento del reino en las siete epístolas de Pablo escritas después de los Hechos, encontramos que la palabra “reino” aparece cinco veces:

“Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia *en el reino de Cristo y de Dios* (Efesios 5:5).

“(El Padre) que nos ha librado del poder de las tinieblas, y nos ha trasladado introduciéndonos *en el reino de Su amado Hijo* (Col.1:13).

“Onésimo...Aristarco...Marcos...Jesús, llamado Justo...Solamente estos son mis colaboradores *en el reino de Dios*, los cuales me han confortado” (Col.4:9-11).

“En la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que juzgará a los vivos y a los muertos, y en vista de *Su aparición y Su reino*, yo os encomiendo, que prediquéis la Palabra” (2ª Tim.4:1, 2 N.I.V.).

“Y al Señor que me libra de todo mal, y que me preservará hasta *Su reino celestial*: a Quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2ª Tim.4:18).

Hay algunos maestros que sostienen que las Epístolas en Prisión de Pablo no tienen dentro la idea de la enseñanza del reino. Las referencias anteriores nos demostrarán cuán equivocados están. Lo que con toda seguridad podemos decir es que el reino *terrenal* no figura en las epístolas, pero sí ciertamente *un reino en el más alto de los cielos*.

Tenemos todas las razones para asociar el llamamiento del Cuerpo de Cristo con lo celestial, y no con la tierra. Aquellos que entiendan que este llamamiento es distinto y por separado del llamamiento a la nación de Israel y de la esperanza de Israel, pero que al fin y al cabo, lo asocien con el reino Mesianico en la tierra, están de todas formas cometiendo un gran error.

La enseñanza de Efesios y Colosenses es que esta iglesia es bendita “en los lugares celestiales”, un llamamiento espiritual con “toda bendición *espiritual*” (Efesios 1:3) Los miembros son exhortados a poner sus ojos y pensamientos *en las cosas de arriba, y no en la tierra* (Col.3:1, 2) y son visto estando “sentados con Cristo *en los lugares celestiales*”, lo cual está más allá de todo conocimiento humano, y por tanto, está completamente desligado de la tierra en su espiritual constitución y destino. Ahora, como hemos afirmado al principio de este estudio, el reino final de Dios debe abarcar los cielos del mismo modo que la tierra, porque Su soberanía debe extenderse manifiestamente sobre toda la creación, y nada puede dejarse de fuera. Consecuentemente es un reino *en los cielos* aquel que las Epístolas en Prisión de Pablo revela, el cual no solo es celestial en carácter. Sino además *celestial en su esfera*.

Y es solamente cuando obtenemos este más amplio concepto del verdadero gobierno del Señor que nos aproximaremos a comprender la grandeza y maravilla del propósito de las edades centrada en Cristo Jesús.

Filipenses 2:9-11 revela que *cada ser en el cielo*, así como en la tierra y debajo de la tierra (sea cual sea su significado) doblará finalmente su rodilla y confesará que Jesucristo es el Señor para la gloria del Padre, demostrando que el reino de Dios en la tierra y el cielo debe finalmente abarcar todos los cielos y todo lo que se halle en ellos. Esto va por supuesto mucho más allá y es mucho más amplio que la revelación del Antiguo Testamento, pues este solo abarca Su reino a los confines del mundo.

Así, pues, esta revelación de Dios a través del prisionero de Cristo Jesús, Pablo, completa Su gran propósito del reino, y aquellos que ignoren esto solamente podrán tener con ellos un defectuoso concepto de Su grandiosidad y maravilla.

El reino del Hijo, de Su (del Padre) amado, en el cual el Cuerpo ha sido trasladado, debe por tanto ser el gran reino espiritual de los lugares celestiales, donde Cristo se halla ahora entronado. Si nos damos cuenta que el reino de Dios lo abarca todo, su ocurrencia cuando aparece en Colosenses no nos causa problema, sino que sabemos referirse de igual modo a este llamamiento celestial en el propio reino.

Es significativo que casi hasta la última de las ideas de Pablo en su última epístola, 2ª Timoteo, sea *del reino* de sus cartas en prisión. Dice así:

“El Señor...me preservará hasta *Su reino celestial...*” (2ª Tim.4:18).

Una vez más, volvemos a señalar este aspecto del reino de Dios, que no solamente es celestial en carácter (como el reino terrenal, cuando la voluntad de Dios sea hecha sobre la tierra como ahora se lleva a cabo en el cielo), sino que además será disfrutado por el Cuerpo de Cristo donde ahora son vistos sentados en el plan de Dios, es decir, *entronados con Cristo, donde Él ahora es hallado y exaltado* (Efes.2:6). Esta es la esperanza de esta iglesia en Gloria, y entonces el Cuerpo será ligado a su Cabeza, el Señor Jesús, por quien tanto Él como cada miembro de esta compañía aguarda.

Algunos de los de la más temprana Hermandad claramente vieron este celestial llamamiento y su esperanza. Citamos de C.H. Mackintosh:

“Cada uno y todos los sistema de doctrina o disciplina que *conecte a la iglesia con el mundo*, tanto en su (de la iglesia) presente condición o su futura prospección, *debe estar equivocada...* ... hasta Pablo aparecer, y mismo durante los tempranos progresos de su ministerio, el propósito divino era tratar con Israel...la idea por tanto del Judío y del Gentil, “sentados juntos en los celestiales” no tiene cabida alguna y está fuera del profético testimonio... ¿qué hay aquí de la Iglesia en todo esto? Ni una sola sílaba. *El reino* estaba todavía siendo el pensamiento en vigor y el más alto.”

Considerando el ministerio de Pedro para Israel en Hechos 3 él escribe:

“...todavía estaba vigente el reino y no el gran misterio de la iglesia. Aquellos que piensan que los capítulos de apertura de los Hechos presentan a la Iglesia en su esencial aspecto, no han alcanzado a comprender de ninguna manera el divino pensamiento sobre el tema.”

Con respecto a la visión de Pedro registrada en Hechos 10, él continúa diciendo:

“...Pedro nunca recibió una comisión para declarar el misterio de la iglesia. Aun mismo en sus epístolas no hallaremos nada suyo... estaba reservado para el gran Apóstol de los Gentiles el traer a cabo y producir en la energía y el poder del Espíritu Santo, el misterio del cual hablamos”.

Y prosiguiendo declara:

“el evangelio de Pablo fue mucho más allá y está por encima que todos ellos (es decir, los otros siervos de Dios). No se trataba del reino ofrecido a Israel sobre la base del arrepentimiento, así como por Juan el Bautista y nuestro Señor; ni tampoco era el reino abierto a los Judíos y Gentiles por Pedro en los Hechos tres y diez; *sino que era y se trataba del celestial llamamiento de la iglesia de Dios compuesta de Judíos y Gentiles, en un Cuerpo único; unificado a un glorificado Cristo por la presencia del Espíritu Santo.* La epístola a los Efesios desarrolla plenamente el misterio de la voluntad de Dios concerniente a esto...”Él nos ha erguido juntos, y ha hecho con que nos sentemos juntos en los lugares celestiales en Cristo Jesús”. No es que venga a hacer esta “Su voluntad”, sino que “Ya lo ha hecho”

Y continúa diciendo:

“(El misterio)...no se descubre por el ministerio de los Doce, ni es visto en los Hechos de los Apóstoles, porque el testimonio para Israel todavía se hallaba vigente, y entre tanto que la tierra fuese el marco manifiesto de las divinas operaciones, y entre tanto que hubiera un cualquier suelo de esperanza en conexión con Israel, *el celestial misterio tuvo que mantenerse escondido y guardado*, pero cuando la tierra se abandona, e Israel es puesta de lado, el Apóstol de los Gentiles desde su prisión en Roma, escribe a la iglesia, y solo entonces les abre los gloriosos privilegios conectados con su lugar en el cielo con Cristo.”

C.H. Mackintosh continúa comentando sobre el hecho de que muy pocos creyentes tienen “ojos de ver”, y la habilidad espiritual para descubrir una tan exaltada y maravillosa enseñanza. El poder de cegar que tiene la tradición y la inclinación mundana de los sentidos se combinan juntas, para que no seamos conscientes de esto y lo ignoremos:

“Bien vemos lo lejos que el hombre terrenal se halla de todo esto...y solamente tenemos que echar un vistazo en la historia de la iglesia durante los últimos dieciocho siglos, para ver cuán débilmente se ha mantenido, y cuan rápidamente se ha ido dejando de lado. El corazón naturalmente se inclina para la tierra y las ideas de una corporación terrenal les resultan más atractivas. Por eso no debería sorprendernos, sino que debemos esperar, que la verdad de la iglesia celestial y su carácter, venga solo a ser aprendido y sobrellevado por una muy pequeña y débil minoría... porque para entender todo esto se requiere una más larga medida de espiritualidad que la que tienen consigo muchos Cristianos.

...Aquellos que se mantengan firmes en el evangelio de Pablo se encuentran, igual que él, abandonados y despreciados en medio de la pompa y del brillo del mundo. El choque de los sistemas eclesiásticos, el desbordar de las sectas, y el estruendo de la controversia religiosa, ahogarán la débil voz de aquellos que hablen del llamamiento celestial y del rapto de la iglesia... Soy plenamente consciente de cuán débil e incoherentemente he desarrollado lo que tengo en mente concerniente a la doctrina de la Iglesia, pero no tengo duda alguna de su real importancia, y siento con certeza que a medida que el tiempo se aproxime, mucha luz vendrá a serles comunicada a los creyentes acerca de todo este asunto. Al presente está siendo temido, muy pocos en esta bendita doctrina se inician” (capítulo final en *Elías el Tisbita* publicado por Loiseaux Bros. De Nueva York, con itálicas nuestras).

Estas significativas palabras son verdad y proféticas. No puede cabernos duda de que éste hombre de Dios vio con toda claridad el propuesto reino en las Escrituras relativas a la tierra y al cielo, el mismo que nos hemos esforzado por anunciar en este volumen de estudio. Sus comentarios son de lo más significativo, sobre todo considerando que fueron escritos hace más de 100 años. En su día encontró muy pocos creyentes que tuvieran el deseo suficiente de cotejar las santas Escrituras y de ver si estas cosas serían así, o no lo fueran, como hacían los Cristianos de Berea de la antigüedad (Hechos 17:10-12).

Los tiempos han cambiado muy poco con respecto al hambre espiritual entre la gente de Dios. Y en lo concerniente al mundo las cosas van infinitamente peor, con la prevaleciente ignorancia de la Palabra de Dios y la negación de su verdad. Todo aquel que la valore se aferrará a ella tenazmente, y aprovechará cualquier oportunidad para darla a conocer a voces, y con tinta sobre papel.

CAPÍTULO OCHO

El Reino de Dios en el Libro del Apocalipsis

Cuando llegamos al último libro en la Biblia, estamos tratando con una parte de la Escritura concerniente con la cual se han dado muchas disputas y divisiones. Sin embargo su tema principal está perfectamente claro. Es el libro de la venida (Segundo Adviento) de Cristo, donde por fin se instaure el comienzo del reino de Dios sobre la tierra. La palabra “reino” aparece siete veces (1:9; 1:15; 12:10; 16:10; 17:12, 17). Tres de las referencias se hacen al reino de Dios, y cuatro al reino opositor de Satán - el engañador. Al principio leemos “He aquí que Él viene con las nubes, y todo ojo le verá” (1:7) y al final se halla la promesa del Señor, “Ciertamente vengo en breve”, a lo cual se añade la última oración de la Escritura, aquella de Juan: “Si, ven Señor Jesús” (22:20).

G.N.H. Peters en *El Reino Teocrático* escribe:

“Es tan solo a través de esta doctrina del reino que el Apocalipsis puede o podrá ser comprendido y consistentemente interpretado. La razón para eso reside en el simple hecho de que se anuncia la Venida, y los acontecimientos asociados con el Adviento del Reino Teocrático. Ahora bien, para entrar plenamente en su espíritu y apreciar su fuerza, para formar un adecuado concepto del testimonio de Jesús tanto en su totalidad como en sus varios aspectos, tiene necesariamente que haber *un previo conocimiento de concierto y acuerdo* con los pactos, y una *correcta comprensión* del peso de la profecía basado sobre estos pactos, resolviendo en sí mismo la introducción del reino prometido” (Vol.3, pag.366).

Las palabras llave del Apocalipsis tienen que ver con el reino terrenal. Una palabra de especial significado es la palabra “trono” (*thronos*) que aparece no menos de 41 veces, 38 de las cuales refiriendo al reino, y 3 al reino de Satanás (traducido “asiento”). La gran cuestión en cuanto a *Quién finalmente se sienta sobre el trono* y controla la tierra es, por tanto, lo que se declara en este Libro. El Satánico conflicto que ha caracterizado todas las cosas desde su caída, y que ha seguido sucediendo tanto interna como externamente sin interrupción, por fin llega a ponerse en claro y es completamente resuelto, porque en 11:15 leemos:

“Y el séptimo ángel tocó la trompeta; y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los *reinos del mundo* han venido a ser de nuestro Señor y de Su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.”

Otras características palabras son: “corona” (*diadema*) se emplea y aplica 3 veces: a Cristo 19:12; Satanás 12:3 y a la Bestia salvaje 13:1. Además “corona” (*stephanos*) se usa y emplea 8

veces: para creyentes 2:10; 3:11; 4:4; 4:10; para el jinete sobre el caballo blanco 6:2; para los ejércitos de los demonios 9:7; para Israel 12:1 y para el Señor como el Hijo del hombre 14:14.

Otro pormenor de gran importancia para la interpretación del Apocalipsis o Revelación es su vital asociación con el lenguaje del Antiguo Testamento, y las referencias a esta parte de la Palabra abundan, siendo más de 500, lo que claramente nos indica que *el Apocalipsis nunca vendrá a ser comprendido si se ignora o desconoce el Antiguo Testamento, especialmente la profecía de Daniel*. Esto es lo que mantiene el Señor afirmando en Su discurso final concerniente a Su Segunda Venida, y los eventos que la ocasionaron, registrado en Mateo 24. En el discurso predijo un tiempo de tribulación sin paralelo en toda la globalidad del mundo (Mat.24:21, 22), tal y como se menciona en Daniel 12:1 y el Señor se refiere a la “abominación de la desolación” predicha por Daniel (Dan.9:26, 27) en Mateo 24:15 y todo el concepto se afirma por el testimonio de los profetas del Antiguo Testamento, quienes revelaron del derramamiento de la ira de Dios y Sus juicios sobre las naciones en manos del dominio de Satanás al final de la edad.

La palabra “ira” (traducida *thumos* y *orge*) aparece nada menos que 15 veces, 14 de las cuales refieren a Dios y una a Satanás (12:12), demostrando que la edad de gracia ha terminado y la ira de Dios ha venido a ser una terrible realidad. Existen fuertes ligaciones entre el Apocalipsis y el libro de Génesis:

Génesis

Apocalipsis

La tierra creada (1:1)

La tierra pasó (21:1)

El sol, la luna y las estrellas
para el gobierno de la tierra (6:13)

El sol, la luna y las estrellas
conectadas con el juicio de la tierra (6:13; 8:12).

El sol para gobernar el día (1:16)

No se precisa de sol (21:23).

Las tinieblas denominadas noche (1:5)

No hay allí noche (22:5).

Las aguas llamadas mares (1:10).

No más mar (21:1).

Un río para bendición de la tierra (2:10-14)

Un río para la nueva tierra (22:1, 2).

El hombre a imagen de Dios (1:26)

El hombre a imagen de Satán (cap.13).

La introducción del pecado (cap.3).

Desarrollo y fin del pecado (caps.21-22).

La maldición anunciada (3:14, 17)

No más maldición (22:3).

La introducción de la muerte (3:19).

No más muerte (21:4).

Un querubín en conexión con la caída (3:24)

Un querubín asociado a redención (4:6).

El hombre expulsado del paraíso (3:24).

El hombre restaurado (cap.22).

Introducción de pesares y sufrimientos (3:17).

No más pesar (21:4).

Nimrod, un gran rebelde, fundador de Babilonia.

La bestia, un rebelde satánico (cap.13 -18)

El arco iris, una señal del pacto de Dios (4:3; 10:1)

El arco iris en recuerdo de Su pacto

Sodoma y Egipto, lugares de corrupción (caps.13-19)

Sodoma y Egipto representando Jerusalén

El dominio del hombre cesa e inicia el de Satán. Cesa el dominio de Satán volviendo el hombre

El sol, luna y estrellas asociadas a Israel

El sol, luna y estrellas asociadas a Israel cap.12

Si los expositores y los cristianos hubiesen tenido todo lo anterior en cuenta no se habrían escrito tantas cosas sin provecho concerniente al Apocalipsis. La divina afirmación y el asentamiento de este Libro se halla al fin de la edad, y en sus páginas se refiere vastamente a los siete últimos años (la última semana de años relativas a las setenta y siete de Daniel 9:24-27) como un tiempo

sin paralelo de tinieblas y persecución, que finalizará por la venida del Señor Jesús en poder y gran gloria, tal y como lo había prometido (Mat.24:29-31; Apoc.19). En otras palabras, el asentamiento del Apocalipsis se relaciona al tiempo y a los acontecimientos descritos por el Señor en este importante capítulo, en conexión con el *fin de la edad* (no del “mundo”). Una parte no muy grande del Apocalipsis se reviste en un lenguaje simbólico, cuyas dificultades se han exagerado diciendo que “todo es simbólico”, y como resultado, en gran medida debido a que el comentario del Antiguo Testamento haya sido ignorado y no tenido en cuenta, los acontecimientos en esta edad de gracia, han sido puestos delante de estos “simbolismos”, para significar el cumplimiento de sus terribles juicios. Las interpretaciones historicistas de este Libro han logrado, por tanto, hacerle un gran daño a su comprensión. Los tremendos eventos descritos en sus capítulos no pueden ser identificados con la historia pasada de ninguna manera. La confusión y el desacuerdo entre aquellos que han intentado hacerlo así, dejan ver con toda claridad que, en cualquier caso, no hay absolutamente nada en la historia pasada que se acerque siquiera al terrible y solemne lenguaje que el Apocalipsis contiene.

Cuando se nos dice que el gran día de la ira de Dios ya se ha cumplido por la invasión de Roma hecha por los Godos y Vándalos (Barnes), o por la derrota de los paganos delante de las fuerzas militares de Constantino (Elliot), o por la Revolución Francesa (Cunningham), nos quedamos impresionados con tanta trivialidad, y de algo podemos estar seguros, esto es, que los pecadores no deben tener un gran temor de este día de juicios divinos. Porque Israel es la figura central a través de todo el Libro, y eso es algo que está más claro que el agua. La idea Israelita se emplea desde el comienzo mismo en el libro. Así, por tanto, tenemos referencias al Templo, al Tabernáculo, al Arca, el maná, el altar dorado del incienso, la vara de hierro, Jezabel, Balaam, los Egipcios y sus plagas y por ahí adelante. Las tribus de Israel son nombradas en el cap.7 y el simbolismo en el cap.12 inequívocamente lo identifica con esta nación.

La predominancia de Israel se comprueba por los siguientes puntos:

- (1) Las siete asambleas son básicamente Hebreo-Cristianas. Todos los escenarios que se les aplica pertenecen a la histórica Israel del Antiguo Testamento. Aquellos “que se dicen ser Judíos, pero no lo son” (2:9 y 3:9) no haría sentido alguno si es que fueran iglesias enteramente Gentiles. Cualquier elemento Gentil debe ser ubicado en la línea del “árbol del Olivo injertado” (vea Romanos 11) en el cual los creyentes Gentiles comparten el pacto de bendición de Israel.
- (2) Los 144.000 son de las 12 tribus de Israel (cap.7).
- (3) La mujer del capítulo 12 representa ciertamente Israel.
- (4) La ramera del cap.17 representa a la falsa Israel con su globalidad mundial dominante por detrás de los escenarios.
- (5) La Novia consiste de los vencedores provenientes de las asambleas y de los fieles desde Abel en adelante (vea Hebreos 11:8-10; 14-16; 12:22).
- (6) La Nueva Jerusalén, “el mejor país” (Hebr.11:6) que finalmente desciende a la nueva tierra.

Los nombres de las 12 tribus de Israel se hallan sobre las 12 puertas.

Los 12 apóstoles se hallan sobre las doce fundaciones (cap. Heb. 11:10).

Los espiritistas procuran mudar a Israel en el Cuerpo de Cristo para poder identificar las predicciones del Apocalipsis con pasados acontecimientos en esta edad de tiempo. Dean Alford declara:

“Yo soy...perfectamente incapaz...de apuntar definitivamente cualquier periodo en la historia del poder civil del mundo que satisfaga los 42 meses del capítulo 13:5. Por todo cuanto he visto, cada vez que lo intento hacer, se ha caracterizado siempre por la señal del fracaso” (*Comentario sobre el Apocalipsis Sec.5*).

Los historicistas comenten un grave error identificando la era de gracia con la era futura del juicio. Ahora vivimos en un periodo donde la gracia reina, y mientras esto siga siendo verdad, tanto los juicios como la ira deben aguardar (Rom.5:19-21). Dios no está ahora imputando de pecado en ningún sentido judicial (2ª Cor.5:18-21) pero hay un fin para esta era de gracia, y cuando venga a suceder, el gran Día del Señor comienza, y éste Día es de venganza y de ira y de juicio, cuando el “castigue al mundo por sus vilezas...en el día de Su fiera ira” (Isaías 13:9-13).

La primera venida del Señor sucedió para la salvación, puesto que Él no vino a juzgar sino a salvar (Juan 12:47). Su Segunda Venida, por el contrario, sucede para el juicio sobre un mundo que se ha vuelto para atrás, alejándose del evangelio de la gracia y aceptado finalmente al Anticristo en vez de al Cristo de Dios. En algunas ocasiones del Antiguo Testamento, las dos venidas se ponen juntas, como si no hubiese intervalo entre ellas. Es como si divisáramos los altos picos de una cordillera a lo lejos, y nos aparecieran otros picos de otra cordillera más cercana entre aquellos. Si pudiéramos volar entre estos dos grupos de picos podríamos ver sus bastos valles y enormes laderas que los separaban, los cuales eran invisibles a la distancia. Esta era o periodo de tiempo actual es como esos valles invisibles. Estaba por encima y más allá de cualquier profética visión dada a los profetas del Antiguo Testamento.

Así, por tanto, liga juntos Isaías “El aceptable año del Señor” con “el día de la venganza de nuestro Dios” (Isaías 61:1, 2), sin embargo, cuando el Señor Jesús leyó esta Escritura en la sinagoga, se paró en “el aceptable año del Señor”. Porque el “Día de venganza” figura en Su Segunda Venida, no en la primera. Si esto no fuera cierto, Él no le podría haber dicho a Su audiencia, “*en este día se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos*” (Lucas 4:16-21) puesto que, como ya hemos visto, Él no vino para condenar sino para salvar. Así que procuraremos en vano en Isaías 61 por algún intervalo de tiempo entre estos dos acontecimientos.

Ahora nosotros podemos apreciar bien cómo la presente “dispensación del Misterio” (secreto, Efes.3:9 R.V.), no podría ser hallada en el Antiguo Testamento. Ambos tiempos, y esta particular verdad, estaban entonces “escondidas en Dios”.

Otros ejemplos de este tema pueden ser comprobados en Isaías 9:6, 7, donde el nacimiento de Cristo y el ejercicio de Su gobernación se hallan ligados juntos, sin ningún tipo de revelación de los aproximadamente dos mil años de repudio que hay entre ellos. En Daniel 9:26, 27 saltamos de la Primera Venida del Mesías hasta justo Su Segunda Venida con el desolador y “la abominación de desolación” puesto por Cristo justo antes de este acontecimiento (Mat.24:15-22). Lucas 1:31, 32 y 1ª Pedro 1:11 son ejemplos posteriores.

Nosotros creemos que lo mismo sucede en el Libro del Apocalipsis o Revelación. Las “iglesias” se hallan en el capítulo 2 y 3, pero no son la iglesia revelada en Efesios y Colosenses. En el *cumplimiento final* estas iglesias son predominantemente asambleas de Hebreos-Cristianos viviendo bajo el terrible reinado de la Bestia, con sus tremendas presiones para que adoren a este monstruo y a Satanás en su respaldo. Estos escenarios y sus condiciones se describen en el cap.13 con la muerte de martirio como fin para los fieles. Durante los Hechos de los Apóstoles comenzó una situación en la cual, si Israel se hubiese arrepentido, podría haber venido a hacer parte en los eventos descritos en este capítulo. Por eso sabemos que las siete iglesias de Asia tendrán que enfrentar persecuciones y pruebas similares. Siendo así, bien podemos comprender la palabra del Espíritu a los vencedores en 2:10 “Se fiel hasta la muerte, y Yo te daré una corona de vida”. Israel *no* se arrepintió, y consecuentemente, lo que sucedió en los Hechos no dejó de ser y tener sino un parcial cumplimiento. El pleno cumplimiento aguarda el fin de esta era venidera, la última semana (siete años) de Daniel 70 x 7 años (Dan.9).

Muchas interpretaciones del Apocalipsis separan los tres primeros capítulos del resto del Libro y ubican el capítulo 4 adelante al fin de la era en el Día del Señor. Pero Juan denomina la *totalidad* del Libro una profecía (1:3) y hay ligaciones definitivas entre estas iglesias y en el capítulo que sigue se exhibe este hecho.

Ha habido una tendencia de parte de algunos expositores para dividir el Apocalipsis en tres partes, pasado, presente y futuro, sobre base de la traducción Versión Autorizada de 1:19:

“Escribe las cosas que has visto, y las cosas que son, y las cosas que tienen que suceder de aquí en adelante”.

Este punto de vista toma la futura porción como del libro comience con el cap.4.

Sin embargo, nada menos que una autoridad como Alford señala que la palabra “son” aquí quiere decir “significan” y dice así:

“Yo tomaría *genesthai* (fue o llegó a ser) en el sentido de *sucediendo*, no en las vastas edades de la historia, sino en la *visión Apocalíptica... Ha mellei genesthai* (las cosas que van a ser, literalmente) significaría analógicamente las cosas que sucederán a estas, es decir, una futura visión” (*Testamento Griego* pag.559), y así traduce él el versículo:

“Escribe por tanto las cosas que viste, y *lo que significan* y las cosas que están por suceder después de estas.”

Y de igual manera traduce Rotherham:

“Escribe por tanto las cosas que has visto, y *lo que son* (esto es, representan), y aquellas cosas que van a suceder después de estas cosas”.

Moses Stuart, como Alford, traduce similarmente “lo que ellas significan”. Y esto es precisamente lo que hallamos que Juan está haciendo:

“...las siete estrellas *son* los ángeles de las siete estrellas, y los siete candeleros *son* las siete iglesias”.

En otras palabras, está cumpliendo el mandamiento del Señor diciéndonos aquello que los símbolos (estrellas y candeleros) *representan* y entonces sigue registrando visiones posteriores dadas de las cuales el resto del Libro consiste.

El versículo 19 por tanto es un débil fundamento para la idea de dividir el Apocalipsis en tres partes, pasado, presente y futuro. La *totalidad* suya se denomina una profecía en 1:3 y nosotros consecuentemente la aceptamos como tal.

Una dificultad podría presentarse preguntando, ¿existían estas iglesias en los días de Juan? La respuesta es que si, pero eso no significa que fuesen *completamente* cumplida la profecía revelada en los caps.2 y 3. Debemos tener siempre en consideración que algunas profecías pueden estar solo parcialmente cumplidas, dejando el pleno cumplimiento para una fecha más tardía. Nuestro estudio en los Hechos de los Apóstoles debería ayudarnos aquí. Vimos que la profecía de Joel se cumplió solo en parte en Pentecostés. El tiempo que vino a seguir podría haber sido una introducción para el gran Día del Señor con el personal retorno de Cristo para asentar el reino terrenal. Pero eso dependía sobre el arrepentimiento y la vuelta de Israel hacia Dios (Hechos 3:19-26) que no se materializó. De haberse realizado, todos los acontecimientos descritos en el Apocalipsis habrían sucedido y tenido lugar en aquel tiempo. Una era que pudiese producir un Herodes que aceptase la divina adoración (Hechos 12:20-23) y un monstruo como Nerón, podría fácilmente haber hecho resurgir al Anticristo, el hombre de pecado, y la Bestia salvaje de Apocalipsis 13. De hecho, el apóstol Juan declara en su primera epístola que ya habían surgido “muchos anticristos”, lo cual probaba que el fin estaba a la mano – era “la última hora” (literalmente, 1ª Juan 2:18). Debemos permanentemente recordar que la causa por la cual Dios “estaba próximo” puede postergarla, si es que las circunstancias no se conforman a Su voluntad.

Consecuentemente, las asambleas descritas en Apocalipsis 2 y 3 estaban viviendo en un tiempo peligroso, muy próximo a la venida del Señor, pero con no haberse arrepentido Israel, aquella venida y la fase terrenal del reino pasó a quedarse en suspense y nosotros creemos que cuando las similares circunstancias aparecen al fin de la era, el Apocalipsis tendrá entonces su completo cumplimiento y vendrá a ser “la Verdad al tiempo”. Esto no significa que la *aplicación* de los principios expuestos en este Libro no puedan ser degustados por los cristianos que estén debajo de tribulación y persecuciones durante la era actual. Pero la *aplicación* no debe confundirse con *interpretación* y la interpretación de la Escritura debe antes que nada ser averiguada primero antes de hacer cualquier aplicación, de otra manera se instala la confusión como resultado de eso.

El libro contiene por su objetivo el fortalecimiento y el incentivo de los “vencedores”, puesto que a los *tales* a quienes esta parte de la Escritura se dirige, para iluminar, guiar y ayudarlos durante el más terrible y procurado periodo de tiempo en las palabras de la historia como dijo el Señor Jesús describiéndolo en Mateo 24:19-22.

Es impensable que Dios dejase a Su pueblo a tuestas en un tiempo tan crucial sin ninguna palabra especial de Su parte. El Apocalipsis, Daniel, Mateo 24, 2ª Tess.2 y otras Escrituras serán entonces la guía especial divina para Su fiel gente.

Un cuidadoso estudio nos demostrará que las iglesias de Apoc.2 y 3 están ligadas con el resto del libro.

Las Iglesias.

Esmirna

Aviso de tribulación
y encarcelamiento (2:10).
“Fieles hasta la muerte” (10).

Pérgamo

Retened Mi nombre (2:13)
El trono de Satanás (13)
Un Nuevo Nombre (17)

Tiatira

La mujer Jezabel (2:20)
La Vara de Hierro (2:26, 27)
Falsos profetas (2:20)

Sardis

Vestiduras sin mancha (3:4)
Andar de blanco (4)

Filadelfia

Templo y ciudad de Mi Dios (3:12)
No niegan Mi nombre (8)

Laodicea

Vestiduras blancas (3:18)
Cenará conmigo (3:20)

El resto del libro.

Gran tribulación (7:14)
Dos testigos asesinados (11:7)
Inanición para los fieles 13:16, 17

Temán Tu nombre (11:18)
Cristo *reinando* (1:15)
Un Nuevo Nombre (19:12)

La verdadera mujer (12:1)
La Vara de Hierro (12:5)
Falsos profetas (16:13)

144.000 sin mancha (14:1)
La Novia en blanco (19:8)

La Nueva Jerusalén (cap.21)
El Nombre de la Bestia (13:17)

La Esposa y sus vestidos (19:8)
La cena del Cordero (19:9)
La gran cena de Dios (19:17)

Estas son algunas de las correspondencias. Hay otras muchas que el estudiante de la Biblia puede procurar comparando cuidadosamente y del todo le demostrará que los capítulos 2 y 3 son una parte vital del libro y que están ligados con los restantes capítulos.

Separarlos como hacen algunos, y ponerlos en periodos de historia cubriendo la era presente y actual sería trivializar sus mensajes. Debe haber, antes que nada, algunas cosas directamente en común entre el símbolo y aquello que representa, y no hay ninguno entre el concepto de una iglesia y un periodo de historia. De cualquier manera, aquellos que adoptan una tal interpretación no pueden ponerse de acuerdo en cuanto a cuál sea el periodo de tiempo apropiado para cada una de las iglesias, y como la mayoría de ellos cree en un “cualquier momento” anterior al Segundo Adviento del Señor, hacen con que claramente esto se haga imposible, si es que largos periodos

de historia tuvieran que pasar su curso, antes que el tiempo representado por la última iglesia de Laodicea venga a suceder.

El Día del Señor

¿Qué quiso decir exactamente Juan cuando refirió “Yo estaba en el espíritu en el Día del Señor”? ¿Quiso tal vez decir que recibió la visión que él describe en un Domingo cualquiera? Si es así, como muchos suponen, entonces este es el único sitio en la Escritura que da el día de la semana en el cual fue escrita, y por tanto no nos ofrece ninguna útil o provechosa información en cuanto a su fecha, si es que el mes y el año se omiten. En vista de estos hechos, cualquiera se sorprende del motivo por el cual se refiera el día, pues no aporta ningún tipo de ayuda básica para la interpretación del libro.

Deberíamos preguntarnos, ¿entenderían aquellos para quienes se dirigió el libro la expresión significando el Domingo? La respuesta es un conclusivo NO, por la simple razón de que nuestro Domingo siempre se describe en el Nuevo Testamento como “el primer día de la semana” (Mat.28:1; Marcos 16:2, 9; Lucas 24:1; Juan 20:1, 19; Hechos 20:7; 1ª Cor.16:2). No hay evidencia de ningún tipo de que al Domingo se denominase el día del Señor antes que el Apocalipsis hubiese sido escrito, y en cuanto a que Apocalipsis 1:10 no sea la única ocurrencia en la Biblia de las palabras “el día del Señor”, no podemos usar esto en el argumento. De hecho no hay una base clara en la temprana literatura Cristiana para llamar Domingo al día del Señor sino cerca de un siglo después. Si Juan hubiese querido dar la idea de que al Domingo fue cuando recibió la revelación de Dios, entonces él hubiese empleado la expresión normal y común vigente, es decir, “el primer día de la semana”, que habría sido comprendida por todos.

Siendo así, tenemos definitivamente que tomar el uso de la Escritura como guía, porque esta frase “el día del Señor” aparece 16 veces en el Antiguo Testamento y 4 veces en el Nuevo. Una expresión paralela se halla en 1ª Cor.4:3 la cual dice literalmente en el griego “el día del hombre” (trad. tribunal humano), siendo que su construcción sea la misma que en Apocalipsis 1:10. “El día del Hombre” significa el día en el cual es el hombre quien está juzgando, tal como se ve claramente en el contexto. Apoc.1:10 nos lleva a un tiempo futuro cuando sea Dios y no el Hombre quien juzgue, cuando Dios venga a ser exaltado y el hombre abatido (vea su primera ocurrencia en Isaías 2:10-22 y observe las semejanzas con Apoc.6).

El “Día del Señor” del Antiguo Testamento está consistentemente establecido como un día de ira, juicio, destrucción y tinieblas. Nunca se emplea, ni una sola vez, hablando de paz o bendición. Isaías 13:6-13 sirve de tipo:

“Aullad (referido a Babilonia), porque cerca está el día del Señor; vendrá como asolamiento del Todopoderoso”.

Los versículos de 9 a 13 se asemejan mucho con los escenarios del Apocalipsis:

“He aquí el día de Jehová (o el Señor) viene, terrible, y de indignación y ardor de ira...por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la

luna no dará su resplandor...en la indignación de Jehová de los ejércitos, y en el día del ardor de Su ira (vea Mat.24:29).

De igual manera Joel también describe este día o periodo:

“¡Ay del día! Porque cercano está el día de Jehová, y vendrá como destrucción por el Todopoderoso” (1:15).

“...porque viene el día del Señor, porque está cercano; Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra...” (2:1, 2), y todas las restantes ocurrencias están alineadas con este concepto de juicio y de ira. Es un tiempo en el cual Dios irrumpe en la historia, e introduce de manera evidente el poder en todas las áreas del mundo al pico o cumbre de su tiniebla, perversión y repudio de Sí Mismo.

Y ahora preguntamos, ¿se apropia esta idea o pensamiento al libro de Apocalipsis? La respuesta está muy clara, por supuesto que sí, se apropia perfectamente. El gran profético periodo, el Día del Señor, es de lo que trata todo el Apocalipsis. Se ilumina todo cuando comparamos las referencias del Antiguo Testamento con este último libro de la Biblia, tal como se oscurece todo por interpretar la frase referida al Domingo.

Tenemos cuatro referencias donde Juan nos dice que él estaba “en Espíritu” (literalmente). Y son estas: 1:10; 4:2; 17:3; y 21:10. Él tuvo una experiencia similar a la de Ezequiel en la antigüedad:

“La mano del Señor Jehová está sobre mí, y me transportó en el espíritu del Señor, y me hizo venir al medio del valle que estaba lleno de huesos” (Ezeq.37:1 y vea 11:1, 24; 40:2).

Del mismo modo que Ezequiel fue llevado en visión por el Espíritu para ver asuntos tanto futuros como presentes, así también el Espíritu tomó al apóstol Juan en visión y le introdujo en el Día del Señor, y le capacitó para ver y poner por escrito los hechos concernientes al terrible periodo con el cual esta era finaliza.

El gran conflicto de las edades, que resulta tanto en la apertura como en el clímax en el Libro de Apocalipsis, puede ser sumariado en una dupla manera:

Dos Simientes

“La simiente de la mujer” (Eva) (Gén.3:15)

“Trigo” (Mat.13:24, 25)

“Siega” (al fin de la era).

“recogida en el granero” (Mat.13:30)

“Tu simiente” (la serpiente – Satanás)

“Cizaña” (el hijo del perverso – Satán)

“Siega” (al fin de la era)

“atada en manojos para quemarla”

Dos Ciudades

“Salem” (Gén.14:18)

“Jerusalén” (Isaías 52:1, 9)

“Babel” (Gén.10:8-10)

“Babilonia” (Apoc.14:8 a 17:5)

Dos Misterios (Secretos)

El secreto de la piedad de Dios
Manifiesta en la carne (1ª Tim3:16)

El secreto de la iniquidad
El hombre de pecado manifiesto en la carne
(2ª Tes.2:3, 6).

Dos Ungidos

El ungido Señor (Salmos 2:2, 6)

El querubín ungido (el caído Satán)
(Ezeq.28:14-19)

“El Señor me ha ungido” (Isa.61:1; Lucas 4:18)

Dos Dinastías

“David” (Salmos 89:20-37; Lucas 1:31-33)

Nabucodonosor (Dan.2:37, 38)

Dos plenitudes

“Israel...su plenitud” (Rom.11:12)

“La plenitud de los Gentiles (Rom.11:25)

Dos Mujeres

“La Novia” (Apoc.21:2, 9)

“La Ramera” (Apoc.17:3)

Dos Series de Milagros

“Señales y maravillas...y dones
Del Espíritu Santo para confirmar
El testimonio del Rey y del
Reino terrenal (Heb.2:3, 4; vea además Hechos 2:22)

“por obra de Satanás
con todo poder y señales
y engañosas maravillas para
“para engañar (2ª Tes.2:8-12)

Dos Trinidades

El Padre, el Hijo y el Espíritu
Santo (Mat.28:19; 2ª Cor.13:14)

El dragón, la bestia y el
falso profeta (Apoc.13:1-4
17:8; 19:20).

Dos Resurrecciones

“Ahora es Cristo levantado” (1ª Cor.15:20)

“Su (de la bestia) herida mortal
Fue sanada (Apoc.13:3, 11)

Dos Advientos (Parousia)

La Segunda Venida del Señor (Mat.24:29, 30)

El hombre de pecado (2ª Tes.2:8,9)

Dos Hijos

El Hijo de Dios (Mat.3:17)

El hijo de perdición (2ª Tes.2:3)

Dos Números Místicos

Jesús 888 (por Gematría)

La Bestia 666 (Apoc.13:18)

Dos Nombres (en la frente)

El Nombre del Padre (Apoc.14:1)

El nombre de la Bestia (Apoc.13:18)

Dos Materiales de Edificación

Piedras preciosas. La Nueva Jerusalén
(Isa.54:11, 12; Apoc.21:10-21)

Barro por piedra (Babel)
(Gén.11:3)

Dos Pactos

El Nuevo Pacto (Jer.31:31; Heb.12:24)

Un pacto hecho y quebrado (Dan.9:27)

Dos Tronos

Dios (Apoc.2:1)

Satán y la Bestia (Apoc.2:13; 16:10)

Estos proféticos pares son dos opuestas líneas de revelación encabezado por Dios y Satanás, y dan una buena cantidad de detalles concerniente al gran conflicto de las edades. Este conflicto es real, intenso y sin interrupción. Cuán agradecidos deberíamos estar por Aquel Quien ha sido manifiesto para destruir al diablo (Heb.2:14) y todas sus obras (1ª Juan 3:8), y ha reunido bajo el cuidado protector de redención, a creyentes en Él para que por siempre sean salvos. Nosotros nos hallamos en el lado vencedor, porque si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom.8:31). No deberíamos tratar esta tremenda batalla de manera liviana. Por nuestra parte no somos desafío para Satanás y los poderes de las tinieblas bajo su control. Pero revestidos de la armadura de Dios tan detalladamente descrita en Efesios, estamos asegurados y podemos extendernos adelante sin temor.

No es posible dar una plena suficiente exposición del Libro del Apocalipsis en este volumen, pero ya hemos escrito bastante, creemos, para dejar claro que el reino con el cual trata o es otro sino el mediador terrenal reino del Antiguo Testamento, por fin a ser cumplido. Decimos “comienzo” ávidamente, porque el reino del Milenio que viene NO ES el reino perfecto de Dios. Es ciertamente el periodo de tiempo más favorable para la humanidad desde la caída de Adán, pero el pecado y la muerte todavía se hallan allí. Leemos en el Antiguo Testamento de aquellos que solamente rinden “fiel obediencia” a Cristo hasta este tiempo, y al fin de los mil años, cuando Satanás sea desatado de su prisión, hallará muchos de los suyos de los cuatro cantos de la

tierra. Estos se alistarán rápidamente y predispuestos de antemano para reunirse contra Dios en una rebelión distinta. Pero el Señor trata con ellos de manera sumaria:

“Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y *de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió*” (Apoc.20:9).

Volviendo al Milenio, el mismo hecho de que Satanás sea aprisionado en el abismo y sus actividades completamente restringidas, supone una tremenda diferencia y mudanza para testificar por Dios y el esparcimiento de Su Verdad sobre la tierra. Todo aquello que hace con que la obra cristiana y testificar sea tan difícil en esta era, es el gran engaño y ceguera del poder de Satanás operando en las mentes humanas:

“Pero si nuestro evangelio está escondido, entre los que se pierden se esconde: en quienes el dios de este mundo ha cegado sus entendimientos para que no crean, y así no les resplandezca la luz del glorioso evangelio de Cristo, Quien es la imagen de Dios” (2ª Cor.4:3, 4).

“...en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, *conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia*” (Efesios 2:1, 2).

Este malévolos poder será erradicado durante la era del Milenio, y con este gran obstáculo removido, el testimonio y el servicio para el Señor vendrá a ser mucha más sencillo y gozoso. No vemos motivo ni razón alguna para el conocimiento del Señor, mediado por la restaurada y vuelta cometida Israel, no venga a conocer un rápido progreso, y súbitamente “cubran la tierra como las aguas cubren el mar”. La gente en ese tiempo *estará deseando* conocer a Dios, Sus caminos y Su Verdad.

“Pero en los últimos días vendrá a suceder, que el monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes, y será exaltado por encima los picos; y la gente correrá a él. *Y muchas naciones vendrán, y dirán, Venid, y subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y Él nos enseñará Sus caminos, y andaremos en Sus pasos:* porque la ley saldrá de Sion, y la Palabra del Señor desde Jerusalén” (Miqueas 4:1, 2).

“Así dice el Señor de los ejércitos: En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un Judío, diciendo: *Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros*” (Zac.8:23).

Qué gran diferencia del presente tiempo actual, con la oposición o completa indiferencia hacia los asuntos de Dios!

Pero mismo con todas las ventajas del reinado de los mil años de Cristo, el verdadero y eterno reino aguarda el nuevo cielo y tierra, donde el pecado y la muerte y todos aquellos poderes militares contra el gobierno de Dios vengan a ser finalmente erradicados. 2ª Pedro 3:13 nos asegura que, en esta final creación, la justicia morará habitará y que será una de sus características. Por fin se verá realizada la oración del Señor pos el cumplimiento del reino – “Sea Tu voluntad hecha en la tierra como en el cielo.” *Se lleva* a cabo a la perfección, y el gran reino de Dios no podrá llegar a concretizarse hasta que esto sea verdad para *toda* la creación.

Casi la última escena que la Palabra de Dios nos ofrece es aquella de un *casamiento*:

“Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos, y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y Su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios” (Apoc.19:6-9).

La “esposa” de acuerdo al plan de enseñanza de la Escritura es la nación de Israel. El Antiguo Testamento revela claramente esto mismo:

“Tu Hacedor es Tu *marido*; el SEÑOR de los ejércitos es Su Nombre” (Isaías 54:5).

“Sucederá en aquel día, dice el SEÑOR, que tú me llamarás *Ishi (mi marido)*... y Yo te desposaré a ti (*Israel*) para siempre...para siempre te desposaré para Mí en fidelidad, y conocerás al SEÑOR” (Oseas 2:16, 19, 20).

“Volveos, oh hijos rebeldes, dice Jehová; porque *Yo soy casado a vosotros (Israel)*” Jer.3:14.

En el testimonio de los profetas del Antiguo Testamento, la relación de Israel de hacia el Señor era de una esposa hacia un marido. También deja claro que Israel había sido una mujer infiel yendo atrás de otros amantes, pero a través de la gracia y la obra redentora del Señor, esa relación sería finalmente restaurada y Apocalipsis 19 asienta y afirma esta idea en símbolo. Este casamiento se extiende por el Milenio. Había una costumbre para el casamiento Judío, la ceremonia cubría un periodo de siete días. “Cumple la semana de esta” (Gén.29:27) se refiere a este periodo, así se extienden las festividades del casamiento del Cordero sobre el séptimo milenio de años de la historia de la humanidad.

Sin embargo, como ya hemos visto, siempre hubo un remanente fiel en Israel que son especialmente preciosos para el Señor. Estos son comparados a los Judíos en Malaquías 3:16, 17 y junto con los deberes de Hebreos 11 se nos mostró una esfera más alta de bendición a través del Señor, esta es, la Jerusalén celestial que finalmente dejando los cielos descenderá a la nueva tierra y se haga uno con ella. Esta fiel compañía de Israel con creyentes Gentiles, que habían sido bendecidos a través de y con Israel y habían sido juzgados por el Señor como igualmente fieles, son comparados a una *Esposa ataviada* en Apocalipsis 21: 1, 2). Ahora bien, una *Novia* no puede ser lo mismo que una *Esposa*, una mujer casada, y podemos estar absolutamente seguros de que Dios no ha mezclado Sus metáforas o las ha confundido de ninguna manera. La nación de Israel y el fiel remanente de Israel son vistos como dos distintas compañías en la Escritura hasta el tiempo del nuevo cielo y la nueva tierra. Entonces estos dos grupos de redimidos pasaron a ser unidos en uno, cuando la Nueva Jerusalén venga a hacer parte de la nueva tierra. La redimida nación de Israel, cuya esperanza había sido siempre terrenal, se combina entonces con la celestial Israel de la Nueva Jerusalén para formar una sola compañía, porque ni tan siquiera en tipo condonará Dios la poligamia.

Así es como Juan finalmente ve por uno de los ángeles *la novia, la esposa del Cordero* y los dos títulos puestos juntos.

En esta gloriosa escena de casamiento, que es un tiempo de gran regocijo (19:7), la totalidad del cuadro es altamente simbólica en la nueva creación que todavía está por llegar. Cada simbólico personaje se pone por los miembros de la familia redimida de Dios. Primero viene el Novio, el Señor Mismo, pero no en solitario porque Él es ante todo la Cabeza de Su Cuerpo, la iglesia y la Cabeza y Cuerpo deberán estar unidas cuando la esperanza de esta iglesia sea realizada y venga a ser el simbólico Novio.

Algunos deducen de Efesios 5:25-33 que el Cuerpo de Cristo es además la Esposa, pero haciendo eso equivocan el argumento de que ciertamente el marido debe amar a su mujer *como a su propio cuerpo*, así como Cristo amó a la iglesia, *Su Cuerpo* (verss.28, 30). Aquí obtenemos un perfecto balance en el argumento que se concluye por la afirmación del Apóstol, *Porque somos miembros de Su Cuerpo de Su carne y de Sus huesos*”, no que seamos miembros Su Esposa. La nueva creación del Cuerpo de Cristo se compara a *un nuevo hombre* en Efesios 2:15 y su objetivo es llegar a ser *un varón perfecto* (4:13). El hombre bien puede mezclar sus metáforas, pero Dios nunca lo hace. La figura de una esposa o novia está guardada en la Escritura para el pueblo de Israel y para aquellos que sean benditos a través de y con Israel.

Así que tenemos las dos compañías mencionadas encima finalmente unidas como la “Novia”, la esposa del Cordero”. Y no solo esto, sino que también tenemos “aquellos que fueron invitados al banquete” (19:9), en otras palabras, son los *convidados*. Si analógicamente quiere decir algo, entonces estos deben formar una larga compañía de creyentes, porque en un casamiento hay un novio y una novia, pero además puede haber una larga lista de convidados. En la parábola del hijo del rey, que se relata en Mateo 22 aquellos originales invitados de Israel se recusaron a presentarse como convidados” (vers.10). ¿Quiénes son estos? No pueden ser representados por la Novia ni por el Novio cuya composición e historia, son dados a conocer en el Antiguo Testamento, los Evangelios, los Hechos, y ahora en el Apocalipsis o Revelación.

Ahora somos puestos con esta actual y presente era en la cual el Cuerpo de Cristo es el predominante. Nos parece evidente que, hoy en día, no cada creyente tiene la necesaria “iluminación de sus ojos” ni el impartido conocimiento por el Espíritu Santo como lo enseña en Efesios 1:15-23, y al no tenerlo consigo, no comprenden cuál sea la dispensación del Misterio envuelto y así, entonces, ¿cómo pueden vivir y testificar por él? Y sin embargo esto es lo que Dios llama a cada verdadero miembro del Cuerpo a que haga, tal y como las Epístolas en Prisión de Pablo declaran y enfatizan.

Pareciera que tales creyentes *van a tener una gloriosa parte en estas escenas de casamientos como convidados*, siendo así, se hallan ligados con el reino terrenal y compartiéndolo con el pueblo de Israel. Esta esperanza será perpetuada en la Nueva Tierra eternamente. El Señor ha revelado en Su ministerio terrenal que Él tenía “otras ovejas” que no pertenecía al rebaño de Israel, que son generalmente denominadas como las “ovejas” (Salmos 79:13; 95:7; Ezeq.34:6, 11, 12) pero no siempre así, porque el Señor también emplea esta figura de las naciones Gentiles (Mat.25:31-33). La “otra oveja” el Señor declara que Él al final la junta con Israel (la oveja del Antiguo Testamento) para formar llegando a ser *un solo rebaño*. Y esto sucederá ciertamente en el Milenio, durante el reinado de Cristo sobre la tierra con todas Sus abundantes bendiciones, y entonces se llevará a cabo y puesto en la nueva tierra para siempre.

Podemos también considerar a Juan el Bautista como el “amigo del Novio” o el mejor hombre (Juan 3:29) y las vírgenes que vengan a ser las damas de compañía para las ceremonias de Casamiento (Mat.25:1). Porque todos sabemos, que estos representan otras partes de la gran familia redimida de Dios, pero no desearíamos ser dogmáticos en este punto. Por otro lado tampoco queremos espoliar este gran escenario, confundiendo y unificando lo que Dios, por en cuanto, mantiene separado. Esto es, al fin y al cabo, lo que a menudo se hace por las interpretaciones evangélicas.

Hay algo que de lo que podemos estar seguros, y esto es, que en el gran reino de Dios, desde el más alto cielo hasta la más baja tierra, cada redimido hijo de Dios se hará uno en Cristo y al mismo tiempo tendrá su lugar con su entera satisfacción para siempre, eternamente. Entonces, al fin por último, la perfección de la creación original de Dios se restaura cuando Él crea todas las cosas de nuevo, un nuevo cielo y una nueva tierra (Apoc.21:5), donde el pecado y la muerte sean banidos para siempre y:

“Dios limpie toda lágrima de sus ojos; y allí no habrá más muerte, ni pesar, ni lamento, ni allí habrá tampoco ningún dolor: porque las cosas primeras pasaron” (Apoc.21:4).

Entonces habrá un ojo sobre excelente e interminable; *entonces* se ofrecerá el verdadero servicio, “Sus siervos le servirán” (Apoc.22:3). *Entonces* el Señor Jesús tendrá Su justo lugar y será manifiestamente “Todo en todos” y el gran plano que estaba en la mente de Dios cuando al principio lo creó, pueda llevarse a cabo sin obstáculos. Con toda certeza que *entonces* se sentirá satisfecho (Isaías 53:11), y el gran redentor propósito de las edades (Efesios 3:11), reposando sobre la ofrenda de Sí Mismo sobre la cruz del Calvario como respaldo del pecado, venga a ser una gloriosa conclusión.

Seguramente además, podemos regocijarnos en la magnífica adscripción de alabanza hacia Él, registrada en el Libro del Apocalipsis:

“Bendición, y honor, y gloria, y poder... sean para Aquel que se sienta sobre el trono, y para el Cordero por los siglos de los siglos” (5:13).

“Bendición, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, y honor, y poder, y fuerza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén” (7:11, 12).

“Digno es el Cordero que fue degollado de recibir el poder, y las riquezas, y sabiduría, y la fuerza, y el honor y la gloria, y la bendición” (5:12).

“CRISTO ES TODO” (Col.3:11)

.....

